

LA CASA

Selección y prólogo de
Mario Jursich

DEL IMPÚDICO

CAFÉS BOGOTANOS DEL SIGLO XX

BREBAJE



libro al
viento



Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Liliana Morales Ortiz

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica Molina,

María Camila Jaramillo Laverde, María

Eugenia Montes Zuluaga, Wilmar Molina

Vargas, Yalila Pérez Montoya, Ivonne

Alejandra Malaver Castiblanco, Lorena

Iglesias Meléndez y Vivian Julieth Melo

López.

Equipo de la Gerencia de Literatura

FONDO CULTURAL CAFETERO

Viviana Toledo Orozco

Directora ejecutiva

David Echeverri

Gestor de conocimiento y proyectos culturales

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, diciembre de 2023

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Mario Jursich, Luis Tejada, Arturo

Manrique, Alberto Lleras Camargo, Luis

Vidales, Lino Gil Jaramillo, José Joaquín

Jiménez, Julio Abril, Pedro Acosta Borrero,

Eduardo Caballero Calderón, Felipe González

Toledo, Alberto Yepes, Germán Arciniegas,

Álvaro Castaño Castillo, Antonio Caballero,

Autoría

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

Bastarda Type y **Camila Cardeñosa**, diseño

de la tipografía **Obispo**

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño

y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

Mario Jursich, prólogo y selección

Rosario Jaramillo y familia, por la imagen de la página 4.

ISBN: 978-628-7686-24-3

ISBN digital: 978-628-7686-25-0

Multipresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

febrero de 2024

GERENCIA DE LITERATURA

IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50

www.idartes.gov.co

contactenos @idartes.gov.co

 [@LibroAlViento](https://www.facebook.com/LibroAlViento)  [@LibroAlViento](https://www.twitter.com/LibroAlViento)

Este título de Libro al Viento fue editado en colaboración con el Fondo Cultural Cafetero.

LA CASA DEL
IMPÚDICO
BREBAJE

CAFÉS BOGOTANOS DEL SIGLO XX

Publicidad del Café Rivière encargada por su propietario Bernardo Uribe a Rinaldo Scandroglio.

CAFE RIVIERE
Sucursal de Riviere
CAFE DE LA PAZ



Propietario
Bernardo Uribe ©

SI NO ES UNO DE ESTOS, NO LO SIRVA! PREFERIBLE
NO TOMAR!

9

¡COLOMBIA ES CAFÉ, O NO ES!

Presentación

15

PRÓLOGO

Mario Jursich

62

EL CAFÉ

Luis Tejada

65

LA GRAN VÍA, CENÁCULO DE UN GRUPO LITERARIO DESAPARECIDO

Arturo Manrique

74

MIS RECUERDOS DEL WINDSOR
Y EL CAFÉ DE LA PAZ

Alberto Lleras Camargo

86

CÓMO NOS HICIMOS COMUNISTAS

Luis Vidales

108

BARBA JACOB Y EL CAFÉ

Lino Gil Jaramillo

117

LA CIGARRA, ISLA DEL CENTENARIO

José Joaquín Jiménez, Ximénez

124

LA CLIENTELA DEL ASTURIAS

Julio Abril

131

ELLAS... Y EL CAFÉ

Pedro Acosta Borrero

136

LOS CAFÉS

Eduardo Caballero Calderón

141

LA COPERA, VIDA, PASIÓN Y SUERTE

Felipe González Toledo

160
EL CAFÉ AUTOMÁTICO

Alberto Yepes

170
EL WINDSOR

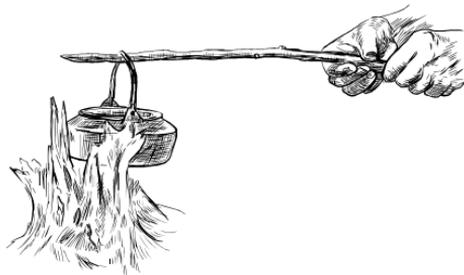
Germán Arciniegas

174
EL CAFÉ DEL RHIN
Y LA PALABRA CHURRO
Álvaro Castaño Castillo

179
PLUSCUAMPERFECTO
Antonio Caballero

184
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

186
LOS AUTORES



Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

¡COLOMBIA ES CAFÉ, O NO ES!

Presentación

RESULTA IMPOSIBLE DISOCIAR LA IMAGEN DE Colombia a la de una hilera de cafetos que tapizan de verde unas onduladas montañas. Y no solo su identidad, sino su desarrollo, su crecimiento económico y muchos de los puentes que Colombia ha tendido hacia el resto del mundo desde inicios del siglo xx hasta el presente. Pero, las semillas de este paisaje, ¿cuándo se sembraron y recibieron el abono suficiente para fijarse definitivamente en esas montañas y en nuestra memoria? Es posible que sea necesario remontarse a los desastres y a la mortandad que dejó la Guerra de los Mil Días y a los años subsiguientes, cuando el Congreso de Colombia y, luego, el electo presidente —en 1904— Rafael Reyes se vieron abocados a la tarea de adoptar medidas para recomponer la economía nacional y reestructurar el país: exención de aranceles para maquinarias y materias primas,

subvenciones y apoyos para los exportadores y en general una suma de estímulos y beneficios a la industria nacional.

Otra de las claves del crecimiento del café como negocio fue la entrega de parcelas a colonos, un sistema distinto al hacendario del siglo XIX que prevaleció en Cundinamarca, Santander y parte de Antioquia. Estas parcelas, que se concentraron sobre todo en las zonas montañosas —Antioquia, Caldas, Valle y Tolima—, significaron, como lo señala José Antonio Ocampo (en *Historia económica de Colombia*), “no solo un desplazamiento de las zonas de producción sino, ante todo, la presencia de nuevas formas de organización social y productiva, con mayores alcances sobre la estructura global del país que aquellas que hubieran podido provenir del sistema de haciendas”. Esto supuso una separación de procesos entre la producción y la comercialización y también una más plena compenetración en la economía nacional de los pequeños cultivadores de café y de los demás trabajadores que hacían parte de la cadena de producción, pues en época de cosecha creó empleo asalariado para una buena parte de la población de esas regiones. Se movía más dinero, había mayor intercambio de bienes y servicios, se redistribuyó mejor la riqueza. La consecuencia inmediata fue la estabilidad del negocio y el hecho de que la producción no dependía, o al menos

no de una manera drástica, de la fluctuación del precio internacional del grano.

Este nuevo sistema, además de las nuevas directrices políticas, supuso que en los primeros treinta años del siglo xx las montañas de Antioquia, Tolima, Cauca y Valle se poblaran de cafetales; solo por dar una cifra significativa: se pasó de una producción anual de 6000 sacos, en 1890, a 2 200 000, en 1932. ¿Qué más hizo posible este extraordinario crecimiento de la producción cafetera? Fue un negocio libre de las pugnas ideológicas —que en otros ámbitos podían ser irreconciliables—, a tal punto que, cuenta Anthony Picón Rodríguez (en “Colombia cafetera: un mapa nacional hecho propaganda”), “políticos de la dirigencia de los partidos Conservador y Liberal, como Carlos E. Restrepo y Rafael Uribe Uribe, acuñaron el lema: *Colombia es café, o no es*”. Así fue posible, entre otros prodigios, que mejorara ostensiblemente la infraestructura vial del país —que favoreció la economía de otros productos— y vieran la luz inventos autóctonos como por ejemplo despulpadoras y trilladoras.

Y, como hecho prominente de ese proceso por el cual el café se constituyó en el negocio medular del país, hay que citar la creación, en 1927, de la Federación Nacional de Cafeteros; este, por un lado, concitó la poderosa e influyente estructura gremial alrededor del café, y, por el otro, fue el soporte decisivo

para que este producto se convirtiera en el puntal del desarrollo económico nacional (prestando asistencia técnica, creando el Centro Nacional de Investigaciones del Café y siendo pionera en apostar para la diferenciación del café, entre otras muchas acciones). El resultado es que hoy en día el café se produce en 603 de los 1.123 municipios y en 23 de los 32 departamentos y es el producto insignia del país.

Los anteriores párrafos son apenas un brochazo muy basto sobre el papel preponderante del café en la economía y la identidad colombiana. Detrás de estas cifras, están los modos en que se consumía, los lugares donde socialmente se tomaba y quiénes se identificaban con él. De esto se trata este número de Libro al Viento, con un prólogo y una selección de Mario Jursich: de la cultura del café, pero sobre todo de la que surgió en los cafés de Bogotá a lo largo del siglo xx, y de cómo en esos locales se fue gestando su consumo como hábito social y de qué manera las conversaciones alrededor de unos tintos fueron dando forma a un país o a un sueño de país.

No me queda más que recomendarles que se sirvan una buena taza de café, y pasen y lean.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

LA CASA

Selección y prólogo de
Mario Jursich



DEL IMPÚDICO

CAFÉS BOGOTANOS DEL SIGLO XX

BREBAJE

PRÓLOGO

Mario Jursich

|

EL PRIMER ESTABLECIMIENTO EUROPEO ESPECÍFICO para beber café abrió sus puertas en Oxford, Inglaterra, en 1650. Sin embargo, no solo la bebida sino el local designado con ese nombre llegaron de manera tardía a tierras americanas. Antes hubo otros espacios privados o públicos como las casas, los mercados, las plazas y las catedrales donde floreció el arte de la conversación y se desarrollaron formas de sociabilidad que, más adelante, definirían el perfil de una de las instituciones más singulares de la política y la literatura del siglo xx.

Ese arribo a destiempo obliga a trazar una triple historia simultánea: la del cultivo y comercialización del grano; la del conocimiento y disfrute de la nueva infusión; y la del nacimiento, apogeo y ¿quizás decadencia? de los locales para su consumo.

Desde finales del siglo xvii, las autoridades de Santa Marta y Cartagena propusieron a la Corona española remediar la

miseria de las provincias bajo su jurisdicción mediante la introducción del cultivo del cafeto. Sin embargo, no será sino hasta 1790 que en los valles de San José de Cúcuta, Rosario y Salazar de las Palmas se comience a reemplazar el cultivo del cacao por el de un grano que rápidamente se convirtió en el principal producto de exportación de la Nueva Granada. En 1850, la Comisión Corográfica reportó que, desde los cantones del oriente colombiano, se enviaban anualmente cincuenta mil cargas de café con destino a Maracaibo. Cuarenta años más tarde, la cifra se había casi sextuplicado: ya no eran cincuenta sino doscientos setenta mil los sacos que salían a través de Venezuela rumbo a Europa y Estados Unidos.

Provenientes de Santander, los cultivos de café se expandieron a lo largo de los contrafuertes de la cordillera Oriental en dirección al centro del país. Grandes hacendados y pequeños agricultores sembraron la planta en Boyacá, por los lados de Muzo, antes de llevarla al noroeste de Cundinamarca. Y desde allí la propagaron hasta el sur del Tolima, Antioquia y el Gran Caldas. A finales del siglo XIX, el café era el cultivo más importante en los asentamientos de la cordillera Central.

La aceptación de la bebida, por el contrario, se produjo de manera considerablemente más lenta. En su clásico

cuadro de costumbres titulado *Las tres tazas*, publicado en 1863, el polígrafo José María Vergara y Vergara no solo muestra como al trasluz el proceso de sustitución del cultivo del cacao por el del café en buena parte de Colombia, sino la batalla simbólica entablada entre los partidarios del chocolate y esa otra bebida que él califica desdeñosamente como “cocimiento de filaila”.

Para Vergara y Vergara, el chocolate —que, obviamente, “era de Cúcuta”— hacía exclamar a los comensales: “*Digitus Dei erat hic!*” (“¡Dios puso su dedo aquí!”). El café, en cambio, era “feo como todo remedio”; servía si acaso para las indisposiciones estomacales y estaba lejos ser una “bebida que mereciese un convite”. Al final de *Las tres tazas*, el polígrafo bogotano coronaba su rechazo de aquella “solución de calamaco” con una de las exageraciones humorísticas tan típicas de sus cuadros de costumbres:

—*Juan de las Viñas —dije en voz alta—, ¿cuánto te abonan por útiles de escritorio en tu oficina?*

—*Poca cosa —contestó con sorpresa el interpelado—: ocho pesos al año, pero ¿por qué me lo preguntas?*

—*Porque no puedo explicar el despilfarro que haces de tinta, hombre.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Que nos has dado tinta de uvilla con tártaro en este impúdico brebaje que acabas de propinarnos.*

El lapso transcurrido entre 1863 y el presente con seguridad ha hecho olvidar que en el siglo XIX la tinta para escribir provenía del jugo exprimido de la uva enana —el *Cestrum tinctorum*—, no de los polímeros químicos. Por ende, lo que Vergara y Vergara estaba comunicándole a Juan de las Viñas era que ofrecer café a los invitados, es decir, “tinta de uvilla con tártaro”, equivalía a servirles una combinación de anilina para escribir y purgante.

La hipérbole resulta esclarecedora, no tanto porque resalte las dificultades que enfrentaron los colombianos del siglo XIX al probar una nueva infusión de sabor amargo, tan diferente al chocolate dulce, como porque al denominar al café como “impúdico brebaje” Vergara y Vergara adivinó los contornos de ese “tutilimundi” que estaba por nacer. No hay forma de que él lo supiera de facto; en todo caso, al valerse de esa expresión y subrayar que “con Bolívar vinieron los ingleses de la Legión Británica, y con ellos, ¡cosa triste!, el uso del café”, estaba dejando claro que el telón de fondo de *Las tres tazas*, el marco histórico en que se inscribe y le da sentido, era la uniformización de los objetos y de los hábitos producida por la mundialización del comercio entre los siglos XVI y XIX.

Gracias a este proceso, la humanidad logró acceder a bienes que en el pasado eran inalcanzables o tan costosos que, según las palabras de Emiro Kastos, se consideraban “refinamientos muy superiores a los recursos de Bogotá”. La globalización puso al alcance de los colombianos arados estadounidenses, ropa interior francesa, chocolates belgas y muebles vieneses, así como paraguas británicos, condimentos de las Antillas o libros impresos en Barcelona. Pero, sobre todo, aseguró el suministro constante de sustancias que alteraban la conciencia y permitían un acceso continuo al placer: vinos, cigarrillos, brandys, rones, rapé, láudano...

De entrada, Colombia no participó en ese mercado mundial de estupefacientes, pues la producción de cacao nunca llegó a ser un sector importante de las exportaciones. Sin embargo, cuando el café se convirtió en el principal producto legal de exportación del país, se pudo equiparar la cafeína, presente en el café, el chocolate, el té y las colas, con el alcohol y la nicotina.

Al lamentar que el café y el té estuvieran reemplazando al chocolate, Vergara y Vergara no solo insinuó el proceso de globalización comercial que estaba en marcha desde hacía tres siglos, en el cual España y, en menor medida, sus colonias, fueron los claros afectados. También anticipó ese nuevo escenario en que el café y el tabaco iban a convertirse

en dos de los tres psicoactivos legales más deseados a nivel mundial. Como la cultura determina el consumo de drogas, pero como las drogas también determinan la cultura, *Las tres tazas* puede leerse entonces como un cuadro de costumbres al uso y, simultáneamente, como una prospección *avant la lettre* de lo que la cafeína y la nicotina les producirán a sus devotos a lo largo del siglo xx. Al final de cuentas, en el siglo por venir, el “impúdico brebaje” desatará la locuacidad de los bebedores de tinto con tanto o mayor “furor homérico” que la pasión febril de los fumadores de cigarrillos.

||

El café más antiguo de Bogotá del que se tiene noticia es el llamado La Miscelánea de 1845. Nada se sabe de las características del lugar; la única certeza es que estaba ubicado en una esquina de la segunda calle de los Plateros y que, además de café, también funcionaba como tienda. El *Almanaque de Bogotá i guía de forasteros* registra en 1866 la existencia de un Café y Licores Italiano, situado en el número 24 de la calle Oriente, y de otro Café de la Unión, emplazado en la calle Ecuador a la altura del número 70. Pese a ello, en los siguientes cuarenta años esa incipiente forma de sociabilidad apenas tuvo desarrollo.

No hay, por el momento, una respuesta concluyente para explicar la anomalía. Con cautela, se podría sugerir que, si bien el café se identificaba con la influencia inglesa en Colombia, su simbología, por el contrario, estaba más vinculada con Francia. Eran bastante conocidos los elogios al café de Voltaire, así como el hecho de que la Revolución Francesa se gestó en algunos de los mentideros más famosos de la Ciudad Luz. No solo la bebida sino el establecimiento donde se consumía gozaban de un aura ambigua de transgresión. Se pensaba que el café exaltaba las pasiones políticas, el gusto por la conjura, el deseo de contravenir a la autoridad. En el *Diccionario de las gentes del mundo para uso de la corte y de la aldea* (1820), uno de los numerosos lexicones satíricos publicados en España en la primera mitad del siglo XIX, se definía la palabra “cafés” del siguiente modo:

*Circo español cuyos gladiadores perecen en la palestra.
Reunión de partículas heterogéneas. Incendio patriótico
apagado con bombas políticas.*

Esa aureola de transgresión también abarcaba el ámbito sexual, pues el café —de nuevo: tanto la bebida como el establecimiento— se consideraban el teatro ideal para la seducción y los arreglos amorosos por fuera de la moral en

boga. Ese imaginario estaba sólidamente instalado entre el público, debido, por una parte, a la literatura francesa del momento, en la cual abundaban las historias de muchachos románticos cautivados por grisetitas en los cafés parisinos, pero también gracias a los relatos de los viajeros colombianos que volvían de sus travesías deslumbrados por las licencias de la Ciudad Luz. Juan Lozano y Lozano, que pasó un par de años en París terminando la carrera de economía y finanzas, relata en una de sus crónicas que:

Quando yo era estudiante poco próspero en Europa, tenía amistad con muchachas muy lindas, que se sentaban a tomar conmigo un café, o una cerveza, o un agua fresca, en los cafés de los bulevares... La muchacha [que yo invitaba] se encantaba con todas las cosas que yo le refería, historias, versos, amores, aulagas. Pero de pronto empezaba a inquietarse, a contestarme distraídamente, y por fin se levantaba y me decía que había olvidado que tenía un compromiso a esa hora.

El compromiso era con un señor suramericano que había entrado. Buena ropa, fisonomía estable, panza abultada... El hombre estable miraba con cierto desdén a su alrededor, mientras la muchacha acudía a él; luego se sentaban, pedían vinos o champañas, en cuyo consumo

las muchachas tienen una comisión, y él sacaba un diccionario para comunicarse con la chica. Después salían del establecimiento, muy orondos, y tomaban un taxi. Todo ello costaba, al cincuentón, dinero; todo el dinero en que una mujer joven aprecia la renuncia a la compañía de un muchacho pobre.

Por último, no puede pasarse por alto que en los cafés la gente hablaba y se comportaba sin reservas, descuidando las normas de obligatorio cumplimiento en otros ámbitos. Es significativo que, en la sexta edición de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1914), Rufino José Cuervo mencione la obra en verso *Las barrios bajos* (1898), del poeta y dramaturgo José López Silva, a propósito de ciertos plurales de formación incierta. En sus escritos, López Silva le daba voz a la pintoresca hermandad de pícaros y chulos que abarrotaban los nuevos lugares de entretenimiento en la capital española a finales del siglo XIX. Esos individuos deslenguados, con carácter y llenos de ingenio, utilizaban términos como “calugnias”, en vez de calumnias, blasfemaban ante la menor provocación y encima no le solicitaban a los mozos unos cafés, sino unos “cafeses”, demostrando de esa forma, según Cuervo, un altanero desdén por el cuidado del idioma. En una sociedad como la bogotana, obsesionada

con el culto a la lengua y el buen decir, esas incorrecciones eran mucho más que simples ejemplos prácticos de la diferencia entre lengua y habla: eran, literalmente, pruebas de que en los cafés la gramática no solo se ponía en entredicho, sino que se sometía a las veleidades del vulgo y las hablas de germanía.

Vistos, pues, bajo esa triple perspectiva, la de la política, la del sexo y la del idioma, se entiende que ni el consumo de café ni la asistencia a cafés hubieran disfrutado de mayor popularidad durante los primeros años de la Hegemonía Conservadora. Al menos en Santa Fe, una villa donde aún pesaba fuertemente el pasado español, la Iglesia seguía imponiendo sus pautas, la Policía vigilaba las reuniones públicas, los gramáticos se convertían en presidentes de la República y el gusto gastronómico se guiaba por el patrón de lo dulce, se comprende que hubiera tradicionalistas como Vergara y Vergara que, al recibir un pocillo con la nueva bebida, le dijeran a su anfitrión:

—...me debes dar chocolate. Ahora no soy caballero, no soy sino un hombre herido en lo más caro que tiene, en su gargüero; soy un león enfurecido; y si no me das chocolate, te despedazo aquí enfrente de tu tierna esposa y tus tiernos hijos.

III

Entre 1866 y 1912, el café bogotano presenta su forma más incipiente. Durante todo este periodo apenas existieron unos pocos locales de ese estilo, entre los cuales se destacaban La Gran Vía, el Café de la Paz y La Botella de Oro, licorera que siempre fue un injerto de expendio de bebidas espirituosas y órgano de tertulia abstemia.

Dada la escasa presencia de cafés, varios lugares tanto en la periferia como en el centro de la ciudad se convirtieron en los destinos preferidos para el encuentro y la sociabilidad. En el norte se destacaban Las Fosas, El Foli y La Bodega de San Diego. Hacia el sur, en el barrio de Las Cruces, se encontraba La Rueda de Ferris, frecuentada por los miembros de La Gruta Simbólica. En el centro, los lugares de reunión preferidos eran La Torre de Londres y El Guaraní. Un poco más al nororiente se ubicaban El Oso Blanco, La Cuna de Venus y La Gaité Gauloise, establecimiento al que la ironía bogotana acabaría llamando La Gata Golosa, gracias a una macarrónica traducción del francés.

En esos lugares el rasgo distintivo es que se bebía chicha, aunque no faltaban los vinos peleones y los rústicos aguardientes locales. José Pizarro los acusaba de ser “verdaderas zahúrdas de Plutón” y Germán Pardo García les atribuía el poder de despertar en sus visitantes una “sicopatía confesa”.

En 1893, un redactor del periódico *El Telegrama* se declaró escandalizado por “las querellas, las riñas, los arrebatos, las agresiones, los suicidios y esas mil formas del delito” a que inducía el consumo inmoderado de chicha y lamentó que las autoridades no tomaran medidas para eliminar un flagelo que “arrojaba millares y millares de seres desgraciados sobre los campos de la justicia y los abismos del Código Penal”.

En este contexto, a los cafés fundados a principios del siglo xx en Bogotá se les atribuyó la misma misión que se les había atribuido a los primeros cafés en Europa: ser la antítesis de las tabernas —es decir, de las chicherías— y proporcionar una alternativa no alcohólica a los obreros, artesanos, campesinos o gente del común que para entonces empezaban a disfrutar de algunas horas de tiempo libre. Nada ilustra tan bien lo anterior como unas palabras de Rafael Uribe Uribe pronunciadas en 1904:

Para alejar de la taberna a los obreros, el Estado debe procurarles distracciones encaminadas a la educación moral y estética, como teatros populares a bajo precio, museos, bibliotecas, escuelas dominicales y nocturnas, gimnasios públicos, retretas de las bandas oficiales y, sobre todo, cafés baratos, donde a tiempo que se busquen

mercados inferiores para el consumo del grano, se tenga en mira producir la excitación de las facultades ideativas, propia del café, en vez de espolear los instintos innobles que el alcohol despierta o en lugar de permitir el embrutecimiento por la chicha.

No sorprende que, al menos en ese primer momento, los cafés se hubieran convertido en uno de los sitios favoritos de la gente acomodada. Después de todo, los cafés tenían una cualidad de la cual carecían los expendios de chicha, los piqueteaderos o las fondas camineras: respetabilidad. Contrariando los recelos anteriores, un caballero podía dejarse ver en ellos sin sufrir censura social, sin que se pusiera en duda su sentido de la honra y sin romper ninguna de las tácitas reglas del decoro. Además, beber café, a diferencia de beber licores espirituosos, no solo despertaba la lucidez y las ganas de trabajar, sino que permitía sumarse beatamente a la condena pública de la embriaguez popular (una de las obsesiones nacionales entre el final del siglo XIX y la primera parte del XX).

¿Habrá que recordar que se trató de una ilusión pasajera? Después de ese breve intervalo en que se creyó que el café podría ser el gran aliado de los programas de temperancia y de la lucha estatal en contra de la improductividad, reaparecieron

los prejuicios contra los cafés, tal como lo recuerda Eduardo Caballero Calderón en sus *Memorias infantiles*.

—¿Cuándo podré ir yo a los cafés?

—Los niños no van nunca a los cafés. Las personas serias tampoco. Tu abuelo nunca puso los pies en un café...

IV

En los primeros cafés bogotanos confluyó gente que, a falta de un mejor término, cabe llamar “burgueses”: los nostálgicos de las viejas tertulias santafereñas en casas privadas; los afiliados a clubes literarios y científicos; los que se reunían en algunos almacenes de la calle Florián a discutir sobre libros y revistas; los que eran invitados a tertuliar en los salones de las casas prestantes y los que acudían a las cinco de la tarde al altozano de la Catedral para ver a los demás, dejarse ver de los demás e intercambiar noticias y chismes.

Con rapidez, sin embargo, el público se hizo más heterogéneo. Hacia los años veinte los “elegantes de profesión” abandonaron los cafés en favor de los clubes, siendo reemplazados por lo que, en ausencia de un mejor nombre, cabría llamar “la bohemia”. Con ese rótulo se designaba a personas que, si bien no encajaban en el perfil del tipo social

descrito por Murger en su libro clásico, tenía aficiones intelectuales y se ganaban la vida en el periodismo, la política o la academia. Germán Arciniegas, en un artículo sobre el Café Windsor, recuerda burlonamente que sus dueños habían abierto el sitio con la esperanza de que lo frecuentara gente de pro, solo para descubrir con horror que el lugar se lo habían tomado unos jovencitos beligerantes y amigos de beber al fiado llamados Los Nuevos.

A los intelectuales y políticos de la hora inicial se sumaron caricaturistas, estudiantes, profesores, vendedores de libros, voceadores de prensa, militares en retiro, jockeys, toreros, mozos de espada, maletillas, fotógrafos, exiliados, empleados públicos, emboladores, serenateros, vagos de profesión, abogados, detectives de incógnito y, cuando caía un aguacero, un número portentoso de los habitantes de la ciudad. Los cafés, en este sentido, fueron repúblicas democráticas en miniatura, a las cuales se podía acceder sin ningún tipo de membresía y en las cuales se podía hablar con libertad de prácticamente cualquier tema. Solo había una excepción: las mujeres, que, si bien no tenían prohibida la entrada, preferían no frecuentarlos, sobre todo en las noches, cuando los cafés cambiaban de naturaleza y se convertían en expendios de licores.

El caso de las coperas es distinto: con ese nombre se conocía en Bogotá a los empleados, hombres y mujeres, que

servían las copas en una mesa y, al menos en un comienzo, el apelativo carecía de connotaciones peyorativas. Según Felipe González Toledo, las coperas empezaron a verse en el Café Real, justo al empezar la República Liberal:

En 1930 se produjo una sorpresiva novedad en los cafés bogotanos. En muy pocos días, como si los empresarios estuvieran de acuerdo, el personal de servicio, que era integrado exclusivamente por hombres, fue cambiado por mujeres. Bien se puede decir que solo el Windsor se negó a adoptar la nueva costumbre, pero resistió muy poco tiempo porque Adolfo y Eliseo, los viejos meseros, acabaron por despojarse de los sacos blancos y cederles los trastos a las “Lucys” y a las “Marlenes”.

Posiblemente la presencia de las coperas originó otra costumbre que también ha desaparecido. Los jóvenes universitarios dieron en estudiar en los cafés, a veces hasta la medianoche, y al final de la jornada, en repetidas ocasiones, algunos de ellos saltan al tiempo con algunas de las muchachas. Casi exclusivo de estudiantes fue el Café Bodegón, al extremo sur del atrio de la Catedral y muy vecino, por entonces, de la Facultad de Derecho de la Javeriana.

Fue una década más tarde, con los repetidos escándalos y hechos de sangre, que la reputación de las coperas cambió, produciéndose una identificación con la prostituta que no es real. A esa metamorfosis contribuyeron el tango y el bolero, géneros predominantes en las vitrolas de todos los cafés. En la tradición argentina, las coperas eran mujeres contratadas en los locales para “alternar” con los clientes, bailar algunas piezas e incentivar el consumo de licor. Pero como en los cafés bogotanos no se bailaba, el papel de las coperas se limitaba a atender mesas y cocina, y a realizar un tipo de alterne de características menos lascivas.

Eso no impide afirmar, como lo demuestra una variedad de personajes encabezada por Gabriel García Márquez, que las coperas fueron objetos de deseo a los ojos de más de un parroquiano y que algunas de ellas tuvieron tratos con algunos de los clientes habituales. De hecho, se llamaba así, “mujeres del trato”, a las empleadas de los cafés que tenían arreglos más o menos formales con los hombres que atendían, sin que ese vínculo se convirtiera necesariamente en una posición oficial. Eran más bien confidentes y proveedoras de sexo, con un estatus a medio camino entre la eufemística “amiga” y la pareja de facto.

V

El café bogotano experimentó su primer auge entre 1912 y 1948. La fecha importa, porque los cafés aparecen cuando los viejos poblados comienzan a transformarse en ciudades y se organizan en torno a un centro en el cual se desarrolla la mayoría de las actividades de gobierno, negocios, cultura y diversión. A partir de 1912, año en que los hermanos Nieto Caballero inauguraron El Windsor, junto a clubes, teatros, cabarets, restaurantes y salas de cine, empezaron a proliferar los locales que hicieron exclamar a Christopher Isherwood que el centro de la capital colombiana estaba “atestado de cafés” y a José Joaquín Jiménez que Bogotá “vivía del tinto”.

La mayoría de estos cafés estaban concentrados en un área muy pequeña, la Avenida Jiménez con carrera Séptima, o en sus alrededores, lo cual reafirmaba la sensación de que había decenas de ellos. Los locales no se ajustaban, como en Londres, París o Viena, a la idea moderna de equipamiento urbano. Eran, en su mayoría, lugares creados específicamente en los bajos de las viejas casonas coloniales, aunque no faltaron los recintos lujosos construidos exprofeso y con toldos de rayas al estilo europeo.

Gracias a los testimonios de Germán Arciniegas, Alberto Lleras Camargo y Álvaro Castaño Castillo, se sabe que eran

locales pequeñísimos, habitaciones de cuatro o cinco metros cuadrados en las que la atmósfera resultaba irrespirable debido a la aglomeración de personas y la persistente presencia del humo de los cigarrillos. Llegó a darse el caso de que en un mismo local funcionaran dos negocios, y de que el cierre de uno implicara la apertura casi inmediata de otro. De las entrañas del Café Inglés, por ejemplo, surgieron primero El Molino y más tarde el Café Colombia. En este sentido, en lugar de replicar las dinámicas de los cafés europeos, los cafés bogotanos se ajustaron al entorno y a las posibilidades económicas de sus dueños y clientes. Más que simples cafés, eran híbridos entre cafés y restaurantes, o entre cafés y bares, e incluso amalgamas entre cafés y centros de ocio, ya que varios de ellos ofrecían mesas de billar, juegos de barajas, dianas de dardos, tableros de ajedrez, gobanes de chaquete (el nombre capitalino para el *backgammon*) o vasos de cuero para jugar cacho.

En una crónica publicada en *El Tiempo* en 1941, José Joaquín Jiménez registró, con una prosa nerviosa y en la cual destacaba la influencia de Ramón Gómez de la Serna, lo que sucedía en esos establecimientos en la pausa del mediodía o al cierre de la jornada laboral:

El cafetín es un universo pequeñuelo. Alrededor de las mesillas, los poetas piedracielistas cazan porciones de humo para la factura de sus poemas... El estudiante descifra el sólido misterio de las matemáticas o descubre la maravilla universal de la biología. El político hace un recuento de votos, medita discursos y cata la efectividad de la curul... El negociante calcula; ejecuta el juego del alza y de la baja, intuye el trato afortunado y la transacción remunerativa. El filósofo palpa la conveniencia de otorgarle a la risa una calidad espiritual, separándola de la vulgaridad glandular del llanto. El reportero olfatea el suceso, la noticia, el acaecimiento interesante. El suicida presunto calla el fracaso de su existencia y el joven optimista levanta la fábrica azul del porvenir, ingiriendo, con delectación y entusiasmo, un sorbo de café.

Más que elaborar un catálogo de actividades y personajes, a Jiménez le interesaba, como el explorador de la modernidad que era, dejar constancia de que en los cafés bogotanos se congregaban dos figuras emblemáticas de las ciudades en plena transición de pueblo a urbe: el hombre solitario que, con la taza de café como testigo, reflexiona sobre sus preocupaciones, y el tertuliano gregario a quien el inmoderado consumo de tinto le estimula, como quería

Rafael Uribe Uribe, las “facultades ideativas”, llevándolo a concebir diversas fantasías políticas y literarias.

Esos poetas, políticos y estudiantes frecuentaban los cafés no solo porque encontraban en ellos una forma de sociabilidad seductora, sino porque compartir un tinto les permitía integrarse a un espacio urbano de características únicas. Un ejemplo revelador del enunciado se evidencia en la encuesta realizada por el quincenario *Sábado* en enero de 1946. A la pregunta de “¿A qué va usted a los cafés”, el abogado Miguel Camacho Carbonell respondió: “Voy a tomar un poco de sol. Los cafetines son como los parques soleados de las ciudades sin sol”.

Al comparar los cafés con los parques, Camacho Carbonell resaltaba su carácter como espacio público abierto a todos los ciudadanos, donde se podía disfrutar tanto del calor de la amistad como de la iluminación de la sabiduría ajena. Eugenio Charry Trujillo, un funcionario de la Policía Nacional, añadía a esa percepción un matiz que ratificaba la idea de que los cafés eran instituciones no solo democráticas sino laicas: “La vida de Bogotá”, afirmaba, “descansa sobre el trípode de la iglesia, el cine y el café; pero como no soy muy rezandero y el cine resulta caro, prefiero ir al café”.

Ambos puntos de vista coincidían en que los cafés establecían una temporalidad distinta, desligada de los ritmos

circadianos de la vida urbana exterior. Quien ingresaba a uno de esos establecimientos y fijaba la vista en ese “círculo oscuro, húmedo, brillante, como la pupila de un buey manso, que es el pocillo de tinto”, se encontraba llevado hacia un espacio de molicie, de pereza, de ensoñación. Si en otras partes la prisa y el tráfico imponían su dominio, “aquí no. [Aquí] todo es laxitud. La tacita gritará que no vale la pena apresurarse. En el café siempre será más temprano de lo que se cree”.

Al igual que Vergara y Vergara en su época, Pedro Acosta Borrero intuyó al escribir lo anterior que una de las razones por las que se miraba con desconfianza a los cafés era porque en ellos se abandonaba la noción de producción. El tertuliano que, día tras día, frecuentaba su local predilecto, de la misma manera en que otros asistían a la iglesia de su barrio, se entregaba a un ritual que contradecía el principal mandamiento del capitalismo: aquel que establece que el trabajo es una religión. En el café se le daba un significado distinto a la palabra *actividad*. Allí se estaba a salvo del “afán que corta el torrente de las ideas” y de las “urgencias que quitan todo su significado al tinto”. En el café se establecía “la sabia costumbre de la vagancia” y, además, se permitía, incluso se esperaba, que el tertuliente levantara “la fábrica azul del porvenir, ingiriendo, con delectación y entusiasmo, un sorbo de café”.

VI

En el extenso trayecto desde el rechazo inicial de Vergara y Vergara, el café se abrió paso primero como remedio, luego como reconstituyente físico y por último como sosias. Basta con hojear publicaciones de finales del siglo XIX y principios del XX para encontrar consejos caseros como el brindado en el periódico *XYZ*, de Federico Rivas Frade y Gabriel Roldán:

*Una cucharadita de jugo de limón
en una taza de café puro
cura los dolores de cabeza biliosos.
Dos o tres tajadas de limón
en un café cargado
curan los dolores de cabeza nerviosos.*

El café era la pócima mágica a la hora de mitigar la embriaguez, aplacar las cefaleas, templar el estómago o aliviar los ataques de gota. También era un revigorizante excepcional cuando se estaba cosechando en el cafetal y fallaban las fuerzas, o cuando se asistía a misa y la somnolencia obligaba a dar una cabezada, o cuando la larga guardia militar tentaba con echarse un sueño corto a la sombra de un encenillo.

Será necesario esperar hasta el año 1927 para encontrar el punto de inflexión en el cual el café deja de ser el remedio

multiusos de la farmacopea doméstica y se eleva al pedestal de bebida favorita de la nación. En ese año, Diego Monsalve, un técnico agrícola nacido en Santo Domingo (Antioquia), proporcionó en su libro *Colombia cafetera* una base científica a todos los tópicos que hasta entonces habían predominado en la conversación pública sobre los beneficios del café. Monsalve afirmaba que, debido a sus propiedades organolépticas, el café de Colombia era notablemente superior al de su principal competidor en los mercados, el café de Brasil. En virtud de ello, el café colombiano aumentaba de manera mucho más notable “la fuerza absoluta del corazón”, combatía más eficazmente la “pereza post-prandial” y mitigaba, hasta el punto de hacerla desaparecer, “la disnea del trabajo”. A estas virtudes añadía una que ya el general Rafael Uribe Uribe había advertido, la de que el café también era un eficaz antídoto contra “la intoxicación alcohólica”. Basándose en opiniones de eminentes médicos de la época, Monsalve sugería que el café, bebido frío o en infusiones, reunía “todas las ventajas de las bebidas espirituosas, sin tener ninguno de sus inconvenientes”.

Aunque Monsalve no lo menciona, es evidente que él y, por su conducto, la recientemente creada Federación Nacional de Cafeteros trataban de encauzar a su favor los debates adelantados por los higienistas colombianos desde

los albores del siglo xx. Médicos como el influyente Jorge Bejarano venían denunciando desde 1922 que el consumo de “chicha en las más bajas clases; de aguardiente, brandy, ron y ciertas cervezas de altísimo porcentaje alcohólico en las clases medias, y de whisky y licores finos en las altas” estaban convirtiendo a la sociedad colombiana en un “feudo de la embriaguez”. La desgracia de ser un país subyugado por la tiranía del alcohol exigía tomar correctivos de inmediato, acotaba el también médico Miguel Jiménez López:

Hay un fenómeno que a nadie habrá escapado: la prontitud con que en nuestros hombres se agotan todas las energías, y capacidad útiles. Un individuo de nuestra zona, a los treinta años de edad, presenta ya los distintivos de declinación que en las zonas templadas presenta uno de cuarenta y cinco a cincuenta años: el mismo principio de decadencia orgánica, idénticos signos de denunciadores de una reducción de las diferentes capacidades.

Si se quería revertir la situación, recuperar la capacidad de empresa y convertir al hombre desfalleciente en hombre enérgico, era necesario, por una parte, redefinir las nociones de bienestar físico y social de tal forma que se convirtieran en las bases para la prosperidad de la patria y, por la otra,

encontrar un sucedáneo para la ingesta de licores que pudiera seguir siendo la bebida favorita del pueblo, pero ya purgada de las toxinas que hacían de los licores “un veneno infecto”. Esa nueva bebida no solo debía devolverle la sobriedad a la nación ebria, sino ser un *tónico* en el sentido original de la palabra: una sustancia capaz de excitar la actividad orgánica, recuperar el vigor perdido y encauzarlo hacia actividades productivas.

Para esos efectos, se crearon bebidas como la ya olvidada Maizola, pero solo el café cumplió con los requisitos exigidos por los higienistas: aunque su consumo en exceso ciertamente traía problemas, no se convertía en un vicio, no ocasionaba accidentes en el trabajo —algo decisivo en un país que empezaba a industrializarse—, no impulsaba a cometer delitos o crímenes, no llevaba a distraerse en los oficios religiosos, no propiciaba desacatos en los cuarteles militares y además no se convertía en una carga económica para quienes lo consumían. Era más bien al contrario, como lo observó Diego Monsalve al comparar la tasa de nupcialidad en Antioquia con los precios externos del café en el período 1910-1925. Cuando los precios externos del café suben, decía, los jóvenes antioqueños consiguen mejores ingresos y eso los lleva a casarse. De modo que, sin hablar de correlación entre los dos términos, podría decirse que

el café también era un escudo contra las afugias económicas y —¿por qué no?— contra la falta de atractivos físicos.

VII

Las campañas adelantadas por la Federación Nacional de Cafeteros a fin de aumentar el consumo interno de café fueron sumamente exitosas. En un período de casi dos décadas, desde 1930 hasta 1948, el tinto se consolidó en el gusto popular de los habitantes de la capital. En 1941, José Joaquín Jiménez constató con admiración que,

formal e informalmente, Bogotá vive del café. El tinto es un instrumento de comercio social tan eficaz entre nosotros como la “pipa de la amistad” entre los antiguos pieles rojas. Nada se hace aquí sin café. El negocio, el plan político, la charla insustancial, la meditación, el ensueño, hasta el mismo silencio, están manejados por el tinto. Puede decirse que el café tinto es la sangre que alienta en el noble corazón de la ciudad.

La identificación con el café llegó hasta el punto de convertirse en una seña de identidad no solo de la época sino de algunas profesiones. A pesar de que los cafés tuvieron

su origen durante la Hegemonía Conservadora, su ascenso a símbolo ocurrió en los años de la República Liberal. Y, en el mismo sentido, aunque los bohemios de la Gruta Simbólica bebían grandes tazas de tinto para recuperar el tono después de las noches de juerga, fueron las “manos chamuscadas de fumador empedernido” y los dientes amarillos de bebedor contumaz de tinto los que definieron la imagen arquetípica de los periodistas colombianos en la primera mitad del siglo xx.

El café, en sus dos acepciones, ciertamente no defraudó las esperanzas de los higienistas. La energía ejecutiva de los dirigentes liberales, la fuerza vital de quienes buscaban ventilar un país cerrado a cal y canto o el dinamismo de aquellos que fundaban empresas en Bogotá, Medellín o Barranquilla encuentran un correlato objetivo en la taza de café. En 1941, José Joaquín Jiménez notó con claridad que el tinto se había convertido en el lazarillo fiel de la mayoría de los oficios y profesiones de Colombia:

... en las noches, cuando la calma tenebrosa se apodera de la ciudad, el café tinto, contenido en termos, va, de las manos de los vendedores ambulantes, por las calles y plazas. El policial, en turno de vigilancia, compra un pocillo y, bajo el palio del cielo, lo consume, sintiendo que

la deliciosa bebida lo libra de la mortificante enemistad del sereno... Los funcionarios del juzgado permanente cobran ánimo y fuerzas tomando tinto para irse allá, al arrabal, y levantar el cadáver del hampón asesinado, sobre cuyo cuerpo rígido revolotean las moscas de la alcantarilla vecina. El funcionario de la corte suprema, en tanto que analiza, con severo criterio, la razón que asiste a las partes de un pleito, toma un sorbo de tinto, cuyo sabor le lleva al paladar y, por ese conducto, a la mente, la sensación misma de la patria... El limpiabotas, artífice de la elegancia y moderno factótum de la hipocresía, encuentra en el tinto aquella agilidad de discernimiento que lo mueve a hallar cierta similitud entre el oficio suyo y el oficio del herrero... Todos aquí, blancos, jóvenes, damas, tomamos café...

La única excepción a esta aplaudida embriaguez artificial se hallaba, de nuevo, en los cafés. En ellos, el tinto no actuaba como la bebida que infunde en los hombres un “aliciente de los deseos”, sino como “un sedante”. “¡Ah!” —exclamaba Pedro Acosta Borrero—. “El café invierte los papeles a todo. El tinto no es motor para los nervios. Los relaja dejándolos como una madeja de despojos que —ellos también— habrán de entregarse a la molicie.” En

esa serie continua de metamorfosis desde su origen, el establecimiento llamado café se sustraía así al ritmo frenético de los espacios dedicados a la actividad comercial, convirtiéndose en un remanso privilegiado del ocio creativo. En consonancia, la bebida conocida como café abandonaba su papel de tónico, de reconstituyente, para transformarse en el elixir más codiciado de los paraísos artificiales.

VIII

La estrella ascendente del café se vio empañada, paradójicamente, por los propios dueños de los establecimientos cafeteros. El tinto que se servía en la mayoría de estos lugares era generalmente de baja calidad y con frecuencia se adulteraba con otros productos para aumentar su rendimiento. “¿Qué parentesco existe, por ejemplo, entre el haba, ‘planta de la familia de las leguminosas, de semilla comestible’, y el cafeto, árbol rubiáceo, cuya semilla es el café?”, se cuestionaba José Joaquín Jiménez, para enseguida responder:

Ninguna... El haba fue usada por nuestros antepasados, los chibchas, para aderezar su principal alimento: la mazamorra. No tuvo, pues, el origen ilustre del café... y, sin embargo, hoy su harina anda mezclada al café en

esta patria. El maíz tampoco tiene nada que ver con el café. La achicoria, tampoco, y [a pesar de ello] en ese pocillo de café, que la chica de nuestro cafetín predilecto nos sirve, acompañado de una sonrisa que publica el blanco milagro de la dentadura, hay haba, maíz, achicoria, trigo y otros componentes, amén del propio café.

Esta “inaguantable amistad”, esta “insoportable convivencia entre el café, nuestro café, el más suave y delicioso del mundo, y ciertos frutos tropicales”, obedecía al deseo de lucro, pero también a convicciones arraigadas en muchos de los productores y distribuidores del grano. En su clásico manual sobre *Cultivo del café. Nociones elementales al alcance de todos los labradores* (1880), el expresidente Mariano Ospina Rodríguez —que también era plantador— había escrito que “la cáscara del café tostado sirve para preparar un licor que no difiere mucho del que se prepara con el grano i, por consiguiente, debe aprovecharse para los peones u obreros”. Desde entonces, aquella licencia abrió una puerta para toda clase de combinaciones innobles.

Destinar la llamada pasilla al mercado inferior era una consecuencia de que el café fuera un producto de exportación: dado que el consumo interno era pobre, los dueños de los establecimientos carecían de incentivos y escrúpulos a

la hora de ofrecer un producto más refinado. La Federación Nacional de Cafeteros trató en varias ocasiones de arreglar la distorsión, con resultados más bien modestos. Al final, siempre acababa por imponerse aquella ley de hierro, también advertida por Ospina Rodríguez, de acuerdo con la cual “el café negro, blanco o dañado que resulte de la escogida” debía mezclarse con otros productos, destinarse al consumo doméstico y, si los fletes estaban asequibles, “conducirse a los Estados Unidos”, donde tampoco era difícil abrirse un hueco en el mercado secundario.

La situación empeoró con la aparición de las grecas, que vinieron para sustituir a las sofisticadas cafeteras italianas. A la falta de calidad del producto, se sumaron los deficientes estándares de aseo en la preparación y un método de filtrado del grano molido cuyo resultado, decía Jiménez, era catastrófico: “Colombia, país en donde se produce el mejor café suave del mundo, es, a la vez, en donde se les expende a los aficionados el café más malo del universo”.

Retomar el señalamiento después de tanto tiempo no es útil para describir la situación actual, en la que el café gourmet ha conquistado una parte considerable del mercado, sino para aclarar un enigma filológico. A menudo se argumenta que la designación del café como “tinto” proviene de la semejanza cromática con el vino, lo cual plantea una

contradicción, ya que el café tiende a ser negro, mientras que el vino de uva oscura es rojizo o tornasolado. La observación de José Joaquín Jiménez permite entender mejor el nexo. Como en los cafés de los años cuarenta era común la mezcla de café con achicoria, el color de los tintos acababa siendo ligeramente violeta (y su sabor muy similar al de las ibias, chuguas, nabos y otras semillas que se usaban en los cocidos campesinos). En tal caso, sí tenía sentido llamar tinto a la infusión de café oscuro, dada la similitud del color entre ambas bebidas.

Una segunda explicación sobre el enigma exige volver a los apuntes humorísticos de Vergara y Vergara. Al comparar el sabor del café con el de la anilina para escribir, el polígrafo bogotano pudo haber allanado el camino para que, durante un extenso periodo, la infusión de café fuera llamada “tinta”, según lo registra el *Atlas Lingüístico Etnográfico de Colombia*. Si en efecto fue así, la antigua bebida femenina no solo cambió de género, sino que se convirtió en lo que la filología llama un sustantivo ambiguo. ¿Ocurrió esta metamorfosis cuando el café se convirtió en un sustituto de las bebidas alcohólicas? ¿La tinta se masculinizó al asumir la responsabilidad de restituirle las fuerzas a la, como se lamentaba Laureano Gómez, “degenerada raza” de la nación?

IX

Los cafés no sucumbieron con el Bogotazo. Si bien varios fueron víctimas de las llamas y desaparecieron ese día, también muchos resurgieron de las cenizas, dando lugar a lo que posiblemente sea la etapa de mayor brillo en la tertulia bogotana. El Café Fortaleza ejemplifica este punto de manera perfecta: a pesar de que el local donde se encontraba se quemó el 9 de abril de 1948, a los pocos meses renació bajo una nueva enseña comercial, El Automático. Y El Automático —como tal vez no sea necesario subrayar— representa el café capitalino por excelencia, el café que compendia una parte sustancial de lo que fue la vida intelectual en Colombia.

En los cafés pasaban multitud de cosas: dada la cercanía con el centro bursátil de la ciudad y con varios de los negocios de la economía del medio siglo (“venta de bestias, de cosechas, de transacciones de índole campestre”, recuerda Luis Vidales para el caso del Windsor; “finca raíz, préstamos sobre hipoteca, negocios sobre automotores o lotes de mercancías variadísimas”, evoca Felipe González Toledo para el Luis xv), a los cafés iban los empleados de los bancos, los funcionarios de los ministerios públicos, los ganaderos de la sabana de Bogotá, los cambalacheros de la Avenida Jiménez o los toreros contratados por el Circo de La Santamaría a

reunirse con sus pares. Pero sobre todo asistían hombres de letras de la más diversa índole. Por esa razón, prácticamente no hubo grupo literario colombiano que no tuviera como punto de encuentro un café. Los Centenaristas se reunían en La Cigarra, Los Nuevos en El Windsor, los piedracielistas y cuadernícolas en el Victoria, la generación de Mito en El Automático y el Excélsior, y los Nadaístas en El Cisne.

Un “café literario”, como se les denominaba, implicaba que poetas, periodistas y literatos no solo celebraran sus tertulias a la vista del público, sino que convirtieran al café en el centro neurálgico de la vida ciudadana. En los cafés de Bogotá se recitaban poemas, se leían los periódicos, se comentaban libros, se jugaba billar o ajedrez, se preparaban los próximos números de las revistas, se lanzaban candidaturas políticas, se discutían teorías económicas, se escuchaban y difundían chismes, se recibía correspondencia y llamadas telefónicas, se tomaba el pelo, se coqueteaba con las meseras, se oían conciertos en vivo, se daban trompadas, se escuchaban los últimos boleros y tangos en las vitrolas, se exponían dibujos y esculturas, se bebía café, cerveza y aguardiente, y se comían buñuelos, empanadas, sorbetes de curuba, salpicón de frutas y, a veces, salchichas fritas. (Detalle curioso: casi no hubo vocación pastelera en los cafés bogotanos.)

A menudo se cita la frase de Alfred Polgar, según la cual el café “es el dulce hogar para quienes el dulce hogar es un horror”, a fin de explicar la naturaleza ambigua e híbrida no solo de los cafés, sino de las actividades que sus habituales llevaban a cabo dentro de ellos. Sin embargo, aunque el aforismo retrate bien la llamada decadencia vienesa, para el caso colombiano funciona mucho mejor la definición dada por José Joaquín Jiménez en otra de sus crónicas de *El Tiempo*:

Es que aquí, en La Cigarra, las más altas y encumbradas personalidades del país pierden sus atributos, pierden su respetabilidad y quedan convertidos en nombres que se pronuncian con una familiaridad tierna y desconcertante. Los arduos problemas de la patria se debaten dentro de una atmósfera tan íntima en La Cigarra que se podría decir que esta es la alcoba de la república.

La metáfora de que los cafés eran “la alcoba de la república” reafirma el espíritu democrático que, al menos en teoría, se vivía en aquellos recintos. En los cafés los asistentes tenían la libertad de despojarse de formalidades y tratar a los demás en un plano de igualdad. El aspirante a poeta podía compartir espacio con figuras ya famosas, como León

de Greiff, mientras que el estudiante de medicina gozaba de licencia para cruzar unas palabras con Jorge Zalamea. Este ambiente de cercanía propició que los cafés fueran considerados como universidades espontáneas, centros populares de conocimiento donde la informalidad de las conversaciones y la igualdad en el trato contrastaban con la rigidez de las instituciones académicas convencionales o con la vena exclusivista de los clubes sociales. Pero como los cafés también eran centros de intriga política y literaria, de intercambio de información y de rumores —unos “desplumaderos”, como maliciosamente se apuntaba—, la frase de Ximénez sirve asimismo para preguntarse qué tan cierto era todo ello.

El historiador Jaime Jaramillo Uribe, que trabajó como administrador de cafés en su época de estudiante y cuyo tío materno Bernardo Uribe era dueño del Riviére, del Felixerre y del Café de La Paz, refiere en sus memorias que el espíritu fraternal y ecuménico de esos establecimientos no era un mito. Pasaba con frecuencia que un godó como “Carlos Ariel Gutiérrez, amigo de Gilberto Alzate Avendaño y admirador de Franco, [llegara] al Café Victoria con un fajo de periódicos y revistas de la más variada orientación política a fin de obsequiarlos a los amigos, fueran de izquierda o de derecha”.

Sin embargo, ese aire de cordialidad, ese ambiente grato, coexistía con una marcada intolerancia hacia aquellos que no eran del propio barco. Los miembros de un cenáculo solo esporádicamente juntaban sus mesas con los de un bando rival, de igual forma que las cabezas prestantes solo en raras ocasiones accedían a conversar con espontáneos o desconocidos. Había peleas frecuentes, algunas de las cuales terminaban con heridas de consideración o con muertos. La pugnacidad reinante en la vida política nacional tenía su propia versión bonsái, de miniatura o casa de muñecas, dentro de los cafés. Con frecuencia, estos se convertían en minúsculos teatros de querrela, tal como lo cuenta el mismo Jaramillo Uribe.

La Guerra Civil Española dividió aún más la opinión pública del país. Sobre todo, la figura de José Antonio Primo de Rivera se elevó a la condición de ídolo de ciertos sectores conservadores. Por ese entonces, Silvio Villegas y Gilberto Alzate Avendaño fundaron un movimiento a imagen y semejanza de la falange española, el Nacionalismo. Recuerdo que alguna vez, cuando sus miembros, encabezados por Alzate y un grupo de universitarios vestidos con camisas negras, se dirigían a la Plaza de Bolívar a rendir homenaje al Libertador,

pasaron frente al Café Felixerre, donde un grupo de amigos estudiábamos según la costumbre de la época. Nosotros salimos a la calle y tratamos de organizar una contramanifestación. Como resultado, hubo puñetazos y contusos. Tal era el clima que el conflicto había producido en la vida política del país, sobre todo en los medios intelectuales y universitarios.

X

En *Letras colombianas* (1944), Baldomero Sanín Cano hace una observación particularmente útil a la hora de sopesar la influencia cultural de las querellas y los debates de café mencionados por Jaramillo Uribe. En el Arcano de la Filantropía de Antonio Nariño, la Tertulia Eutropélica de Manuel del Socorro Rodríguez y la Asamblea del Buen Gusto de Manuela Sáenz de Santamaría se gestó gradualmente la conciencia de que los criollos eran distintos de los españoles. Este proceso de “americanismo” no solo generó el deseo de emancipación de la Madre Patria, sino también la aspiración a alcanzar la mayoría de edad en todos los órdenes.

Habiendo sido las tertulias el antecedente de los cafés en los siglos XVIII y XIX, surge de inmediato la pregunta sobre qué tipo de conocimiento o sensibilidad se adaptó en

estos establecimientos cuando se convirtieron en la forma de sociabilidad preferida de los bogotanos. El rico anecdotario en torno al café ofrece algunas pistas. No hay dudas significativas acerca de que en los cafés circuló mucha información y algo que, con las debidas reservas, podríamos llamar modernidad. Alberto Lleras Camargo escuchó hablar por primera vez sobre Sigmund Freud en el Windsor, Luis Vidales se convirtió al comunismo tomando tinto con el ruso Silvestre Sawaski en La Cigarra, y José Luis Díaz Granados se familiarizó con Napoleón gracias a los relatos de las batallas de Austerlitz o Waterloo que hacía León de Greiff en El Automático.

El gran interrogante reside en qué medida esa “modernidad hablada”, esas “publicaciones orales” de los grandes agitadores, contribuyeron a formar una conciencia específica sobre determinados temas, similar a cómo, un siglo y medio antes, las tertulias de los ilustrados neogranadinos la crearon respecto a la necesidad de independizarse de España. No se sabe, o se conoce de manera difusa, si, en el interregno entre la Hegemonía Conservadora y la República Liberal, los cafés fueron, como se sospecha, viveros para una ética vinculada a los valores laicos y al desarrollo de la ciencia; si contribuyeron a cimentar la simpatía (o antipatía) por la España republicana y la Alemania nazi; si los cientos de

poemas recitados y los miles de libros discutidos entre sus paredes contribuyeron a forjar una literatura menos timorata o si, al fomentar una cultura de orientación progresista, alejada de los constreñimientos de la Iglesia católica, facilitaron la secularización de la sociedad.

XI

El declive de los cafés o, más precisamente, la transformación en el lugar privilegiado que ocupaban en la sociabilidad bogotana se atribuye a la acción conjunta de tres factores, tres fuerzas que, combinadas entre sí, le darían un nuevo rostro no solo al centro de la ciudad, sino también a la intensa vida pública que se desarrollaba en su entorno: la censura a los lugares públicos de encuentro, las campañas de higiene y la renovación urbana.

En *Colombia cafetera*, Diego Monsalve reconocía que la principal causa del cierre de las casas públicas para beber café en Constantinopla tuvo como causa “la censura que con demasiada osadía se hacía a la conducta del Gobierno”. En el caso bogotano, a pesar de que los cafés siempre fueron objeto de sospechas y, por ende, blancos de la vigilancia policial, fue la doble coincidencia de que en 1906 Marco Arturo Salgar, Carlos Roberto González y Fernando Aguilar

planearan un atentado contra el presidente Rafael Reyes en La Bodega de San Diego, y de que en 1948 Juan Roa Sierra maquinara el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en El Gato Negro, lo que les confirió a los cafés del centro capitalino la fama de ser nidos de conspiradores. Con el golpe de Estado del general Rojas Pinilla en 1953, estas sospechas y vigilancias se intensificaron: las requisas intempestivas en los cafés no solo se volvieron más frecuentes y caprichosas, sino que la continua imposición del toque de queda llevó a la bancarrota a muchos de estos establecimientos, ya que sus principales ingresos provenían del funcionamiento nocturno. En una columna publicada en *El Tiempo*, Juan Lozano y Lozano recordó que la arbitrariedad de aquellos procedimientos rivalizaba con su bufonería:

En una redada que hubo en Bogotá en años pasados, cayó, entre muchas otras personas, León de Greiff, quien se hallaba departiendo con otros literatos y poetas alrededor de una de las mesillas del Café Automático. Conducidos en carros radiopatrullas a la inspección de la calle cuarenta, allí fueron todos requisados, aligerados de los papeles que llevaban en los bolsillos, y provisionalmente mandados a los calabozos, mientras en las oficinas se examinaban con detenimiento aquellos

papeles, en averiguación de posibles planes subversivos. Una vez terminada la minuciosa inspección, casi todos los detenidos fueron puestos en libertad. Pero León se quedó adentro, como sujeto a todas luces peligroso. El investigador había leído y releído los papeles del poeta, y, como no entendiera una palabra, había exclamado con un lampo de triunfo en los ojos. “¡Esta es la clave secreta! ¡Aquí está la clave de los revolucionarios!”

A ese ambiente de hostilidad y persecución se sumaron las campañas denominadas entonces como de “higienización”, las cuales, bajo el pretexto de mejorar la calidad del servicio y la limpieza de los cafés, ocultaban la intención de eliminar lo que se consideraba antiguo, obsoleto y superfluo.

Finalmente, las antiguas casonas que albergaban a los viejos cafés empezaron a ser reemplazadas por edificios modernos. En marzo de 1948, el periódico *El Tiempo* informó que el Café Martignon presentaba grietas debido a una construcción que se levantaba a su lado. Luego, la pica del progreso alcanzó a La Cigarra, El Café Inglés, el Centro Social, el Café Real y el Bacardí. Con la demolición del antiguo edificio de la Compañía Colombiana de Tabaco, desaparecieron El Molino y el Café Colombia. Cuando cayó el Agustín Nieto, se perdieron El Café de la Carrera y El Gato

Negro. Veinte años después, bajo la guadaña del mismo proceso, El Cisne, donde se reunían los poetas nadaístas, se despidió para dar paso a la Torre Colpatria. Así llegó a su fin la época dorada de los cafés bogotanos.

XII

Lo anterior no significa que la del café sea una institución ya abolida en Bogotá (o que viva en pluscuamperfecto, como dice Antonio Caballero: si hubiera o hubiese cafés, a ellas asistirían los nostálgicos y admiradores de las viejas tertulias bogotanas). Por un lado, todavía sobreviven con gran salud el Café Pasaje y la cafetería La Romana; la Pastelería Belalcázar buscó un nuevo refugio sobre la carrera Octava; y La Florida, que sufrió el saqueo del Bogotazo, ha logrado consolidarse como uno de los lugares de encuentro más importantes de la ciudad. Carlos Villar explicó alguna vez que “el café desaparece del centro cuando este se atomiza y surgen los barrios integrales, cada uno con su pequeño centro, con todos los servicios, haciendo innecesario y difícil el diario viaje hasta el corazón de la ciudad”. A pesar de ello, es un hecho que, a partir del año 2000 y después de dos décadas sombrías, más de cuarenta nuevos cafés han abierto sus puertas en el centro de la ciudad.

Por supuesto, ya no son cafés literarios y en ellos no se practican las mismas rutinas que definieron a la capital durante buena parte del siglo xx. Ya no hay tertulias. Ya la gente no abarrotaba la Avenida Jiménez con carrera Séptima. Ya no lee periódicos (ni los blande en el aire) y ya José Joaquín Jiménez no podría quejarse de los hábitos que lo atormentaban en 1941:

Hay que ver cómo se prepara el tinto en los más de los cafetines. El “café” molido se guarda en recipientes sucios. No se tiene, al tostarlo, el cuidado de evitar que se quemé. Los pocillos en que se sirve usan una gruesa costra de mugre. Si una libra de café molido da, según los cálculos de los técnicos, ochenta pocillos de tinto, en el cafetín se le exprime y trabaja para que produzca ciento ochenta, hasta el punto en que el café molido ofrezca esa palidez sospechosa que muestran los adolescentes aficionados a la lectura de Jardiel Poncela. Consumir una taza de tinto, en ciertos establecimientos, implica la negación de las más elementales nociones de pulcritud personal.

Ahora la característica distintiva abarca una amplia variedad de cafés con diferentes atributos: desde cafeterías y cafés-librería hasta establecimientos que ofrecen servicios

de internet o cibercafés, así como pequeños locales que se centran en promover la cultura cafetera. Estos lugares emplean café de origen, proporcionan información sobre la correcta preparación de las bebidas de café, organizan degustaciones, ofrecen cursos de barismo y utilizan métodos de extracción artesanal, en apariencia novedosos pero en realidad inventados hace décadas o siglos y que ofrecen una alternativa a la máquina espresso y, naturalmente, a la greca: Chemex, prensa francesa, V60, AeroPress, sifón oriental... Hasta el chocolate, en un giro que hubiera complacido a Vergara y Vergara, ha sido reintroducido en algunos de estos establecimientos.

Esa nueva historia está empezando a tomar forma y no resulta sencillo anticipar cómo será su apariencia en el futuro. ¿Dejarán estos nuevos cafés una huella comparable a la de sus antecesores? ¿Resurgirá en algún momento, adaptada a las nuevas circunstancias, la antigua tertulia literaria? ¿Serán los cafés el escenario ideal para difundir músicas que apenas están cautivando el gusto del público, de la misma manera que el tango y el bolero lo hicieron en el pasado? No es posible preverlo con certeza. Lo que sí está claro es que, en contra de lo afirmado por Vergara y Vergara, el café, tanto la bebida como el establecimiento, ha

continuado evolucionando y dejando su marca. Más de un siglo después, aquí están, como quería Jiménez, ayudando a levantar “la fábrica azul del porvenir”.

EL CAFÉ

Luis Tejada

GENERALIZANDO UN POCO, PODRÍASE ASEGURAR que los intelectuales de todas partes sufren ese prurito femenino de juntarse en determinados lugares a conversar. Nada más que a conversar. Aquellos determinados lugares son casi siempre cafés o tabernas, que por esta pequeña razón se han hecho más o menos célebres. Creo que la primera vez que llega uno a París, lo segundo que hará un amigo Cicerón, que al mismo tiempo fuese poeta, sería decirnos:

—Este es el café donde solía venir Paul Verlaine.

Zamacois nos ha mostrado también, trágica y deliciosamente, lo que era hace algunos años un café de intelectuales en Madrid, cuando don Ramón del Valle, fanfarrón y bohemio, estaba recién ido de México.

Sería curioso y sugestivo un estudio sobre la influencia de las tertulias de café en la literatura de un pueblo. Porque, en esas reuniones amables, fraternales, nacen muchas cosas

buenas o malas. Allí se conversa un poco de letras, de artes, de ciencias, de mujeres, de libros; se habla bien de los enemigos presentes y mal de los amigos ausentes; surgen las bases para los editoriales de mañana, para los libros futuros; se afianzan las ideas; hay intercambio de conceptos.... ¡Tantas cosas!

Aquí, en Bogotá, las tertulias literarias tienen su historia definida e interesantísima, que Roberto Liévano esbozó magistralmente en una reciente conferencia. Hoy por hoy, nuestros literatos suelen congregarse en misteriosos sitios, escondidos y herméticos, que han escapado a mi perspicacia.

Además, con relativa frecuencia, acuden a un modesto café de la calle 13, si no recuerdo mal, y que ha comenzado a llamarse ya enfáticamente el café de los intelectuales. A la hora del atardecer asomaos por allí: hay humo espeso de cigarrillos y de cigarrillos; las mesas están llenas; los banqueros que hablan de la baja del cambio; comerciantes, abogados, médicos tomando té, café, bebiendo cerveza o saboreando pequeñas copas de brandy. En un rincón veremos uno, dos, tres, cuatro, hasta cinco literatos conocidos. Sin embargo, no beben el clásico ajeno de los soñadores; tampoco fuman en grandes pipas; no se distinguen en nada de los demás concurrentes. Hablan moderadamente, sin ofender al interlocutor. No se peroran a grandes gritos como en otros

tiempos de poetas locos; tampoco se encaraman sobre las mesas y las botellas aparecen incólumes y las frentes intactas. Cuando entra un burgués, asomando primero el abdomen que las narices, como dice un amigo mío, ninguno hace el más mínimo gesto de desagrado, como era uso bárbaro, antaño, entre literatos intransigentes. Hoy todos nos hemos democratizado. A las ocho o antes, nuestros intelectuales van saliendo en fila y emprenden el camino de sus casas. Porque, antes que todo, son ciudadanos correctos, esposos modelo, padres ejemplares... Y nada de escándalos.

LA GRAN VÍA, CENÁCULO DE UN GRUPO LITERARIO DESAPARECIDO

Arturo Manrique

EL HÁBITO DE CONCURRIR AL CAFÉ NO HA SIDO parte de nuestras costumbres. No sucede lo mismo en España, en donde todos los ciudadanos pasan gran parte del día en el café, centro de todas las actividades. Los emborrondadores de cuartillas, especialmente, son parroquianos obligados de tales sitios y por eso los entrevistadores profesionales, al relatarnos la vida y milagros del dramaturgo, el poeta o el novelista famoso, nos hablan de sus cafés favoritos. Las anécdotas de café son la salsa picante de esas entrevistas.

A pesar de no existir entre nosotros esa españolísima costumbre, los amigos de las bellas letras han acostumbrado en Bogotá reunirse en las cantinas, para cambiar ideas al calor de unas copas de “bon vino”, como diría un amigo de las frases añejas. La Botella de Oro y las cantinas de las Galerías fueron los centros en donde lucieran su ingenio Antonio José Restrepo, Candelario Obeso, César Conto, el

Indio Uribe, Julio Áñez y otros muchos varones de parecida envergadura. La modesta cantina de Agustín Nieto, situada frente a la puerta principal de Santo Domingo, era el altar en donde oficiaba Rojas Garrido cuando le rendía culto al dios Baco. Allí iban los admiradores del gran tribuno a escuchar sus grandilocuentes peroraciones.

En la época de la última guerra civil y en los años siguientes, La Gran Vía fue el cenáculo del grupo literario en que descollaron Julio Flórez, Soto Borda y Álvarez Henao. Queremos hacer hoy una breve reminiscencia sobre las noches de La Gran Vía, el rincón hospitalario de esos buenos peregrinos de la bohemia literaria, cuya vida íntima casi no se conoce. Para la ingénita malevolencia de los burgueses, la vida de Julio Flórez y las de sus compañeros tienen algo de satánico; se cree que sus reuniones eran semejantes a los aquelarres de las brujas. Para desbaratar esa absurda leyenda escribimos esta crónica. Treinta y cuatro años hace que Manuel Murillo fundó La Gran Vía. ¿Queréis conocer a este caballero? Ahí lo tenéis en la puerta de su establecimiento, tan fresco, tan jovial, tan satisfecho, como el día en que inició su negocio; el tiempo ha corrido sin causarle graves daños.

Don Manuelito, *El Apóstol*, como lo llamaban sus amigos en la época en que sombreaba su rostro una frondosa barba,

está todavía hecho un pimpollo. Desde el primer día fueron clientes asiduos de la nueva cantina muchos de los aficionados a las letras; se sentían allí en un ambiente propicio. Murillo, buen conocedor de la psicología de sus parroquianos y de sus aficiones artísticas, procuraba atraerlos. Ante todo llevó un piano de buena clase y en noches especiales contrataba un músico, generalmente el inolvidable ciego José María Gómez. Cuando no había ejecutante especial, El Apóstol, que tenía sus ribetes de pianista, ejecutaba el pasillo o el valse de moda. No era en verdad Paderewski, pero en todo caso resultaba muy superior a las pianolas, esos odiosos trapiches de moler música, inventados por los yanquis para tortura de la humanidad. A continuación de la cantina existían y aún existen tres salones reservados. En el último acostumbraba reunirse la banda de bohemios.

¿Quiere el amable lector asistir al aquelarre? Domine sus nervios, cierre por un momento los ojos y siga con nosotros. En una habitación de pequeñas dimensiones están reunidas en torno de una mesa media docena de personas. La mesa está cerca a un diván, en el cual se halla reclinado un joven de aspecto interesante: frente amplia, ojos negros vivaces, undosos cabellos peinados hacia atrás, nariz recta, labios finos, bigote y perilla a usanza de los cortesanos de Felipe III de España.

El joven habla y todos escuchan con interés. Su palabra es fácil, pintoresca, llena de matices. Con precisión, con absoluto conocimiento, hace un análisis de las últimas obras literarias; los nombres de Maupassant, Flaubert, Heredia, Remy de Gourmont, Bourget, Zola, se oyen a cada momento. De pronto lo interrumpe uno de los tertulios, hombre de escasa estatura, de rostro rubicundo, ojos pequeñines que entrecierra a cada momento. Al hablar acciona nerviosamente.

—¡No hablemos de Zola! ¡Abomino a ese impío! ¡Es un monstruo para el cual el espíritu nada vale, es todo materia, padre! Ovidio, Marcial, Horacio y el mismo Virgilio fueron libertinos, pero su libertinaje era artístico y explicable.

—¡Alma latina! ¡Vuelve en ti! No vayas a echarte por los campos de la polémica ni a citarnos a los Padres de la Iglesia a propósito de Zola. ¡Déjanos en el abismo del escepticismo!

—Basta, basta, ¡por Dios! ¡No desbarres! ¡Santo Tomás de Aquino dijo...!

—Eso mismo digo yo: ¿qué tomás! ¡Manuel! ¡Manuel! Traénos Falerno rancio para cortarle el chorro filosófico a Moratín.

Permite, discreto lector, que te presente a los tres personajes que intervinieron en la escena: Don Alfonso Caro, Don Luis María Mora y Don Clímaco Soto Borda. Alfonso, hijo de Don Miguel Antonio Caro, fue el tipo clásico del

hombre de letras. Su erudición literaria era pasmosa; siempre estaba al tanto de las últimas novedades artísticas; era el primero en hablar de ellas con el buen juicio y discreción de quien sabe leer. Voluntariamente vivió en la penumbra, fue un ignorado. El doctor Mora es una hermosa realidad de las letras colombianas. Justamente se le considera uno de nuestros más notables humanistas. Clímaco Soto Borda se llevó a la tumba el cetro de la gracia y del ingenio bogotanos. Los otros tertulios eran Josué Mora, entonces estudiante de medicina; Manuel Álvarez Jiménez, humorista admirable; Julio Flórez y Enrique Álvarez Henao.

Para huir de la vulgaridad ambiente, esos espíritus de selección se congregaban en La Gran Vía a pasar un rato de solaz. Sus entretenimientos eran inocentes, casi infantiles; no tenían nada de infernal. Hablaban seriamente de literatura, sin pretensiones ni intransigencias de magíster. Flórez, Álvarez Henao y Clímaco Soto Borda recitaban sus últimas poesías; Moratín discurría con lucidez sobre los más diversos temas y en ocasiones leía un soneto de corte clásico o la traducción de una égloga de Virgilio; Josué Mora iniciaba a sus amigos en los misterios de los centros nerviosos y Álvarez Jiménez narraba cuentos con una malicia y una ironía inimitables.

Noches había en que la fiesta era de gala. Cuando la charla estaba en su período más álgido resonaba en la

pieza contigua un acorde sonoro; una mano ágil recorría el teclado del piano; los arpeggios, las escalas cromáticas se desgranaban alegres en el espacio. Emilio Murillo o Eliseo Hernández acababan de llegar a traerles a los hermanos de bohemia la nota alegre de sus canciones.

Entonces Álvarez Henao sacaba su dulzaina, y a la sordina llevaba la voz cantante de un pasillo, en tanto que Flórez recitaba con voz aterciopelada unas cálidas estrofas de amor. En alguna ocasión los diabólicos —llamémosles así para no contrariar a las personas serias— inventaron algo terrible, detonante. Álvarez Henao y Clímaco Soto Borda, valiéndose de artes maléficas, entrenaron dos minúsculos cucarrones para entregarse al juego de suerte y azar. ¡Sí, señores! Esos perversos idearon el modo de convertir a los lentos animaluchos en caballos de carrera. Una mesa era la pista. Llegaron a cruzarse apuestas fabulosas, tales como ¡un soneto contra cincuenta chispazos! A la voz del juez de tiempo salían los cucarrones de su cuadra —una caja de fósforos de palo— y empezaba la dificultosa carrera.

—¡Voy a Soto! —gritaba uno.

—¡Pago a Álvarez! —contestaba otro.

Generalmente, los bucéfalos empleaban una hora en recorrer los dos metros de la pista. La temporada estaba al expirar, cuando cierta noche Josué Mora tuvo una ocurrencia

genial. Se presentó a la tertulia más temprano que de costumbre y les anunció a sus compañeros una sorpresa. Esta noche, les dijo, voy a derrotar los caballos de cartel. Estoy dispuesto a aceptar todas las apuestas, doy doble a sencillo.

Llegó la hora de las carreras.

Josué, impertérrito, hizo su propuesta, que fue aceptada por Soto y Álvarez Henao.

—¡Caballos a la pista! —gritó el juez—. ¡Una! ¡Dos! ¡Tres!

Cuando todos esperaban que Mora soltase un cucarrón gigantesco, vieron que se le escapaba por entre los dedos una ligerísima cucaracha, que en pocos segundos le dio varias vueltas a la pista.

El alboroto que se armó no es para relatarlo. ¡Tales eran los ritos pecaminosos a que se entregaban esos caballeros de la ilusión!

Atraídos por la fama de las tertulias de La Gran Vía llegaron otros camaradas: Esteban Rodríguez Triana, Benjamín Palacio Uribe, Tío Kiosko, Delio Seravile, José Vicente Castillo. Fueron aceptados en la tenebrosa secta; llevaban el único pasaporte que allí se aceptaba y exigía: el talento.

El bagaje de los nuevos tertulios no podía ser más efectivo. Rodríguez Triana, con la claridad y solidez de sus conocimientos, improvisaba jugosas conferencias sobre temas históricos y literarios; Tío Kiosko llevó el manantial

inagotable de su musa improvisadora; Palacio, su réplica acerada e incisiva; Seravile, sus laureles de poeta; Jotavé, sus epigramas ingeniosos.

En las postrimerías de esa época de agradable recordación llegaron a La Gran Vía nuevos peregrinos del arte. En la pieza contigua a la de los diabólicos establecieron su tertulia los miembros de la Sociedad Arboleda. Los Bayona Posada, los Gómez Corena, Joaquín Emilio Jaime y algunos otros más pasaban allí sus horas de descanso. Los muchachos no quisieron ser menos que los otros; como entretenimiento divertido y provechoso abrieron un concurso para premiar el mejor soneto que se hiciera a una hermosa mujer, dibujada por la mano experta de Astí, que adornaba el lugar de sus reuniones.

Un grueso volumen podríamos llenar si fuéramos a recoger las mil y una anécdotas de La Gran Vía. Son de todas las especies; van desde la tragedia hasta el sainete. Recordemos una al azar.

En cierta ocasión llegó a la cantina un paisa que no quería regresar a su tierruca sin conocer al famoso panfletista Rodríguez Triana. Quiso (*sic*) la fatalidad que esa noche Esteban no estuviese presentable. Había trasnochado y un sueño invencible lo dominaba. El paisa logró, después de largo rato de espera, que un conocido le presentara a su hombre.

Rodríguez Triana masculloó unas palabras ininteligibles y tornó a quedarse dormido.

—¿Este es Rodríguez Triana de verdá? —le preguntó el defraudado antioqueño a su compañero.

—¡Pues cómo no, es el mismo!

El paisa no se quería convencer. Permaneció un rato en muda contemplación, y luego resolvió intentar una última prueba. Con mucha delicadeza acercó su mano a la nariz de Esteban y trató de levantarle la cabeza; al ver lo inútil de sus esfuerzos exclamó con despecho:

—Hijue los diablos, ¡paisano! ¡Este gallo ya no pica!

Para cerrar esta crónica tenemos que recoger muchos haces de laurel y manojos de siemprevivas. ¡Son tantos los claros que la intrusa ha abierto en las filas de los hermanos bohemios! Algunas de esas tumbas están solitarias, sin mano amiga que coloque una flor en ellas.

¡Que este recuerdo cariñoso caiga sobre esas tumbas como una lluvia de perfumados pétalos!

MIS RECUERDOS DEL WINDSOR Y EL CAFÉ DE LA PAZ

Alberto Lleras Camargo

MIENTRAS YO ESTUDIABA EN EL COLEGIO DEL Rosario, externo e interno, Jorge Zalamea Borda había dejado la Escuela Ricaurte y se había matriculado en la Escuela de Agronomía, por entonces tan independiente de la Universidad como las demás facultades, dirigida por un agrónomo francés competente y brillante. Allí, al parecer, no se exigía bachillerato clásico, y tal vez por esa razón quien apuntaba desde la secundaria como uno de nuestros hombres de letras en agraz llegó a mezclarse con un grupo de presuntos campesinos afortunados, que comenzaban a oír las primeras lecciones de abonos, pastos, siembras, cosechas y procedimientos útiles para hacer avanzar la perezosa técnica española de los cultivos tradicionales.

No sé mucho de sus experiencias en esos cursos, que abrevió muy luego, y sin adquirir ni la afición ni grado alguno en esa especialidad, aceptó un empleo en *El Espectador*

alrededor de 1921, bajo la administración de don Alfredo Caballero, quien de seguro cultivaba amistad con Benito Zalamea, el padre de Jorge, un caballero de espléndida estampa y de hábitos bohemios, y uno de los últimos miembros de la familia Zalamea Hermanos, firma muy conocida y aun proverbial, por cuanto se había convertido en punto de referencia para indicar cuánto se hundían los machetes en las riñas, con la expresión de “hasta donde dice Zalamea Hermanos”. Lo cierto es que Jorge ahora, dos años mayor que yo, había entrado abiertamente en una de sus más brillantes etapas, porque tenía dinero suyo para pagar algunas de las fiestas más estruendosas de los cafetines y sitios de juerga; las mujeres del trato lo consentían y soportaban sus extravagancias y él mismo se creía el “rey de la vida”, como Wilde, en Londres, antes de sus infortunios.

Jorge había establecido relaciones cordiales —mezcladas con feroces disputas— con poetas y escritores y él fue quien me llevó por primera vez a la mesa que él mismo presidía con arrogancia apenas tolerable en el Café Windsor, en donde se discutían todos los valores estéticos que estaban a nuestro alcance. Allí abordaban, ocasionalmente, aparte de los habituales —León de Greiff, Rendón, Francisco Umaña Bernal, Tejada, Vidales—, otros personajes no tan bien recibidos, por su aspereza y su ingenuidad literaria,

como Rafael Vázquez, poeta semiparnasiano, que decía enormidades contra reputaciones tan bien establecidas como la de Shakespeare, con el ánimo de vincularse más a ese mundo nuevo y protestante, que, sin embargo, tal vez por la influencia de De Greiff, no permitía que se rompieran irrespetuosamente los vasos sagrados. A esa mesa había que ir con cierto bagaje que yo no poseía, desde luego, y bajo la dirección de Zalamea ocupaba mis horas no dedicadas al estudio en ponerme al día en todo lo que iba apareciendo en esas intensas, largas conversaciones sobre tantos temas abstractos. Allí oí por primera vez hablar de Freud, que era una de las pasiones recónditas y casi exclusivas de Vidales, el poeta más revolucionario del grupo, que después habría de ser marxista, como toda una generación de rebeldes que encontraban en los dos judíos, o en cada uno de ellos, explicaciones satisfactorias para la totalidad del universo, duras, esquemáticas y agudas, como piedras. Umaña Bernal, grande, fuerte, cuyos largos silencios se coronaban y se ocultaban detrás de una sonrisa llena de humanísima tolerancia por las debilidades ajenas, que por entonces solo eran para nosotros no haber leído algo nuevo y último, tenía que asumir más de una vez la ofensiva a nombre del pequeño grupo acosado por ebrios y empleados melancólicos, que se indignaban con nuestra petulancia y la emprendían con ofensas

verbales, chistes y amenazas en que estallaba su amargura. Cuando la cosa pasaba a mayores, Umaña Bernal se levantaba, ya pesado por el consumo de bebidas alcohólicas, y disparaba un cañonazo de su potente derecha contra los agresores. Aparte de los nombrados concurría al Windsor, y a nuestra mesa, Rafael Maya, que ya comenzaba a cojear y quien era, tal vez, el más versado en los clásicos, aunque había una sabiduría monstruosa e insondable, por sobre todas las demás, la de León de Greiff, que parecía saberlo todo sobre lo que se había escrito, pero que jamás entraba en nuestras pequeñas discusiones, en que de pronto alguien descubriría las lacras de su propia ignorancia. La mía era muy grande, y la iba combatiendo en esos días con intensas y desordenadas lecturas, que se orientaban por algo que había oído, por un libro prestado, por una coincidencia, y se prolongaban en todas direcciones, aumentando mi confusión y desconcierto.

De tiempo en tiempo, coincidiendo con los días de pagos, Zalamea organizaba unos festines, en uno de los reservados interiores del Windsor, y hacía servir platos extraños, aperitivos, vinos, licores con sorprendente profusión. Todo esto puede haber ocurrido mucho tiempo después, pero la exactitud de la cronología no cambia mucho el aspecto general de la época. Lo cierto es que alrededor principalmente

de Zalamea, con su espíritu de jefe de grupo, que imponía discriminación contra todos los que no recibían su aprobación, siempre concedida por motivos estéticos, se iba conformando el que después se llamó el grupo de Los Nuevos.

* * *

Las personas de quienes estoy hablando, y que conocí en la calle en la mayor parte de los casos, habrían de serme familiares y figuras constantes de mi dintorno vital. Me refiero a esa entidad casi desaparecida —la calle—, que era en la pequeña ciudad de mi adolescencia y mi juventud, como hubiera dicho Carlos Lozano, “el foro romano”, el mercado abierto donde los bogotanos nos reuníamos, conversábamos, vivíamos la mayor parte del tiempo, y de la cual apenas nos alejábamos para entrar a los puertos de cabotaje más cercanos, los pequeños cafés donde recalábamos por horas enteras, pero que no dejaban de ser parte integrante de esa corriente de la cual nos separábamos por sus puertecillas movedizas, con persianas de madera, que dejaban ver las piernas y los pies de los transeúntes, y, cuando eran muy altos, sus sombreros. En esos cafés, recintos casi sagrados de mi juventud en donde consumí muchas más horas que productos de los humildes negocios, se freían salchichas y

empanadas, cuya grasa extendía un olor, en el recinto y en las afueras inmediatas, como el que recuerda Homero que salía de las hecatombes rituales ante los muros de Troya. Se tomaba café, mucho café negro y amargo, y nunca extemporáneamente, algún licor fuerte, whisky, brandy, ron o aguardiente, o grandes jarros de cerveza negra o rubia que, a tiempo que nos enajenaban, nos hartaban con su espumosa corriente, penetrada de lúpulo. Todo aquello era barato, al alcance de nuestra pobreza, y aun así se firmaban vales sin mucha cautela, que el dueño del establecimiento extendía a sus amigos por razones diferentes del crédito personal bien confirmado. Estaba entre esos cafés El Windsor, en la calle 13 cerca de la esquina de *Arrancaplumas*, una especie de sociedad filial de la casa de ultramarinos de Agustín Nieto y Compañía: una extensión cuadrangular sombría, poblada de gentes, de gritos, de humo. A veces en un escritorio montado sobre una tarima veíamos a Luis Eduardo Nieto Caballero, uno de los dueños, en las horas menos frecuentadas. Ya era entonces un hombre célebre, vinculado por lazos de familia a *El Espectador*, puesto que su hermana era la esposa de Luis Cano, y no había día en que no apareciera en la prensa algún artículo suyo, con toda su larga firma, o con seudónimo, al pie de algunas de las constantes polémicas de su pluma y su tinta inagotables. Pero en aquel sitio, escarbando entre

los vales de la muchedumbre bohemia que bebía su sifón —así llamábamos a los *bocks* de cerveza de tonel, que venían servidos y espumosos—, era además el símbolo del escritor centenarista, el guardián de la vasta caverna y su cancerbero. Creo que de tiempo en tiempo hacía incineraciones de vales, escogidos por sus firmas, algunas de ellas ya ilustres, de jóvenes poetas y escritores noveles, que quería proteger, sin hacerlo notar, como inocentes errores de la máquina registradora. Desde luego, con alguna frecuencia, en una de esas típicas distracciones suyas, de repente comenzaba a escribir páginas y páginas en unas libretas pequeñas, cuyas hojillas esa misma noche entregaría a la prensa. Sobre todo si se trataba de algún obituario que no daba jamás espera, pues era cuestión de honra para Luis Eduardo, y además parte de los ritos fúnebres de la ciudad, que antes de veinticuatro horas, y aun previa a la primera paletada de arena y cemento en las tumbas curiosamente alineadas en el cementerio como libros en un estante, apareciera en la prensa la sumaria descripción de la vida y milagros del epónimo difunto, ornada por la infinita buena voluntad del necrólogo.

Y estaba el Café de La Paz, en la calle 12, en el cual la principal atracción era Barajas, el mozo, realmente de tal nombre, que zigzagueaba por entre las mesas con su bandeja de vasos y platos en lo alto del brazo izquierdo, mientras

con la mano derecha repetía saludos que acompañaba de picarescas expresiones para la clientela reducida del cafetín. Reducida, pero muy selecta, como la veía Barajas, porque para él los cincuenta personajes habituales de su establecimiento eran la gente más importante, y así se lo hacía creer a cada uno. No era una plazuela oscura y cerrada, como El Windsor, sino una habitación sobre la calle 12, cinco por seis o siete metros, descontando el campo de servicio y el bar. Los clientes de la peluquería de Víctor Huard, un francés pegajoso que vendía perfumes en la esquina, inmediatamente de bajar de la silla giratoria, se deslizaban, hambrientos, hacia La Paz, y comían salchichas y empanadas de inextinguible memoria. Todavía hoy las siento en la lengua, ligeramente picantes, bien amasadas, a las cuales se les quebraba, con los dientes, la punta, y por allí se remojaban exprimiendo limones pequeñitos, ácidos y astringentes, que hacían más digerible la grasa, por aquella época no de aceites vegetales, sino de untuosa manteca de cerdo, que solía llegar empacada en las mismas tripas del porcino, en grandes mangueras blancas, suaves y olorosas desde antes de freír con gratísimos aromas de cocina criolla.

* * *

El *team*, como se suele llamar a sí mismo ese grupo de muchachos, toma asiento en una mesa del Café de Barajas. Barajas es un mozo de café que estaría demasiado indiscreto en una comedia inglesa como mozo de café, y demasiado discreto en una comedia española como mozo de café. El Café de Barajas tiene clientes notables como el ministro de Brasil, que espía cotidianamente en su mesita la calidad del café suave de Colombia. Además, van toreros, escritores y gritadores. El *team* sesionaba de 2 y 35 a 4 y 45 en una de las mesas. Además del *team* propiamente dicho, se sientan también los cuatro o cinco caballeros que no son del *team* pero que gozan del privilegio. Los cuatro del *team* son: José Camacho Lorenzana, Jorge Cárdenas, Ernesto Caro, Jaime Carrizosa. Son cuatro jóvenes jugadores de *bridge*, el antiguo *whist* británico. Quien juega *bridge* en Bogotá no ignora que el equipo mencionado sabe todos los secretos del *bridge* que no se necesitan saber en Colombia, e ignora todos los que se requieren para jugar *bridge* en un trasatlántico.

Hace unos años aparecieron en los salones haciendo gala de impertinencia. Pero nadie logró hacerles perder el humor. Alguno de ellos, Cárdenas, lució monóculo. Todo mundo se fastidiaba y solo había alguien que se fastidiara más que

todo el mundo: él, que veía con dificultad por un solo ojo. Cuando hizo conocer su decálogo del perfecto caballero, se hizo antipático para los caballeros, pero ganó el aprecio de las gentes de letras. Desde entonces alterna su partida diaria de *bridge* con epigramas, que lo han hecho sospechoso de tener demasiado talento, aun para jugar *bridge*.

Camacho Lorenzana fue hasta ayer el *recordman* de los bogotanos. Vivió en las redacciones de los periódicos su primera niñez, y la segunda, la ha pasado estableciéndose por su cuenta. No hay nadie más deportivo en el Café de Barajas. Tiene tres idiomas y no abusa de ellos. Los utiliza, de preferencia, para un uso modesto: leer apasionadamente en tres idiomas lo que está ocurriendo en el mundo. Juega golf, y hoy hay más de uno en el Country que sentirá positivamente que se escape un ganador sistemático. Es semifinalista de todo campeonato de billar, pero no sería capaz de tener que abandonar el billar por haber progresado demasiado. Universalmente se le considera el hombre más simpático y no se preocupa por sostener ese campeonato, con el cual conserva sus amistades intactas. Hubo una época en que no podía tener amigos, sino asociaciones de amigos. Se vinculaba al mundo por clubs, cofradías, por sociedades secretas, por gremios. Ahora se ha tenido que resignar a distribuir 198 sonrisas para hombres y 234

para mujeres en el curso del día. En los intervalos de esa labor prodigiosa, logra hacer reír a sus amigos personales, con observaciones ejemplares.

Carrizosa es el técnico. Conoce la ciencia de todos los oficios y profesiones, la teoría de todas las ciencias, y encuentra mal la práctica de cualesquiera de ellas. Tiene el secreto para desbaratar las ilusiones demasiado románticas de sus amigos, y desconoce la manera de acabar con las suyas. Caro es un hombre que, sin estar obligado a llevar el título de escéptico, no cree en nada. Mejor, desconfía. Es el mejor jugador de *bridge*. Cuando se sienta a una mesa con cartas, Caro no tiene de sí personas, sino gente que se equivoca y cuyas equivocaciones no se corrigen, sino que se aceptan y se aprovechan. Fuera de la mesa, en el mundo, le importa una higa que las gentes se equivoquen. Y sería capaz hasta de advertírselo.

En esos cuatro personajes se refugia el resto del humor de una ciudad que, como en la novela, se divierte “porque se aburría demasiado”. Naturalmente, no hacen “cuentos” ni “cachos”, ni permiten que se les acumule ninguna broma de Soto Borda. Tienen otra manera de hacer agradable la vida, y no esperan que sus frases les sean atribuidas siempre.

Ese es el *team* que hoy se disgrega por la marcha de José Camacho Lorenzana. Se reunía en el Café de Barajas. Era

una mesa que no tenía nada de particular, y a la cual no le estaba vedada la entrada a los particulares. En el Café de Barajas, en el club, en los concurrentes a la mesa del *team*, no ha sucedido nunca nada extraordinario.

El lector dirá que yo estoy escribiendo sobre caballeros que no tienen una carrera, y que no han tenido ningún acto público. Pues bien: esos caballeros son, para este señor que escribe, el más interesante aspecto de una ciudad que no tiene sino hombres públicos y mujeres privadas.

CÓMO NOS HICIMOS COMUNISTAS

Luis Vidales

POR EL AÑO VEINTE EL ÚNICO CAFÉ QUE EXISTÍA en Bogotá era El Windsor. Era aquel un típico café de una ciudad feudal. Así como no existía sino un café, solo había tres bancos, el Colombia, el Central y el Bogotá. La capital era una aldea. La chistera y el levitón no habían aún desaparecido. Las mujeres usaban la mantilla y no había para qué pensar en que alguna, así fuese la más innovadora, tocase su cabeza con la pastora que vino después a complementar la nueva silueta femenina. Vestir de color hubiese sido un signo de rastacuerismo; todo el mundo se ataviaba de negro. El tranvía de mulas, con su tintineo, su tropel de cascos y los silbidos característicos del postillón, pasaba por la Calle Real como una verdadera arriería metida entre rieles. La plaza de Bolívar, todavía empedrada, era la estación principal de los coches de punto. Allí, sobre el pescante de las victorias y las berlinas, los cocheros, de chistera y casaca, cabeceaban

con sus largos látigos en la mano, como practicando el rito de una pesca imposible, según decía Tejada. No había entonces un solo automóvil de servicio público. En la calle 13, entre carreras Séptima y Tercera, entre El Windsor y el caserón colonial de los correos, los chalanos hacían caracolear los magníficos caballos traídos de las haciendas de la sabana. Aquel trayecto de ochenta metros escasos era lo que hoy es la esquina de la carrera Octava con la calle 14. El vértice de la vida bursátil. Solo que entonces no había bolsa negra. Todos los negocios de la economía de aquel tiempo (venta de bestias, de cosechas, transacciones de índole campestre) tenían su mercado libre en este sector. Y en El Windsor, naturalmente, se festejaba el cierre de los negocios. Generalmente, en torno al café tinto, al que tanto le debe la economía nacional, se verificaban estos lazos de unión que luego se sellaban con el famoso brandy Hennessy tres estrellas, compañero de los triunfos durante las guerras civiles en Colombia. Era el licor chic, en todas nuestras aldeas. El whisky no había aparecido todavía.

En aquel ambiente del Windsor, al lado de los hacendados y los negociantes comenzó a aparecer un nuevo tipo de hombres. Empezaron a ocupar diariamente las mesitas, sin acuerdo previo, sin una reunión anterior por medio de la cual se declarara fundada, con estatutos y reglamento, la

nueva generación colombiana. Iban apareciendo allí nuevas caras, trayendo el aporte de su propio mensaje, y sin saberse cómo ni cuándo quedó establecida una nueva generación colombiana, sin mensajes ni manifiesto al país, movida indudablemente por la misma fuerza espontánea que le quitaba al país su cáscara del siglo xix y lo incorporaba, al transformarlo en el xx, que llegaba retrasado a Colombia, en todos los órdenes.

Indudablemente, algunos factores —que nada tenían que ver con la transformación que se operaba en Colombia— contribuyeron a aproximarnos unos a otros. Carlos Pellicer, el poeta mexicano, había sido enviado a estudiar en Colombia por la Federación de Estudiantes de México, en un rasgo de aproximación americanista, que por supuesto a nosotros se nos hacía insólito y que quedó sin reciprocidad como era lógico que ocurriera en el ambiente de un gobierno conservador que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Pellicer. Entre los estudiantes desorganizados y sin aspiraciones, el significado de la presencia de Pellicer entre nosotros pasó igualmente inadvertido, de modo que su misión tuvo su cabal cumplimiento entre los grupos de intelectuales que por entonces comenzaban a aparecer en Colombia. Pellicer, naturalmente, no nos influenciaba con su poesía porque él se hallaba en el mismo período de iniciación que nosotros.

Pero sus habitaciones, en el tercer piso del edificio Liévano, fueron, antes que El Windsor, nuestro lugar de reunión habitual, cuando Tejada aún no había llegado a la capital. Allí sellamos amistad con León de Greiff, Rafael Maya y Rafael Jaramillo Arango, que ya tenían obra y habían publicado versos. Con Germán Pardo García, Pérez Amaya y Octavio Amórtegui. Con José Enrique Gaviria y Alejandro Navas, Rafael Vásquez, José Silva y yo íbamos ligados por una indisoluble amistad. De esa misma época data la amistad de algunos de nosotros con el poeta Eduardo López, que ya por entonces había escrito unos de sus más populares versos. Eduardo López editaba por esa época su famosa e insuperable obra *Almanaque de los hechos colombianos*, que recogía en no menos de dos mil páginas un verdadero compendio de la república en todas sus actividades. Y allí nos publicó Eduardo López a Rafael Vásquez y a mí nuestras primeras producciones poéticas. Era aquel para mí un período primerizo en que difícilmente me debatía con la influencia parnasiana. Recuerdo que mi publicación en el *Almanaque* era un soneto alejandrino intitulado “Cleopatra”, en el cual, como es lógico, figuraban la trirreme y Marco Antonio, y en el que sostenía muy heredariamente que las palmas de la mano de la egipcia llevaban en la M la inicial del amante latino.

Tejada llegó a Bogotá ya bien avanzados los fenómenos que nos arrojaban por los caminos de una nueva promoción de literatos y artistas, aunque es bueno advertir que de esos profundos hechos no nos dábamos cuenta, y solo ahora se nos presentan con la claridad que jamás tuvieron para nosotros. Nada sabíamos de la conexión existente entre el palpar angustioso del mundo de la postguerra y nuestra aparición en la escena colombiana. Aún hoy mismo no ha sido estudiado en qué forma aquel período de ansiedad universal vino a perturbar la tranquilidad de muerte de la vida nacional, arremansada en siglos pretéritos. Aún hoy mismo no se han analizado esos resortes ocultos que sacaron al país de su marasmo y lo colocaron desde entonces en la línea de progreso que lo llevó a la transformación política del año treinta. Pero nosotros (hoy lo comprendemos) veníamos como nuncios de esos hechos. Fuimos la generación que, a pesar de carecer del idioma político apropiado, vaticinamos con nuestra sola actitud de iconoclasticismo literario la ruina de la Hegemonía. Quizá ninguno de nosotros hubiera podido explicar en qué momento los fenómenos de la postguerra nos colocaban ante una tarea que solamente podíamos resolver en el campo estrictamente literario.

A raíz de la clausura de la guerra, el país adquirió, como otros, una importancia de mercado para el reinicio de la

producción industrial de los pueblos avanzados que necesitaban expandir su radio de acción económica, en previsión de la crisis, que al fin llegó, señalada por vastos sobrantes de mercancías. Fue entonces cuando llegaron, en equipos de ferrocarriles y en instrumental para carreteras, no menos que en pianolas, en ortofónicas y en toda clase de chucherías, los veinticinco millones de indemnización por Panamá. Fue entonces cuando se abrieron infinidad de bancos y algunas de las principales industrias, especialmente las textiles. El país se puso en marcha. La actividad nacional se multiplicó y se diversificó. El trabajo tomó nuevos cauces; infinidad de labriegos convertidos en peones de carretera y de ferrocarril comenzaron a buscar en las ciudades las oportunidades de absorción de su trabajo atraídos por los salarios urbanos y ya para siempre zafados de la órbita del campo que eternamente los había constreñido a salarios de hambre. Los problemas sociales comenzaron a cobrar volumen en el país. La intranquilidad social, las huelgas, iniciaron su labor invisible de socavamiento del viejo angarillaje feudal de la Hegemonía. Con todas las dificultades presentadas por las circunstancias; con la inmadurez de nuestros procesos acumulativos; con las limitaciones e interferencias que se quiera, pero allí había ya dos economías en pugna, la una gastada e incapaz de la campiña, y

la otra más avanzada, más liberal, en las ciudades y en las obras públicas. Y ese fue, indudablemente, el telón de fondo sobre el cual se proyectó la actividad de nuestra generación, la misma que ahora está llegando al poder.

Cuando Tejada vino a Bogotá, ya traía ese característico sello de vagabundaje que lo hacía pasar absorto por la Calle Real, como si en vez de casas y gente hubiera allí palmeras, y en vez de Calle Real hubiese allí un camino real. Era un hombre rodeado de paisaje por todos los lados, y en sus ademanes y en su andar se sentía la presencia de parajes arbolados y rumorantes ríos. Ya por entonces Tejada tenía ese chaplinismo inconfundible de hombre que había pasado por muchos apuros y por muchos horizontes. Iba siempre con los pantalones de pasar el río. Cuando yo le conocí, ya era el expulsado de la Normal de Medellín, ya había sido polizón en los barcos del río Magdalena, ya había escrito sus “Gotas de tinta” en algún periódico de la capital antioqueña, ya había estado de aventura y bronca por la costa Atlántica y ya había visto la llamita fulgurante de los revólveres rastrillados en la oscuridad de la noche, de que habló después en una de sus crónicas.

Ya estaba instalado en *El Espectador* de Bogotá, ya había descubierto el calor de los periódicos, que recomendó siempre como lecho insustituible para el abrigo nocturno, y ya

había hecho el invento de los cigarros de hojas de eucaliptus, que elaboraba bajo los árboles del parque del Centenario, y que fumaba con delectante y ensoñadora actitud, sosteniendo que todo estaba en la naturaleza al alcance de la mano y que era absurdo creer que se necesitaba dinero para vivir. Ya era el filósofo y el teórico de todas las cosas habidas y por haber que fue la característica central de Tejada.

Confieso que cuando le vi la primera vez sentí cierta repulsión hacia su facha estrambótica. Iba arrebujado en un abrigo negro, con el brazo izquierdo colgado de un pañuelo, también negro, de cuyo trapecio salía, no una mano, sino un atado de trapos. El gran tirolés negro, tragado hasta los ojos, no conseguía cubrir del todo los vendajes que le ceñían la frente y le cruzaban el ojo izquierdo. Acababa de salir de la clínica. Unos carniceros lo habían atacado una noche de juerga, por haberse interpuesto para defender a un amigo, y lo habían dejado tendido en el suelo, completamente tasjeado a cuchillo. Jamás se le oyó la menor recriminación contra sus amigos ni contra sus atacantes.

Al día siguiente de mi primer encuentro con él, estaba yo sentado a mi mesa en El Windsor, cuando vi entrar a Tejada. Pensé que la presentación fugacísima del día anterior y mi ninguna prestancia intelectual, pues yo estaba inédito y él no conocía mis versos, no le permitirían saludarme

con deferencia, y fingí no verlo. Pero Tejada se llegó hasta mi mesa y me saludó con el cariño y la familiaridad más asombrosos, como si hiciera años que alimentáramos la más perfecta amistad. Su naturalidad desarmó mi aprensión. Esa fue la primera admiración que me causó este hombre, y desde entonces la más profunda y noble amistad nos envolvió hasta su muerte.

Tejada tenía un poder magnético enorme. De su ser emanaba un fluido atrayente, verdaderamente maravilloso. Una atmósfera casi tangible lo circundaba y dentro de ella quedaban como alelados los que se hallaban en torno. Hacia él refluían, completamente absortas y como desarmadas, las personalidades de todos, sin esfuerzo ninguno, como un placer que se reflejaba en los rostros. No era una tiranía lo que ejercía. No era la fuerza, casi siempre tirante, del líder; el dominio violento del jefe. Era una suave onda, una luz amable, brillante y cálida, que lo conducía a uno a estar pendiente de él, de su extraordinaria palabra, de su discurrir por un mundo de esféricas formas, de amor, entre todas las cosas, de exactitud, de misterio, de humor y de inmemorial sencillez a un mismo tiempo, que él iba pintando como si se tratara de un sueño con los ojos abiertos. Él era el centro de nuestra generación, el jefe nato, nuestro núcleo rumorante e inquieto.

Pocos días después de haberse iniciado nuestra amistad, Tejada desapareció de Bogotá. Había ido a casarse. Me dijeron que con una muchacha Gaviria Jaramillo, de Pereira, hija de don Juan y de doña Dolores. Para mí, aquello era una coincidencia, entre extraña y curiosa. Cuando, ya de regreso, me lo encontré en el café, le ofrecí visita y le envié saludos a su esposa. Tejada me miró con cierta sorpresa, como quien no veía bases en mi modo de ser para esta clase de cumplidos sociales. Se habían hospedado en un hotel de la calle 12, arriba de la Séptima. Cuando me oyó tutear y estrechar efusivamente a Julieta, su asombro fue aún mayor. Los dos le explicamos los vínculos de familia que nos unían. Y esto contribuyó a hacer más fuerte mi unión con Tejada. Tejada era mi pariente lejano por lo Córdoba y Julieta lo era más próxima por la rama de los Jaramillos; de modo que el traslado a mi casa paterna, que yo les propuse, era una cosa lógica. Allí vivieron dos años.

Fue esta la época de *El Sol*, periódico que tenía por directores a Luis Tejada y José Mar, y que se editaba en una imprenta situada en la planta baja del edificio Montaña, frente a la plaza de mercado de Las Nieves. Este periódico, cuatro años anterior a la revista de Los Nuevos, fue el primer órgano de la nueva generación colombiana. Allí aparecimos algunos de los poetas y escritores que después, ya muerto

Tejada, hicimos parte de la agrupación de Los Nuevos. El periódico de *El Sol*, que no tuvo una vida larga, fue también el período socialista de Luis Tejada. Era un socialismo que no se atrevía a separarse del Partido Liberal y que encontraba asidero para esta actitud en el propio pensamiento de Benjamín Herrera, para quien el socialismo, como lo dijo públicamente en varias ocasiones, era algo consubstancial con la entraña misma del liberalismo colombiano. Tejada no estaba muy convencido de ello; él creía que era necesaria la aparición de un partido independiente, pero aceptaba de buen grado la simpatía que Herrera mostraba por el periódico, y la deferente atención que el gran caudillo ofrecía al movimiento juvenil que pugnaba por cristalizar en *El Sol*. No fueron pocas las veces que vimos al general Herrera preferirnos en el trato frente a líderes connotados del liberalismo, y en una o dos ocasiones su interés por nosotros se mostró en ayuda monetaria para el periódico. De aquella época, guardo todavía como recuerdo imborrable la figura magnífica de este extraordinario ejemplar humano, poderoso y terrible, incommovible y como tallado en piedra berroqueña, ante el cual los grandes se veían pequeños. Herrera era un hombre de tan acendrado dominio, de una tan increíble concreción de personalidad, que más que un hombre parecía un mito. Lo primero que se sentía ante

Herrera, por reflejo, era el orgullo de ser colombiano, porque en él se hacía tangible la comprensión de un pueblo grande hoy y mañana y siempre. Pueblo que produce esta clase de hombres es un gran pueblo. Tejada y yo siempre andábamos juntos, lo que hacía que nuestros amigos me llamaran “*l'enfant gâté*” de Tejada. Por las tardes siempre nos citábamos para irnos a casa. Él trabajaba en *El Espectador* y yo en el Banco de Londres. Una tarde, mientras yo lo esperaba en la esquina de la 14 con la Séptima, salió del periódico y se vino precipitadamente a mi encuentro, diciéndome sin saludarme: “Aquí en esta casa está en este momento un ruso que quiere hablar con nosotros. Ahí hay una reunión de obreros liberales, que lo han citado para que los oriente sobre la posición de los trabajadores en las próximas elecciones. Subamos. Cuando termine nos vamos con él y charlamos. Esto puede ser muy interesante”. La casa de que hablaba Tejada era la misma en que hoy está La Cigarra. El ruso no era otro que Silvestre Sawinsky.

Sawinsky vivía en la vieja y amplia casa que queda inmediatamente después de lo que hoy es la plaza de San Martín hacia el norte. Allí entramos. Recuerdo que en el vasto corredor nos llamó la atención ver numerosos cueros colgados, y Sawinsky nos dijo que se había dedicado a la curtiembre, para ganarse la vida. Nos presentó a su

esposa y nos instalamos en la amplia sala ante una gran mesa, cubierta con una gruesa tela de terciopelo verde, y sobre la cual una caparazón de tortuga con una caja de metal incrustada servía de cenicero de agua. Pronto comenzamos a menudear las tazas de té, de las cuales tomamos como diez, a la manera rusa, mientras planeábamos el nuevo partido. Como a las nueve de la noche salimos de allí, después de haber dejado un cerro de colillas dentro del recipiente de la tortuga. Habíamos trazado el esquema para la formación del Partido Comunista en Colombia. Llevábamos la lista de los nuestros, que se redactó de mi puño y letra, y a la cual habíamos agregado algunos nombres que juzgábamos adictos a nuestra causa, entre otros, Luis Cano, Armando Solano y Alfonso Villegas Restrepo. Digo esto, porque nadie sabía cómo se fundó el Partido Comunista de entonces, es decir, de dónde partió la idea, y he oído muchas versiones contrarias a la realidad, de gentes que desean hacerse pasar por personas actantes. No. Aquella noche no estábamos presentes sino Sawinsky, Tejada y yo. De allí convocamos a una reunión, en la cual quedó constituido el nuevo partido. No está por demás decir que ni Luis Cano, ni Armando Solano, ni Alfonso Villegas Restrepo concurrieron nunca a ninguna de nuestras reuniones.

Pronto nuestro partido se encontró con muy serios problemas que nosotros no sabíamos cómo resolver. La cuestión orgánica y nuestra conexión con las masas eran cosas al rojo blanco sin la solución de las cuales podríamos subsistir. Ni Sawinsky ni nosotros sabíamos nada en cuanto a los procedimientos. Ignorábamos por completo cómo se hacía un partido comunista. Era aquella una época en que el resplandor de la revolución rusa iluminaba el universo, y todos los hombres libres del mundo querían ir por esa senda, lo que no significaba necesariamente que quienes así pensaran fuesen teóricos consumados. El conocimiento de Marx y de los métodos revolucionarios de los rusos no se habían generalizado. En la prensa todavía se leía que el general Soviet se había tomado al sur de Rusia una importante ciudad llamada Lenin. En estas circunstancias, nosotros resolvimos como mejor pudimos nuestros embarazantes problemas. Le dimos al Partido, por proposición de Moisés Prieto, una secreta organización tipo masónico, por grados, con sus signos, sus convenciones, sus palabras claves para los momentos de peligro. Y en cuanto a programa, yo traduje con Sawinsky el programa del PC ruso y echamos diez mil copias en mimeógrafo, que fueron a parar al río Magdalena, a los cuarteles, a las organizaciones obreras, etc. Su distribución fue tan completa, que todavía

se acuerdan de haberlo recibido los obreros de muchos lugares del país. No abandonamos tampoco el trabajo en el Ejército, y fue por nuestra labor de hojas sueltas, al frente de la cual estaba Sawinsky, que el buen ruso, más terrorista que bolchevique y más niño que hombre terrible, fue expulsado del país.

Un día me llamó Tejada con mucho sigilo para decirme que habían inventado un grado superior, el último, al que solo tenían acceso los elegidos, pues había ciertas cosas que no se podían tratar delante de algunos camaradas, en los cuales no se tenía la suficiente confianza. Me advirtió que mi iniciación allí se había fijado para una sesión especial, como en efecto ocurrió. Por entonces Tejada ya vivía en una casa de la calle 12, casi contra el paseo Bolívar. En un cuarto oscuro, iluminado apenas por una vela de sebo, se efectuó la ceremonia de mi ingreso al más alto grado. De pie, en torno de una mesa, se hallaban Tejada, Sawinsky, José Mar, Moisés Prieto y Diego Mejía. Sobre la mesa reposaban los símbolos de la purificación y la fe del comunista, consistentes en la Constitución rusa, el programa del Partido y, encima, una pistola, alegoría de la violencia revolucionaria y a la vez del castigo que esperaba al traidor. El juramento consistía en un largo interrogatorio escrito, que Sawinsky leyó aquella noche, con su particular acento ruso. Se hablaba en voz

baja. Tejada se transfiguraba por completo, y a la escasa luz de la vela se le veía poseído de la más intensa emoción. A Sawinsky le temblaba levemente el labio inferior. La respiración de todos parecía contenida. El interrogatorio llegó a aquello de: “¿Jura usted no hacer diferencia de razas?”, y yo respondí: “Lo juro”; “¿Jura usted no hacer diferencia de nacionalidades?”, y yo respondí: “Lo juro”. Pero cuando se me dijo: “¿Jura usted no hacer diferencia de sexos?”, di inmediatamente el grito, separándome del grupo. “No, me es imposible jurar eso”, exclamé. La estupefacción se apoderó de todos. Tejada me miraba con angustia escrutadoramente. “¿Por qué no juras?”, me dijo con un tono de ruego. Yo les dije: “Lo de la supresión de la diferencia de sexos no lo juro, porque por pipiciego que uno esté siempre sabe quién es hombre y quién es mujer”. Todavía oigo las carcajadas de José Mar y las recriminaciones de Tejada, que no concebía que se llevara ningún espíritu ligero a semejante ambiente de solemnidad y de misterio.

La conexión con los obreros es capítulo aparte. Este se tornó muy pronto en nuestro insoluble problema central. Habíamos conseguido a un obrero de la construcción, Manuel Avella, y a Lozada, un maquinista del ferrocarril. Pero necesitábamos las grandes masas. Una comisión compuesta por José Mar y Prieto, que enviamos a Girardot, meca entonces

del socialismo, había fracasado. Entonces resolvimos todos salir a la conquista de las masas. Se nos había dicho que en el paseo Bolívar por las tardes se reunían muchos obreros, pues allí se hacía una venta de comestibles calientes y era el mejor sitio para encontrarlos en conjunto. Hacia allá nos dirigimos, pasando por el barrio de Las Aguas siempre en busca de obreros, que no hallamos por el camino. Arriba, evidentemente, se agitaba una muchedumbre desharrapada, en una especie de feria o de fiesta, en torno a las ollas humeantes. Al frente teníamos el espectáculo de la ciudad, con su rumor de órgano, y más allá, hasta el confín, el verde de la sabana. Nos acercamos a los trabajadores, pero no sabíamos cómo abordarlos, qué decirles, cómo entrar en conversación con ellos. Casi ni nos miraban. Estaban muy atareados en su comida, comprando aquí y allá centavos de cosas. Entonces, cuando ya íbamos a fracasar del todo, Tejada se acercó a nosotros diciéndonos: “Bueno, bueno, hagamos una colecta para esta gente”. Y vaciamos nuestros bolsillos, para que los obreros pudieran comer un poco mejor aquella tarde. Después, descendimos del paseo Bolívar, sin haber podido hablar ni una sola palabra con aquellos obreros sobre nuestros propósitos, pero felices de haberlos ayudado en algo. Solo oímos que uno de ellos rezongó algo sobre los electoreros que van a buscarlos con obsequios

cuando quieren sus votos. Juro que esta escena me ha ayudado extraordinariamente a comprender a Charlot.

Pacho de Heredia, el famoso líder socialista que murió quemado en el incendio de un hotel de Costa Rica, había convocado al Tercer Congreso Socialista de Colombia, que se reunió en un largo salón del tercer piso del edificio Liévano, en la plaza de Bolívar. De Heredia se peleaba con nosotros, pero eso no fue óbice para que nos enviara a todos credenciales de organizaciones obreras que ni siquiera conocíamos, para que asistiéramos como delegados al Congreso. Recuerdo que a mí me correspondió representar a los obreros de la Zona Bananera. Allí, en aquel congreso, nuestra actividad fue feroz contra el socialismo. Y, como era natural, nuestras baterías iban dirigidas contra el socialismo de Girardot, que gobernaba la ciudad desde el concejo y que, según nosotros, se había pervertido en el reparto de las preeminencias y del presupuesto. Nosotros hicimos declarar aquel congreso: Primer Congreso Comunista de Colombia. El Mono Dávila, que representaba al socialismo, fue nuestra víctima propiciatoria, y se defendía de todos muy airoosamente. Solo una vez que el Loco Zambrano (un muchacho enviado por los obreros de Boyacá, que en el congreso se declaró comunista y marchó con nuestras tesis) le acusó de prestar plata al diez por ciento, el Mono

perdió los estribos, y exclamó: “A quien me vuelva a decir esa impostura, o lo desafío, o lo condeno al desprecio de mis conciudadanos”. Y el Loco le replicó con toda calma: “Vea, camarada: yo prefiero lo segundo”. Allí mismo nos encontramos con Alejandro Vallejo, que desde entonces formó parte de nuestra agrupación. Una noche, Vallejo hacía el ataque más violento al programa socialista de Heredia, que había sido promulgado en años anteriores en Honda. Vallejo duró cerca de una hora descuartizando el programa de Honda. Ese programa era una basura; ese programa no valía nada. De pronto Heredia le preguntó al orador: “¿Dígame una cosa: usted conoce el programa de Honda?”; a lo cual replicó el orador, impertérrito: “Yo no conozco el programa de Honda”. La carcajada fue general. Pero era que nosotros señalábamos con anterioridad quiénes debían intervenir en los debates no por el conocimiento que tuvieran de la materia, sino por el grado de capacidad para hablar.

En aquel Congreso conocimos a Raúl Eduardo Mahecha, a quien llevamos a nuestra organización una noche para conocerlo y saber de quién se trataba. Confieso que nos causó pésima impresión. Mahecha se vanagloriaba de sacarles dinero a los yanquis de Barrancabermeja, de amenazarlos con huelgas si no le suministraban la plata y de otras lindezas por el estilo. Lo decía con tal naturalidad como si

estuviera convencido de que esa era la esencia, el alfa y el omega del movimiento revolucionario. Mostraba esos actos suyos como grandes triunfos de sagacidad revolucionaria. Al propio congreso había venido con sueldo de la empresa petrolera y con aire de victoria nos mostraba los telegramas en que le anunciaban los giros. A mí me pareció, perdónese-me que lo diga, un criminal nato, inconsciente. Y ese era el presidente del Congreso obrero. Pedí que lo derrocáramos, pero la oportunidad de hacerlo parece que no se presentó.

Después hicimos Tejada y yo un viaje al Quindío, siempre con la idea fija de buscar obreros auténticos. En un hotelito de Cajamarca redacté el primer manifiesto que yo hacía destinado a los obreros del Quindío, que publicamos en Calarcá, mi ciudad natal. Tejada se mostró sorprendido de mi estilo revolucionario y alabó con mucho entusiasmo mi manifiesto. En Calarcá salieron algunos obreros a recibirme. Tejada estaba optimista. “¿Ves?”, me decía; “los obreros son muy inteligentes y acabarán por responder a nuestros llamados. Vamos a hacer un gran partido”. Pero en Pereira, fin de nuestro viaje, ya no vino nadie a vernos. Allí iniciamos a Fortunato Gaviria, hermano de la mujer de Tejada. La iniciación que se hizo con la solemnidad de la mía, de que ya he hablado, no surtió su efecto de misterio y de sigiloso secreto. La casa tenía una acústica endemoniada; todo

el mundo, en la planta baja, de almacenes y tiendas, se dio cuenta de todo cuanto dijimos e hicimos. Y al día siguiente todo Pereira sabía que habíamos ido a la ciudad.

Tejada era un comunista convencido. Indudablemente, nuestro movimiento, en el fondo, era un movimiento liberal, como lo fue en gran parte, años después, el movimiento socialista revolucionario. El Partido Liberal, con la pesada herencia del fracaso de la guerra civil, iba de mal en peor. Nadie creía ya en que pudiera levantarse de la postración en que se encontraba. Y en estas condiciones, se buscaban sustitutos, otras formulaciones y otros medios que se suponían más eficaces para el derrocamiento del conservatismo. Mucho de eso había en nuestro movimiento. Pero no en Tejada. Tejada era comunista, con la visión de una sociedad mejor y más equitativa para la humanidad. De ahí que yo no juzgue a Tejada como obligadamente lo juzga la gente: como un cronista; como el mejor cronista que ha producido Colombia; el mejor, en una abarcadura más ancha, del habla española, que aún no ha sido superado ni igualado aquí ni fuera del país. Porque Tejada era más que eso. Tejada era un apóstol, un líder incomparable del proletariado. Murió en el momento en que se estructuraba ideológicamente en el marxismo, cuando ante sus ojos de visionario la escritura del viejo alemán le abría las puertas de un mundo amable

para todos, en el cual había soñado siempre. Amó a la humanidad con un amor entrañable. Amó a los humildes, y supo con toda claridad que ellos serán poseedores de un paraíso aquí en la tierra. Por hacer más próximo ese paraíso, luchó hasta su último aliento.

BARBA JACOB Y EL CAFÉ

Lino Gil Jaramillo

BARBA JACOB SE ADAPTÓ FÁCILMENTE AL AMBIENTE bogotano. Con Ricardo Rendón y el Mono Uribe Piedrahíta bebía whisky o cerveza en el Café Riviére, contiguo a *El Tiempo*. Con Rafael Vásquez, poeta de sonetos esculturales, y Víctor Amaya González, su grande amigo, consumía cerveza barata en El Bodegón de San Diego o en las fondas de la Estación de La Sabana. Y con Helios [Efraín de la Cruz], el bardo Cañizales y otras gentes de menor cuantía literaria ingurgitaba chicha en cualquier cantina de barriada.

Sin embargo, a veces se aburría y gritaba:

—Mierdolandia, capital Bogotá...

* * *

Barba Jacob era un hombre eufórico, un gozador de la vida, un hedonista auténtico. Después de la poesía, lo que más amaba era la buena mesa.

—¡Ah, doctor: es que usted no sabe cómo es este paladar mío! —le decía alguna vez desde su lecho de enfermo al doctor Canales, cuando le prescribía la eliminación total de los condimentos en las comidas.

Con un cubierto en la mano se convertía en un verdadero Napoleón de la mesa. Acometía los platos con impecable arte militar. Y después de las noches de francachela, siempre eran las comidas lo que más recordaba. Solía decir:

—Dondequiera que vaya, nunca olvidaré los tamales del Riviére.

Y en Barranquilla, después de saborear en el Bar Italia un buen plato de tallarines con pollo, exclamaba:

—¡Qué buenos son los espaguetis! Lo malo es el “paguetis”...

Conocida su afición a la buena mesa, y en general a la buena vida, que él consideraba condición indispensable para la creación de la obra de arte, pues decía que el hambre no producía sino tuberculosis, algún amigo y admirador suyo le dijo alguna vez:

—Maestro: lo mejor es que tuviera usted un mecenas...

—Oh, amigo —replicó Porfirio—. Es que yo necesito no solamente un mecenas sino un me-desayunas, un me-al-muerzas, un me-comes, un me-bebes y un me-t...

Y después de la poesía y de la buena mesa, la charla, los chistes, los calemboures. En las conversaciones de café, en los corrillos de amigos, casi nunca tomaba en serio nada. Y era a veces cruel y sarcástico con las gentes ingenuas o tontas.

Un pelma de esos que andan siempre detrás de los literatos famosos, metiéndose donde no lo llaman, opinando a deshoras, decía por ejemplo: “... Y Fulano de Tal se quedó impertérrito”. Y al decir “impertérrito” sacaba el pecho, como quien ha descubierto la luz. Porfirio al momento lo desmontó de su pedestal de solemnidad, diciéndole:

—Sí, joven. Se quedó inter... perrito.

Recordemos lo del cura Villegas Ángel:

Vivía en aquel tiempo en Bogotá un famoso profesor Benguirá, que vendía un específico contra la caída del cabello. Este señor, como es costumbre entre los curanderos de su género, solía publicar las cartas que le escribían sus clientes hablándole de las excelencias de su producto y de los buenos resultados obtenidos.

Alguna vez apareció en *El Tiempo*, con marco de propaganda y retrato del autor, una de aquellas cartas. En ella se decía que el cuero cabelludo cubre la parte más noble del cuerpo humano y en pocos renglones se nombraba a Sócrates y a Shakespeare para terminar elogiando el

específico Benguria. Firmaba el presbítero Camilo Villegas Ángel, de la academia de historia tal y del centro de antigüedades cuanto.

Coincidió esta ocurrencia con una visita del religioso a la redacción de *El Espectador*. Hombre de disciplinas intelectuales, orador abundante, literato fecundo, dicharachero y cordial, era amigo de todo el mundo y saludaba a todos ruidosamente. Decía ser pariente de Luis Cano, de Aquilino y Silvio Villegas, de Villegas Restrepo y de otros próceres de la política y las letras. (Al enterarse de esto, Silvio Villegas dizque dijo: “Es verdad, somos parientes; pero de aquí para abajo” y con la palma de la mano abierta en posición horizontal señalaba a la altura de las cejas, socarronamente, con su malicia de conejo.)

—¿Quién es el clérigo? —preguntó Barba Jacob, mientras Villegas Ángel se entretenía conversando con don Luis Cano.

No habíamos terminado de complacer al poeta cuando ya el de levita se acercaba a nuestra mesa. Sin tiempo que perder, Francisco Umaña Bernal dijo:

—¿No se conocen ustedes? El poeta Barba Jacob, el presbítero Villegas Ángel...

—Yo sí lo conozco a usted —exclamó Barba inmediatamente— por sus méritos literarios: su carta al profesor Benguria...

Entre risueño y amoscado, Villegas Ángel abandonó la redacción.

—¡Oh, qué crueldad, maestro! —le dijimos.

—Es para que no sea pendejo y no vuelva a escribir esa clase de cartas...

* * *

Su menosprecio a los pelmas que invaden a diario las redacciones era infinito. A la de *El Espectador*, por ejemplo, solía ir con mucha frecuencia a soplar informaciones sociales de ancianas que morían, colegialas que celebraban su primera comunión o diplomáticos que se agripaban, un sujeto de flamante capa española y sombrero negro de anchas alas, profesor de enseñanza secundaria, efusivo y cargante, de apellido Hurtado de Mendoza. A Porfirio le fastidiaba tanto que optó por cambiarle el apellido por el de “Untado de M... dosa”.

Pues bien: a este señor se le ocurrió un buen día descubrirle a Porfirio las maravillas de la creación.

—¿No le parece, maestro, una maravilla —decía— el espectáculo de la naturaleza? Este sol que vivifica la tierra, esas estrellas que iluminan la noche sin que nadie las encienda, esas flores que engalanan los campos y las aves que trinan, ¿no le parece todo esto algo maravilloso?

—Regular, regular apenas, joven —contestó Porfirio displicentemente, en tanto que balanceaba la mano derecha con la palma hacia abajo.

* * *

César Uribe Piedrahíta, el eminente bacteriólogo, hombre de ciencia si los ha habido en este país, al par que artista de las líneas y los colores, lo mismo que novelista, autor de *Tóa, relatos de caucherías*, y de *Mancha de aceite*, atinente al problema petrolero venezolano, fue amigo y contertulio de Porfirio Barba Jacob y de Ricardo Rendón. A este lo quiso entrañablemente durante toda su vida (“¡Qué voy a hacer yo si Ricardo se muere!”, decía a cada momento mesándose los cabellos llameantes mientras el artista agonizaba en la Casa de Salud de Peña, la tarde del 29 de octubre de 1931) y en su residencia fue “velado” el cadáver del caricaturista.

Conocedor del “desequilibrio” de los artistas, el Mono solía aconsejar a Barba Jacob y a Rendón morigeración en los vicios, poniéndoles de presente las consecuencias funestas de los excesos alcohólicos o sexuales.

Cierta noche, en el Café Riviére, les hacía una exposición en tono serio acerca de la sífilis. Les hablaba de su brutal poder de destrucción, de su herencia desoladora, de sus terribles

estragos. Pero al propio tiempo —artista al fin y al cabo— hizo un remanso en su charla científica para anotarles cómo todo en la vida tiene sus compensaciones y cómo en el proceso de la sífilis hay un momento —algo así como el “instante ideal” del que hablaba Amiel— en que el paciente adquiere un extraño desarrollo de su sensibilidad, una gran lucidez y, si es artista, produce un mejor poema o su mejor cuadro, su más perfecta sinfonía o su mármol imperecedero.

Poeta y caricaturista escuchaban al parecer con mucha atención y el sabio pudo considerar que estaban perfectamente convencidos de los peligros del flagelo. Mas he aquí que de un momento a otro Barba, elevando los brazos al cielo en actitud implorante, exclamó:

—¡Oh, Hermana Sífilis! Qué buena has sido conmigo...

* * *

A veces desaparecía de Bogotá dos o tres semanas. Era que andaba por Ibagué, Armenia o Pereira arbitrando fondos para sus bacanales capitalinas.

En Ibagué tenía parientes que abrían la escarcela cada vez que el poeta tocaba a sus puertas.

En cierta ocasión, sus amigos y admiradores de Armenia le organizaron un recital que le produjo buenos pesos, pese

a que casi no se presenta en el teatro a la hora señalada para el acto.

Vuelto a Bogotá, le pregunté:

—¿Cómo le pareció Armenia?

—Armenia es un garaje sin obispo...

—Muy bien. ¿Pero qué fue lo que más le gustó?

—La carretera para venirme.

* * *

Durante la permanencia de Barba Jacob en Colombia regresó de Italia el doctor Jorge Eliécer Gaitán, después de haber seguido en la ciudad de los césares durante seis u ocho meses cursos de especialización penal y de haber recibido el espaldarazo de Enrico Ferri por su “Teoría de la premeditación”.

Gaitán fue una inteligencia extraordinaria, un formidable agitador político, un conductor de multitudes como no se ha visto otro en el país. En sus defensas penales o en los debates parlamentarios había momentos en que daba una impresión de grandiosidad. Tales eran la lógica implacable de sus argumentos y el poder de acometividad de su verbo. Violentos los ademanes, ronca la voz, desmelenado y sudoroso, se diría un Jean Jaurès en el parlamento de Francia.

Pero a pesar de las innegables cualidades del gran sacrificio del 9 de abril, su conversación, sus gestos y maneras producían a veces impresión de pedantería o cuando menos de mal gusto. Recién llegado de Italia, hablaba a menudo de sus impresiones y solía extenderse en cuestiones artísticas, en detalles sobre los frescos de la Capilla Sixtina o del Juicio final de Miguel Ángel. Sin embargo, era en las evocaciones de mujeres en lo que más se extasiaba. De las napolitanas, por ejemplo, decía que “arrastran su belleza como una cadena”.

Esto gustó mucho a Porfirio cuando lo supo y no despreció la primera oportunidad que tuvo para decirle a Gaitán:

—A ver, Jorgito, cuéntenos el cuento ese de la cadenita...

Una mañana estábamos con Barba y Gaitán y otros amigos en torno de una mesa del Café Victoria cuando llegó uno de los hermanos menores del penalista. “Cucaracho”, llamado así por sus amigos y condiscípulos, tomó asiento y Gaitán hizo la presentación:

—Mi hermano Miguel Ángel...

Porfirio reviró inmediatamente:

—¡Eh!, Jorgito, pero a este sí lo bautizarían después de tu viaje a Roma...

LA CIGARRA, ISLA DEL CENTENARIO

José Joaquín Jiménez, *Ximénez*

EN AQUEL AÑO, 1920, LA PAZ DEL MUNDO ESTRENABA, como ahora, unos pañales de legalidad. Se vio luego que no eran bien abrigados ni conducentes. En Colombia, don Marco Fidel Suárez presidía la última república de letrados que alcanzara a producirse en América. Y la gente ya mayor, crecida, con los recuerdos de las revoluciones y de esas inquietudes menudamente democráticas del quinquenio, se disponía a vivir. Bogotá tendría unos doscientos mil habitantes. Los ríos tradicionales enderezaban sus cursos hacia la sabana, libres de cárceles de ladrillo y cemento. En La Petite Chartreuse, los viejos guerrilleros a quienes el brandy bélico les había adjudicado úlceras estomacales comían delicioso postre de natas. Dorotea funcionaba en la calle 14 y tenía, por material primario de sus helados, el providencial granizo que era la compañía de los chubascos. Además, Santiago Páez acababa de separarse de nuestra

institución armada. En ella alcanzó, por gracia de méritos propios, el grado de capitán y adjunto al Estado Mayor. Mas sobrevino el lío del 13 de mayo, y Santiago Páez resolvió no vestir el uniforme de los soldados de la república.

A la promoción de Páez en la vieja escuela militar fundada por Reyes, pertenecieron Carlos Ignacio Restrepo, sobrino del presidente Carlos E.; José Luis Restrepo, óptimo escritor malogrado a edad temprana; Tiberio Reyes Archila, hoy retirado con charreteras de coronel; Alfonso Tobón, Daniel Samper Ortega, Juan de Dios Garzón, Otoniel Navas y otros, de cuyos nombres no es indispensable acordarse. Santiago Páez, convertido de un momento a otro en paisano, se dispuso a aceptar el empleo que en un banco le ofrecía Pedro Miguel Samper. Mas este hombre, chiquinquireño, campechano, honesto, algo romántico, en cuya persona se han situado muchos de los mejores atributos de la raza, ya se había ganado buena copla de amigos. Figuraban en tal nómina Francisco Samper Madrid, hidalgo insuperable; Héctor José Vargas, actual superintendente bancario, y Ricardo Valencia Samper.

Don Pacho Samper Madrid, compañero de Páez y uno de los pocos caballeros en quien, en Bogotá, la amistad pudo habitar con excelencia y sin reservas, no quiso que Santiago Páez aceptara el empleo del banco. Pacho Samper, en la lista

de sus bienes casi innumerables, contaba con un localito situado en la esquina de la carrera Séptima con calle 14 y, de buen ánimo, se lo ofreció a Páez, para que se estableciera con un negocio, tan decente como lo requería la calidad del presunto propietario y, al mismo tiempo, con posibilidades de producción monetaria.

Con la firma de Pacho Samper, Santiago Páez consiguió en préstamo a largo plazo la suma de mil pesos en el Banco Mercantil, del cual era gerente el doctor Alfonso López y subgerente don Luis Samper Sordo. Héctor José Vargas y Ricardo Valencia Samper aportaron una cantidad parecida. Y fue así como el 14 de julio de 1920 se estableció en el localito de Samper Madrid un almacén de cigarros, cigarrillos, licores y otros útiles, que se conoció como La Gran Cigarrería.

El negocio, casi nuevo, prosperó rápidamente. Santiago Páez, a los tres años de establecido, adquirió para sí, con reconocimiento de pingües ganancias, la parte de sus socios. Los Samper, gentes venidas de provincia, y muchos cachacos que por ese tiempo sufrían el recorte de las faldas de los sacolevitas comenzaron a concurrir a la cigarrería de Páez. Fue Guillermo Valencia, en la plenitud de su genio y de su ingenio, quien le dio nombre nuevo al almacén de Páez. La Cigarra fue un ameno sitio de reunión, de discusión amistosa, de palique inteligente. Y aun cuando los

más de los tertulios de La Cigarra eran liberales, no faltaron los conservadores, literatos y filósofos. Llegó a tomar tanto auge La Cigarra, que produjo la envidia del grupo de La Unidad, que comandaba Laureano Gómez. Laureano, José María de Guzmán, José Arturo Andrade fundaron asimismo una cigarrería, a pocos metros del local de Páez. Pero estos caballeros se convirtieron en próceres de la república, en personajes y políticos de mucha fusta. En tanto que Santiago Páez continuaba siendo lo que siempre ha sido, un aglutinador de personas y de voluntades. Y ganaba sus buenos dineros en La Cigarra.

Ocho años después de establecido, Santiago Páez había hecho un capital más o menos cuantioso. Importaba licores, cigarrillos y cigarros. Fue el primer representante que en Bogotá tuvo la Colombiana de Tabaco y, en síntesis, se encaminaba a ser un ciudadano próspero, y aun poderoso.

Pero los hados, el destino y otras circunstancias, desbarataron esa halagüeña prosperidad. La crisis del 29 encontró a Santiago con varias acreencias, para cuya atención poseía poco de libras esterlinas en oro, que fue requisado por el Gobierno. Sintetizando un poco, La Cigarra dejó de ser negocio óptimo en 1930. Páez, desde entonces, ha “mantenido la caña” con una voluntad admirable y un tesón que, por lo que veo, no encontraría con facilidad ejemplo.

Entretanto La Cigarra dejó de ser un almacén, y se convirtió en una institución. Yo creo que en ella se situó algo o mucho de las cualidades de los viejos mesones, que congregaban en los viejos tiempos a los más ilustres viajeros y personajes del país. Si la condición exterior de las cosas implicara una forzosa manifestación exterior, los muros del local de La Cigarra estarían atestados de aquellas argollas de hierro en las cuales, cuando todo era elemental, los jinetes aseguraban las riendas de los caballos. Esta apreciación mía tiene algún fundamento. Don Tomás Rueda Vargas, uno de los tertulios más asiduos e ilustres de La Cigarra, llegaba al almacén de Santiago Páez, desde su finca sabanera de Santa Ana, ataviado de jerga, a veces con zamarros y empuñando, siempre en las manos, un castizo bordón de guayacán. Hubo épocas en las que La Cigarra guardaba en sus interioridades hasta diez ruanas y sobretodos de don Tomás; amén de otros tantos bordones. Cuando funcionó en Bogotá una misión técnica alemana de educación, de la cual don Tomás fue discreto asesor, el hidalgo de Santa Ana se limpiaba el polvo del camino en la trastienda de La Cigarra.

La candidatura presidencial del doctor Alfonso López tuvo, aunque parezca mentira, origen en el almacén de Santiago Páez. Se hizo una convención liberal, que debía elegir la

dirección suprema del Partido, y fueron Páez, Antonio Salgar de la Cuadra y Felipe Lleras Camargo quienes, portando pliegos en blanco, fueron consiguiendo entre los convencionistas firmas que aseguraron la inclusión de López en la suprema directiva. Puesto en esa posición, el doctor Alfonso López le dio energías nuevas a la vieja agrupación política. Propició su concurrencia a las urnas y aun logró su triunfo definitivo.

Cuando el 8 de junio, La Cigarra fue el centro de reuniones de los más prestantes ciudadanos. Regresado el doctor López de Europa, las juntas continuaron en La Cigarra. Y el doctor López, alguna vez en que las discusiones y los aperitivos auspiciaron el goce de la madrugada, convidó a sus compañeros a un succulento desayuno en el Jockey Club.

No se olvidó el doctor López, en su primera presidencia, de aquellos tres caballeros que lo habían exaltado a la dirección liberal. Santiago Páez, Antonio Salgar de la Cuadra y el chiverudo Felipe Lleras Camargo fueron designados cónsules de Colombia en Europa. Páez, lo reconoce, tuvo un breve alivio con esa designación, ya que La Cigarra había terminado sus bellos o feos tiempos de productora empresa y se encaminaba a ser lo que es hoy: una isla del centenarismo, de sus maneras y costumbres, puesta en el corazón de una ciudad ya casi cosmopolita y moderna.

Páez podría hacer un libro estupendo con el relato de todas las cosas que ha visto, oído y percibido en la tertulia de La Cigarra. Amigo de los más sobresalientes personajes, en muchas ocasiones su ayudador desinteresado, este don Santiago, de rancia cepa chiquinquireña, se ha contentado con ser lo que es: el animador de una persistencia admirable de otros tiempos dentro del tráfigo de los días que corren. Ocupa ahora el empleo de pagador del Banco de la República. La Cigarra apenas produce para pagar el arrendamiento del local que, desde hace diez años, ocupa en la esquina de la calle 14 con la carrera Séptima, a la mano derecha, como se suba. No obstante, Santiago Páez persiste en mantenerla, y la mantendrá hasta el punto en que le lata el corazón, más romántico de lo que en apariencia se muestra. En todo el país, no se puede conseguir un caso semejante de dedicación, de viva fe en la amistad, de culto fiel a las más excelentes cualidades humanas.

LA CLIENTELA DEL ASTURIAS

Julio Abril

A POCOS PASOS DE LA CARRERA SÉPTIMA Y DE la tertulia de La Cigarra se encuentra el transeúnte con el Café Asturias, establecimiento a donde concurre a charlar, con el pretexto del tinto, una numerosa y heterogénea clientela. El edificio en donde funciona el café está enclavado entre una sucursal de la droguería Nueva York y un puesto de naranjas, piñas y aguacates refugiado en un zaguán, cuya propietaria tiene también su clientela derivada del Asturias.

Entre los establecimientos de esta naturaleza, es el Asturias de los pocos que este cronista frecuenta. No porque allí el café tenga un sabor especial, ni porque el sorbete de curuba sea allí más dulce o más jugoso, sino porque sabe que allí, después de sonar las doce, se encuentra con los amigos y compañeros de grupo, los mismos que integran esta calumniada entidad que los reporteros de la prensa liberal dieron en llamar la Lonja Caro. Camacho Montoya, Plata

Bermúdez, Álvaro Gómez, Carlos Arturo *El Capi* Caparros, Fandiño Silva y demás hacen parte de la más asidua clientela. Grupo que representa allí a la hispanidad, las ideas tradicionalistas y que, desde luego, conserva el hábito conservador y nacionalista de tomar tinto.

Otro sector joven de la clientela es el grupo formado por los llamados poetas piedracielistas, que en lugar del tinto prefieren el salpicón. Se les ve llegar con volúmenes de poesía debajo del brazo y, en ocasiones, con los suplementos literarios de *El Siglo* y *El Tiempo*, el contenido de los cuales les proporciona tema de agitados comentarios y controversias en que a veces sale a relucir “la piedra”, que cae con estrépito retórico sobre las testas de los colaboradores literarios que, a la hora de formularse esas críticas, no se hallen allí presentes. El joven Andrés Holguín —que después de haber sido laureado en el concurso de la *Revista de las Indias* resolvió pasarse a perico— dialoga con su colega de estro, el rubio vate Daniel Arango. Pero quien preside la mesa y se hace conceder prioridad en el uso de la palabra es el poeta de las niñas, de los días y de las nubes, don Eduardo Carranza. El autor de *Ellas, los días y las nubes* se comporta entre sus compañeros como un príncipe heredero, sin detenerse a considerar que, desaparecido Valencia, quedan aún Maya y León de Greiff. Pero, en fin, esas son cuestiones

que no atañen al tema de esta crónica y que, por lo demás, no somos los llamados a calificar o dilucidar.

Que sepamos, no se ha registrado todavía el primer choque o escaramuza retórica entre los voceros de la hispanidad y los de la piedra y el cielo. Pero en dos ocasiones nos ha tocado asistir a desaforadas disputas literarias entre esos dos grupos, ninguna de las dos en el Café Asturias. Los ocasionales polemistas escogieron el sitio y la oportunidad tal vez menos indicados. Las dos veces en que estos jóvenes ardorosos han hecho “contacto” ha sido en territorio extranjero, pero sin salirse de los límites patrios: en la Embajada de Ecuador primero, y luego en la Legación Dominicana, en donde, en un agasajo a intelectuales y periodistas, los primeros, los intelectuales, quisieron armar la grande. Recuerdo que, en presencia del jovial y simpático ministro Balaguer —que es también un inspirado poeta—, Jorge Rojas y Carranza se enfrentaron a Camacho Montoya y Álvaro Gómez sobre no sé qué aspectos y tendencias de la poesía y el piedracielismo, mientras Camacho Ramírez y yo tratábamos de complacer al dueño de casa, que había insistido en que le diéramos concepto, después de haberla reducido a sus mínimas proporciones, sobre una botella de Havana Club, un ron cubano muy convincente y animador.

La otra justa literaria, también sin consecuencias ni desgracias personales que lamentar, fue en la Embajada de Ecuador, en una estupenda fiesta que el embajador Zaldumbide daba en honor de Carranza y Caparrosó y a la cual fuimos invitados también, creo que en calidad de testigos áticos, varios periodistas. Recuerdo que allí Guillermito Camacho y su compañero de camorras, Álvaro Gómez, dejaron tranquilos a los piedracielistas y la tomaron, en cambio, con el entonces ministro Lleras Restrepo, a quien hacían objeto de toda suerte de impertinencias, por medio de preguntas tan capciosas como impertinentes, sobre aspectos “secretos” del debate presidencial que se aproximaba. El poeta Carranza encontró un suave y diplomático contendor en la persona del atildado Fernández Mira, actual secretario de la embajada argentina, y no recuerdo muy bien por qué en la discusión salió a relucir el nombre del malogrado Carlos Gardel.

Pero volvamos al Café Asturias. Y dejemos a un lado la hispanidad, el piedracielismo y sus alegres muchachos.

En alguna de las mesas puede verse al profesor Jiménez Mejía, don Rodrigo, que arenga y alecciona a sus huestes. Están allí en torno de la mesa las masas y el Estado Mayor del partido nacionalista, y don Rodrigo es su caudillo. La representación de las masas nacionalistas corre a cargo de Carlos Ariel Gutiérrez y César Garrido, quienes se ven reforzados en

ocasiones por dos o tres jóvenes más, todos los cuales, caudillo, estado mayor y masas, mencionan el nombre de “Gilberto” con especial insistencia. Se refieren, naturalmente, al doctor Alzate Avendaño, jefe supremo del nacionalismo, con sede y base de operaciones en Manizales. Esta es la mesa nacionalista, sucedánea del canapé republicano.

Más allá, casi pegada al mostrador, está la mesa que sirve de refugio al poeta dandi Alberto Ángel Montoya, quien acostumbra tomar sus “rones calientes” de la forma más discreta y disimulada: se los llevan en pocillos de café tinto. No podía faltar, y menos en el Asturias, el entrometido que le llevara la cuenta al poeta de los pocillos que llegan a su mesa llenos y regresan vacíos. Este fisgón, este oficioso “tira” del café, no es otro que Pérez, “el pobre Pérez”, cobrador de la *Revista Colombiana*, quien va allí en busca de algunos directores o administradores de la revista a pedirles plata, nunca a entregarles. ¿Qué puede importarle a Pérez que el poeta se tome tres, cuatro, seis o doce “anetoles”? Nada, pero el pobre Pérez es así, metido adonde no lo llaman. Y es de oírlo exclamar, llevándole la cuenta de los pocillos que toma:

—¡Van cuatro! ¡Es el sexto! ¡Caray, pero si ya lleva doce pocillos!

No hay derecho, realmente. Ni siquiera en su refugio del Café Asturias puede el poeta dandi permitirse la libertad

de tomarse sus anetoles, sin que haya un figón que le lleve la cuenta de sus relaciones bursátiles con el encargado del mostrador.

No una sino varias mesas de la entrada están ocupadas por políticos boyacenses. Los hay de todas las jerarquías: están los senadores Umaña Bernal y Combariza, dos o tres representantes y algunos exdiputados y aspirantes. Todos toman tinto y hablan por los codos, como si fuera aquella la última vez que pudieran verse. Dijérase que en torno de sus pocillos de café se hace toda la política boyacense, que, vista desde ese sitio del Café Asturias, se supondría dirigida por control remoto. Pero parece que no es así, porque el personal menor se renueva, y desaparece por algún tiempo. Están “en servicio”, enviados por sus jefes de Boyacá.

Los políticos de ese departamento hablan en voz baja, de manera que ni el tira Pérez, ni ninguno de los sabuesos del detectivismo, podrían saber lo que hablan esos señores. De casualidad se oye el acento reposado del senador Combariza que musita:

—Sí, eso ya está acordado... léame *El Espectador* de esta tarde...

De repente irrumpe un caballero de barba en punta, gordo y locuaz, que viene sudando, a pesar de los cuatro o seis grados de temperatura. Llega vociferando contra algo

o contra alguien y de ahí que algunos jovencitos poco respetuosos le hayan dado el nombre de la “radiodifusora”. Se trata del benemérito jefe conservador en receso, don Francisco Antonio Medina, a quien sus amigos llaman también El Barbuchas.

—¿Por dónde va la emisión de hoy? —le pregunta al entrar un impertinente; y el coronel Medina responde un poco alterado:

—¡Por donde usted quiera! Pero no hay derecho, eso sí no hay derecho...¡No hay derecho!

Nunca puede saberse respecto de qué cosa es que no hay derecho, pues el coronel se limita a repetir tales palabras, como síntesis y conclusión de su permanente protesta.

—Buenos, nos vamos, pero... ¡no hay derecho! —vuelve a exclamar cuando se levanta.

Y no falta entonces el guasón que exclama también, corriendo el riesgo de que el coronel le haga cantar la palinodia:

—¡Ha terminado la primera emisión de la mañana! ¡Muy buenas tardes, señoras y señores!

ELLAS... Y EL CAFÉ

Pedro Acosta Borrero

LAS MUJERES GUSTAN DE LA MONOTONÍA EN EL proceder. A su alrededor los cambios irrumpen y se imponen, requieren nuevas acciones. Por ello desearíamos romper los obstáculos que su apego les va interponiendo con los goces contemporáneos. Pero especialmente de uno que retrasa su ingreso a muy cómodos y agradables sitios de esparcimiento. Y les impide, además, compartir una de las más intensas y al mismo tiempo intrascendentes vidas como es la del café. Y el café es, tal como lo entendemos y gozamos, una institución con existencia propia, con sus propias costumbres y sus irremplazables normas. Sitio para la irreverencia y para lo serio. Para dejar pasar el tiempo despreciándolo y zurciendo sobre cada uno de sus minutos frases baladíes y pasajeras. Para concebir los más fanáticos negocios y sortear los áridos problemas que están agobiándonos y que, sin embargo, crecen al amparo

de la absorbente pereza que inculca y cosecha su código. En el café hay de todo y todo está al alcance de nuestras manos que, precisamente, no desean hacer nada dentro de sus predios. Es el desperdicio de las horas, la vocinglería del trópico, el arrogante reto hispano, el egocéntrico del sabanero, la egolatría del hombre de la capital, todas ellas costumbres, símiles y arrogancias muy nuestras.

Pero además el café tiene no poco de femenino. Tanto como la mantequilla y el chocolate. Fuera de su paradójica condición, título definitivo para extender su disfrute a la mujer, habrá de deparar los más indicados medios para perder el tiempo, el ambiente donde mejor prospera la charla con todos sus matices desde el alto concepto de los negocios públicos hasta las fútiles incidencias de la vida privada. En sus ritos queda la expectativa por las decisiones ajenas, por sus modalidades, por sus vestidos. Después de todo, no sería aventurado afirmar que los hombres tienen en él, disfrazándolos de los más bruscos ademanes masculinos, ¡el mejor escape para parecerse a ellas!

He aquí buen cúmulo de frivolidades sobre un tema tan vano.

La frivolidad de la mujer oculta su sabia manera de tomar venganza. Su vindicta es el desprecio... Solo que para este caso tendrá el antifaz de la prevención o el inconcebible

freno a sus anhelos. ¿Justifica esto su rechazo al café? Ellas eluden las respuestas tanto como a esta institución tan nuestra. Cada una de sus puertas les provoca un invencible recelo. Preguntan frunciendo narices, y señalando despectivamente a los locales, si allí pueden entrar y nada valdrá para sojuzgar su indomable cautela.

Sitio tradicional, “para solo hombres”, lo conciben como una mazmorra. ¡Que ellos, pues, únicamente, queden condenados a las nubes de humo y al aroma del grano! Hace muchos años, nos enseña la tradición, una tentación vedó el paraíso. Pero, ¿acaso no abrió uno más amplio y ágil? Los pequeños deslices, tal como lo prueba la existencia del mundo, dan vida a las grandes virtudes. Y solo se les pide un mínimo paso al interior del café.

A la larga lo harán. El ritmo de la ciudad terminará por abolir su actual renuencia. ¿Qué vendrá? ¿Las veremos en ellos, apresuradas, almorzando en las altas butacas casi que sin tiempo, con la mirada pendiente del reloj? ¿O departiendo cordialmente y pausadamente, sin afán alguno por dejar el hilo de las confidencias envuelto entre los angustiosos puntos suspensivos?

De las dos perspectivas la más deseable es, desde luego, la segunda. Queda dicho que el café es la pereza, el saber zurcir los minutos sin encontrar ningún fondo de utilidad

en el tiempo. Con ellas será el templo de la curiosidad. Los restaurantes, en cambio, tal como lo exigen las absorbentes metrópolis, tienen otro lugar. Aquí no. Ni el afán que corta el torrente de las ideas, ni las urgencias de las obligaciones que quitan todo su significado al tinto. Todo es laxitud. Los pequeños pocillos cargados de su líquido negro y humeante, el cenicero, el espectáculo de los demás contertulios. La tacita gritará que no vale la pena apresurarse. En el café siempre será más temprano de lo que se cree. Es una sabia costumbre de la vagancia siempre que se fume un cigarrillo. No en la forma en que se convierte en un aliciente de los deseos, sino un sedante. ¡Ah! El café invierte los papeles a todo. El tinto no es motor para los nervios. Los relaja dejándolos como una madeja de despojos que —ellos también— habrán de entregarse a la molicie.

¿Sabéis de un sitio mejor para las horas de la mujer? ¿Los salones de té o eso que hemos dado en llamar “fuentes de soda” o “el grill room”? Si hay algo que diferencia el café de esos lugares, crudas y recientes imitaciones, es lo que lo hace tan nuestro. El grill tendrá el bullicio de las orquestas. Es un ambiente de excitación. Y lo mismo la fuente de soda, que no pasa de ser la ciudad reducida entre cuatro paredes toda llena de afanes, convenciones, aparatos. Es difícil encontrar una explicación por la preferencia que aquellas demuestran

por esos montajes de apariencias. Pero es de esperar que el error no perdurará mucho tiempo. ¡Y qué gran reparación y cuán provechosa costumbre! El desperdicio de las horas, la vocinglería del trópico, el arrogante reto hispano, el egocentrismo del sabanero, la egolatría del capitalino —todas estas costumbres y modalidades que nos pertenecen e identifican— tendrán en las agradables compañeras un motivo más para dejar hundirnos en la pereza que sabe dispensar y officiar tan sabiamente esta institución bogotana. Al final, la frivolidad que oculta la sabiduría femenina tendrá otro matiz para resguardar. ¡La de su sapientísima holgazanería!

LOS CAFÉS

Eduardo Caballero Calderón

EN MADRID LAS CAFETERÍAS ESTÁN LUCHANDO bravamente por derrotar a los cafés, pero estos todavía se defienden con fortuna, porque la costumbre de la tertulia, de la peña y de la sobremesa flotan en medio del tráfico de la edad moderna. Hay cafés venerables a donde acuden a las tres de la tarde y a las diez de la noche señores viejecitos, apergaminados, prehistóricos, que llevan arrastrando los pies y se sientan a la mesa de mármol a conversar del atentado a Alfonso XIII el día de su boda, o a comentar la muerte de Joselillo en Talavera de la Reina. Hay el Café de Levante en la Puerta del Sol, que es contemporáneo del Café Pombo donde pontificaba Ramón. Los provincianos llegan con la señora y los niños, y recalán durante las horas muertas de la tarde ante una taza de café con leche. Hay el restaurante de Lardhy, de gran solera literaria, y la Cervecería de Correos, donde los virtuosos de la tauromaquia discuten

durante horas la última candidatura de la Real Academia o la última corrida de beneficio en la Plaza de las Ventas. Cafés antiguos, servidos por criados viejos que conocen por su nombre y sus caprichos a todos los clientes y meten su bocadillo en la conversación general, para precisar una fecha o para decir:

—A don Juan ya no se le ve por aquí. Anda por Murcia...

—El señor conde está cazando en la Sierra de Gredos...

Por los cafés de Madrid se puede hacer un fecundo recorrido romántico, porque en ellos sopla con el olor a humo de cigarro y a café con leche frío un relente del siglo XIX. Por los cafés pasaron Sagasta, y Salmerón y Castelar; lo mismo que don Ramón del Valle Inclán, y Azorín, y don Pepe Ortega, o que don Juan Belmonte, la Pastora Imperio, el Gallo viejo y Domingo Ortega. Nobles bohemios y cupletistas famosas, escritores y políticos, toreros y dramaturgos, más una barra de estudiantes aficionados a los toros y a la literatura, y una ronda de chicas que hacen sus primeras armas en la vida pública. En los cafés se hacía política, crítica, literatura y torería. Allí se incubaban los debates en las cortes, los movimientos literarios renovadores, los prestigios nuevos. De allí salía la frase mordaz que se echaba a rodar por los caminos de España tumbando los boliches de los prestigios provinciales.

Sin siesta y sin cafés, sin café y copa de coñac o de anís, sin peña y sin tertulia, no se concebiría la vida española de fines del XIX y de comienzos de este siglo. Sin esos cafés, ¿a dónde acudirían los provincianos a mirar las celebridades y escuchar un cabito de conversación?

¿Dónde encontrarían los novilleros un apoderado de renombre, si no hubiera cafés a donde invitarlos a una copa de anís? Y los apoderados que se quedaron sin espada, porque el toro la malogró en la última Feria de Sevilla, ¿qué podrían hacer sin café? Y los literatos noveles ¿dónde aprenderían los trucos del oficio? ¿Y dónde pescarían noticias los periodistas, si no en los cafés? Y sin cafés, ¿podrían los dramaturgos noveles endilgarles la lectura de su comedia a los Guerreros Díaz de Mendoza, o a la Bárcenas, o a don Jacinto Benavente, que llegaba menudo y vivaracho como esos ratoncitos que circulan por entre las piernas de los contertulios del Café de Levante?

A pesar de la embestida de las cafeterías y los bares que llevan nombre a la moda, es decir a la americana (California, el Dólar, Manila, Cow-Boy, Commodore), los viejos cafés, empañados como sus espejos de moldura dorada, raídos como el peluche rojo de sus sillas, desolados como la cabeza de sus criados vestidos de frac, “ahí van tirando”, aunque se los estén chupando los nuevos establecimientos de

la Gran Vía. Al Lyon de la calle Alcalá, todavía se aferran las peñas literarias y tauromáquicas de don Pepe Cossio. En el Café de Recoletos se ha enconchado la literatura rebelde y tremendista de Cela, de Torrente Ballester, de Z.Z. y los poetas jóvenes. En la Carrera de San Jerónimo todavía Lhardy atrae a toreros y periodistas con el prestigioso de los Ortegas. Mientras Domingo hablaba no de toros sino de filosofía a los contertulios, don Pepe les hablaba no de filosofía sino de toros.

El día en que los bares y las banales cafeterías descabe llen los viejos cafés, Madrid será otra cosa. Será una cosa tan corriente y desapacible como este Bogotá sin cafés, sin solera, sin tradición, sin tertulias, sin café y copa a la hora sacramental de la siesta.

Porque aquí hasta el año 36 había una intensa vida de café, por ejemplo en El Windsor, con espejos, criados solemnes y reservados donde escribía versos León de Greiff, Eduardo Castillo recitaba en francés e improvisaba pasillos en un viejo piano vertical ese melodioso gigante que era Emilio Murillo. Y había el Café Inglés en el puente de San Francisco, con sus puertas de vidrios de colores y su orquesta que tocaba vales. Y la Botella de Oro por donde pasaba la sombra del Bobo Borda. Y la trastienda de la Gran Vía, donde Rendón se suicidaba todas las noches y

pintaba monos en el mantel mientras escuchaba las greguerías de Luis Tejada.

Pero dejamos morir el café y con él murió todo un estilo de vida. En los viejos cafés bogotanos no se entraba a tiros, como en los cafés que hoy tienen mesas de latón y criadas de pelo suelto; se entraba disparando versos o discursos, las mesas eran de mármol, y en un rincón una orquesta tocaba en sordina dulces valsés vieneses. Bogotá, mucho más pequeña de lo que es hoy, mucho más provinciana, era sin embargo más señorial. Había bohemios de levita en lugar de pájaros y gamberros que visten a la moda cubana. ¡Pero qué le vamos a hacer! A Bogotá le ha entrado la fiebre modernista y lo ha perdido todo, hasta los cafés y el café, según las últimas noticias que nos llegan de los Estados Unidos.

LA COPERA, VIDA, PASIÓN Y SUERTE

Felipe González Toledo

SIN QUE SU PROPÓSITO HUBIERA SIDO ESTE, Beatriz nos obligó a pensar en ellas. “Ellas” son las coperas de café. Y al pensarlas, vinimos a caer en la cuenta de que en 1959 el gremio de coperas cumple treinta años de existencia. Fue una reciente noche de inocente bohemia, de esa bohemia que ya no se usa, cuando a través de Beatriz volvimos a echarle una mirada al gremio de coperas de todos los tiempos, tipo social de rasgos firmes pero que no ha sido biografiado, ni siquiera definido. A Beatriz la encontramos en un cafetín arrabalero, uno de los cafecitos de San Victorino que son remanso de camioneros y de pícaros de corto alcance, que en el tocadiscos, en la cerveza y en la copera complaciente encuentran las tres dimensiones de su mundo y en el refugio de atorrantes que en la mesita arrinconada tienen el apoyo mínimo para pasar unas horas de sueño.

Beatriz, una morena amarillenta, delgada, parecida a tantas, reía con aparente buena gana de las procacidades que escuchaba al grupo de bebedores; y del brazo fuerte, de la manga grasienta del overol que le rodeaba el cuello, solo se libraba a momentos cuando se levantaba de la mesa para echar una moneda en el tocadiscos. De pronto, el grupo se disolvió. Podemos creer que el camión con destino a Cúcuta o Cali, para Antioquia o los Llanos, estaba próximo a salir, y que por esta circunstancia imperativa el hombre del overol, muy a su pesar, debió marcharse. No pudo ser otro el motivo. Beatriz echó una mirada por todo el café, hasta dar con la única mesa donde había ánimo, y buscó acomodo. Pero el tema predominante de la conversación, por ininteligible para ella, le fastidió. Tarareó un bolero en actitud de retirarse, pero alguien le ofreció un aguardiente y le deslizó alguna broma que, sin guardar semejanza con las procacidades de los camioneros, tuvo el poder de retenerla. Y vinieron varios tragos más.

Por la brecha que abrieron los tragos y las bromas, llegamos a la intimidad de la muchacha amarillenta y delgada. Pero como el reloj galopa después de la una de la mañana, a Beatriz le llegó el final de su turno de trabajo, la hora de marcharse. Debía asistir a un velorio. No podía faltar. Había muerto un hijo de su vecina, y ese niño le recordaba

al suyo. Después, la carrera desenfrenada del reloj no importaba, porque Beatriz estaba hablando de sí misma. El niño muerto le recordaba al suyo, y esta atormentadora semejanza la indujo a hablar de sí misma, de su propia vida injusta y amarga. Recordó a su propio padre, patán y cruel, y a la madre, resignada y sumisa. Reconstruyó su llegada a Bogotá, su vida en casa de los padrinos utilitarios y despiadados, y como por sobre ascuas aludió al sacrificio de sus quince años en el ara abyecta de un hospedaje diurno. Omitió, seguramente, muchos detalles bochornosos, hasta llegar al hijo, ennoblecedor de su pobre vida, y después de arrullarlo en el recuerdo, ya sin disimular las lágrimas se refirió al segundo advenimiento, anticipado por los punta-piés del amante. A su modo reconstruyó la historia clínica de su niño, intoxicado con algo que se echó a la boca mientras la madre estaba en el trabajo, y lastimosamente abatida llegó hasta los detalles del entierro. Después lloró su maternidad dos veces frustrada. Lloró silenciosamente, pero sin tratar de ocultar las lágrimas. Bien se pudiera decir que aprovechó la oportunidad, porque en la compañía de los camioneros solo podía reír de las procacidades y soportar en torno al cuello la manga engrasada de un overol.

Beatriz debió llegar al velorio con la luz del día y sin reserva de lágrimas.

* * *

La muchacha delgada y amarillenta, parecida a tantas, con su confidencia y su llanto silencioso nos obligó a pensar en las mujeres de su gremio y nos indujo a caer en la cuenta de que este oficio, el de las coperas de café, nació hace treinta años. Hasta 1929, en el Café Inglés, en El Windsor, en el de La Paz, alcanzaban el tinto y la cerveza los coimes de blusa blanca. Si no andamos mal de recuerdos, porque treinta años son mucho tiempo, las primeras coperas aparecieron en el Café Real, establecimiento vecino al teatro del mismo nombre, también desaparecido ya, en cuyo local, el del café, después funcionó la cigarrería Néctar, seguramente muy recordada por los bogotanos maduros y viejos.

Del Café Real recordamos a Inés. No se la llevó el vendaval como a tantas otras, pero los años la han maltratado y por ahí la hemos visto, larga como siempre, pero algo encorvada y varicosa. Parece, y acaso lo es, una buena señora. Tiene ahora un gesto duro y la suponemos abuela regañona.

Poco a poco, los hombres de la chaqueta blanca fueron desplazados por las muchachas de los delantales minúsculos. El último refugio de la tradición fue El Windsor, donde la orquesta del maestro Chaves tocaba valsés brillantes desde las seis de la tarde. Pero El Windsor cayó en poder

de antioqueños, “Felixerres” o similares, y Adolfo y Eliseo se despojaron del saco blanco y les cedieron los “trastos” a las “Lucys” y a las “Marlenes”.

¿Queda en Bogotá algún café (no hablamos de bares ni de restaurantes) atendido por hombres de chaqueta blanca? Es probable que sí. No lo sabemos con certeza porque esta época turbulenta nos ha aconsejado no entrar en cualquier parte, y es preferible un fugaz esparcimiento en un antro de San Victorino que en uno de los cafés del centro de la ciudad.

* * *

La copera es un tipo social no biografiado todavía, decíamos, pero no pretendemos ahora desmenuzar su personalidad. No intentaremos, siquiera, una definición, o una simple presentación. Solamente, para dar curso a los recuerdos que nos trajo Beatriz con su húmeda confidencia, queremos echar mano de tres o cuatro unidades, como si las tomáramos al azar de una baraja.

Por allá, hace ya tiempos, en El Bodegón trabajaban Laura y Berta. La una vino de Santander y la otra del Huila, pero parecían hermanas. Laura, la santandereana, era expresiva y vehemente. El movimiento de sus ojos resultaba más elocuente aún que su palabra fácil y su ademán franco. Nada

supimos de su aclimatación a la capital y menos de su origen. Cualquiera podía adivinar en ella, a pesar de su pintoresca ordinariedad, una mujer llamada a destinos diferentes de esta labor mecánica de alcanzar tacitas de tinto y perico y cajetillas de cigarrillos.

Berta era amable y humilde. Casi silenciosa. Le guardaba los libros a un estudiante de derecho, y a veces, al finalizar los turnos de la noche, se iba con él. Laura se iba también con un javeriano. No lo disimulaban, pero tampoco hacían alardes. Y esto no era de siempre ni ellos eran los únicos. Pero eran los preferidos.

No hemos de extendernos demasiado en la referencia, porque de la suerte de la una supimos muy poco, mientras que a la otra le conocimos toda su historia. Y este no es un privilegio porque la historia está publicada.

El estudiante javeriano amigo de Laura con el correr de los años fue ministro. La copera, tan cercana del estudiante, no fue la “amiga” del ministro. Pero él no la olvidó del todo, y Laura fue influyente y dispensó favores burocráticos a otros estudiantes. Lo poco, pero muy importante, que sabemos de ella debemos guardarlo discretamente. No porque sea malo sino por lo contrario. En fin, que a Laura le fue bien.

A la vida de Berta, por lo muy conocida, solo debemos aludir superficialmente. El estudiante de derecho difícilmente

se graduó y su única actividad “profesional” fue la falsificación de un testamento. Tal como le daba a guardar sus libros años antes, le dio a guardar el secreto de su empresa. Y es más, la asoció a sus empeños y en el documento maniosamente elaborado la puso a figurar como hija natural y heredera universal del testador. Así, como si fueran pocas las penalidades y las amarguras que una de estas muchachas oculta bajo su sonrisa, en el ir y venir por entre bromas y requiebros, sobre Berta recayeron las consecuencias de un escandaloso proceso penal. La cárcel, el abandono, la miseria, el alejamiento de sus niños. ¿Quién no recuerda las amarguras de Berta?

* * *

Rosa trabajó en La Cabaña, cuando La Cabaña era café. Ahora es rotisería. Y después fue compañera de Tila en uno de los cafés de la carrera Sexta, próximos a la Avenida Jiménez. Era alta y fuerte, pero bien proporcionada y violentamente femenina, calificación casi exclusiva para ella. Era la amiga de un joven abogado y esta amistad se acentuó por los días siguientes al 9 de abril, cuando uno y otra, en obligado receso de actividades profesionales, preferían como todas las gentes el refugio seguro al peligro de la calle.

—Estoy enferma —le dijo Rosa a su amigo, semanas más tarde.

—¿De qué? —preguntó él con la inocencia de un san Luis Gonzaga.

Y ella le respondió con otra pregunta:

—¿De qué ha de ser?

El abogado, marrullero y cortante, le dio una moneda de veinte centavos, y esa tarde, en el café, a los amigos de su amigo, Rosa les echó el cuento y comentó el desplante:

—¿Qué tal que hubiera sido cierto...?

La ausencia del escurridizo abogado le dio tiempo a Rosa para aceptar las insistentes invitaciones de un caballero distinguidísimo, sumamente rico, casado y pusilánime. Y en el adinerado caballero, Rosa se desquitó del marrullero abogado. Porque gastó plata a manos llenas, sometió al amante a su arbitrio, se instaló en un lujoso apartamento, y situada en una de las puntas de un triángulo de escándalo social, mantuvo una postura retadora y altiva. Puso en juego toda su violenta feminidad y sobrellevó con altanera satisfacción toda su condición de blanco de los decires y cuchicheos, y paseó su insolencia por aeropuertos y hoteles de lujo.

De pronto, a Rosa le fastidió el ambiente bogotano y decidió radicarse en París. Y “él”, complacidísimo. No sabemos cuál fue la vida de Rosa antes de su amistad con el

abogado y mucho antes de dar con el rico y distinguidísimo caballero que la llevó a Europa para atenuar el escándalo familiar y social, no podemos hacer pronósticos sobre su porvenir. Solo sabemos que tuvo suerte y que su vida, hasta ahora, ha sido mucho más brillante que la de Laura, la amiga del estudiante que se volvió ministro. Infinitamente superior a la de Berta. Usufructuaria de una “libertad bajo fianza”, y mucho más muelle que la de Tila, su compañera del café de la carrera Sexta. Porque la de Tila, la pobre Tila, una vida accidentada y aciaga, merece capítulo aparte. No es un simple modo de decir lo de “capítulo aparte”. Porque cuantas veces hemos contemplado la posibilidad de escribir la biografía de la copera de café, al frustrado proyecto se ha mezclado el recuerdo de Tila. En el centro del tema ha surgido la imagen de la chata fea y “sexapilosa”, descendiente de alguna mancillada vestal de Sugamuxi.

Tila vino de la región boyacense del Cocuy, con sus catorce años y un amante se deshizo de ella a los tres días de llegar a Bogotá. Por entonces, las gazmoñas y desaconsejadas normas oficiales no habían dispersado por la vía pública la prostitución. Había barrios “alegres” que eran piedra de escándalo, pero los transeúntes nocturnos no tropezaban con la legión de busconas que en estos tiempos merodean por las calles centrales. Tila, en su desamparo, en medio de

la gran ciudad, no tuvo oportunidad de ser buscona ambulante, pero fácilmente fue a dar en un barrio “alegre”.

¿Cuánto tiempo pasó bailando, bebiendo y alquilándose? Dos o tres años en una vida así son mucho tiempo. No se sabe de quién, pero es bien fácil saber cómo, Tila tuvo un hijo y el advenimiento la redimió del prostíbulo y la llevó a buscar otras fuentes de subsistencia.

La conocimos en el Café Victoria de la calle 14, centro propicio al afianzamiento de la camaradería entre los periodistas y amable lugar de tertulia y de bohemia inofensiva y discretísima. Jamás se escuchó allí una altisonancia, y tal vez el incidente entre Isabel y Aurita fue la única escena violenta transcurrida en ese gratisimo rincón.

Isabel recitaba estrofas de Darío y buscaba la oportunidad de alternar con los grupos de intelectuales y periodistas que allí se reunían. Pero no era solo espíritu. Porque ponía en juego todos sus ardidés para caer a la hora de nona y beneficiarse con las propinas que le correspondían a Aurita. Nació entre ellas una rivalidad mezquina que fermentó y estalló una noche cualquiera, a la hora de entregar la “base”, cuando ambas terminaban su turno de trabajo. Fue el duelo más espectacular que hayamos presenciado, y lo de espectacular es la calificación más apropiada. Después de dieciséis años, Aurita tiene todavía una cicatriz por arriba de

la ceja izquierda. Fue un taconazo que le dio Isabel, pero quién sabe qué historia contará cuando los nietos, que ya debe tenerlos, le pregunten:

—¿Qué le pasó ahí, abuelita?

* * *

Pero volvamos a Tila, quien por la época que la conocimos ya lucía un elegante abrigo habano y un saco de piel. Con esas prendas, Tila volvió a su pueblo boyacense por primera vez, después de su aventura con el primer y fugaz amante. En 1943 tomó sus primeras vacaciones. Para entonces tenía dos hijos, pero tuvo el cuidado de dejarlos en Bogotá para ahorrarse explicaciones en su pueblo. Fueron unas vacaciones accidentadas. Casi tormentosas. Durante unos días Tila fue el personaje central en su tierra. El párroco le volvió la espalda, pero el alcalde le dio serenatas. En todos los corrillos, en la botica, en el estanco y en la puerta de la agencia de bues, se hablaba de Tila. Las señoras que se distribuían el piadoso deber de la adoración al Santísimo condenaban a “la mujer esa” y por aquella hubo en el pueblo una verdadera epidemia de disturbios conyugales.

Ataviada con su saco de piel, Tila llegó a la misa dominical cuando el templo estaba lleno. La recibió un murmullo

nacido por igual de la admiración y de la reprobación. Ya había pasado el ofertorio, y el acólito volvió a mirar mientras rezongaba maquinalmente su diálogo litúrgico. De pie, en la misa del templo, se destacaba la silueta vistosa.

Pasado el evangelio, el párroco se abstuvo de subir al púlpito para no perder tiempo, y desde el presbiterio se pronunció contra el lujo y contra el pecado del escándalo. No fue muy sutil en la primera parte de su sermón, porque todas las miradas convergieron sobre Tila. Y por si aquello no era bastante, el párroco la señaló directamente y le ordenó abandonar el templo. Afortunadamente para ella, Tila no oyó el final del sermón. Se fue con su saco de piel y sus medias de nailon y apenas tuvo el valor de enfrentarse a quinientas miradas, al hacer una genuflexión mientras se quitaba el fino guante para humedecer en agua bendita las puntas de sus uñas esmaltadas.

Aquel día hubo paseo al río, y por la noche las señoras de la adoración entreabrieron los postigos para escuchar mejor la serenata. Y al día siguiente, muy de mañana, una cabalgata capitaneada por el alcalde acompañó a Tila hasta el pueblo vecino para que la viajera esperara ahí el bus de la tarde.

Así concluyeron las vacaciones de Tila, y sin que jamás hubiera sospechado tal evento, la desprevenida copera dejó

con el recuerdo de su saco de piel un ácido conflicto entre los poderes espiritual y temporal del pueblecito boyacense.

* * *

Tila no repitió las vacaciones. Prefirió destinar sus ahorros a programas más prácticos. La clientela del café de la carrera Sexta era más generosa que los periodistas del Victoria, y Tila pudo reunir lo que necesitaba para instalar una cigarrería de vitrina, un pequeño negocio de los que se comenzaban hace años con quinientos pesos y aun con menos. ¿Alguien la ayudó en esa empresa? Creemos que no. ¿Pero qué hacía Tila en sus horas libres? Un día, tal vez una tarde de domingo, la encontramos con sus dos hijitos por los lados de La Concordia, en un típico piqueteadero (La Loma — Punto Vitaminoso). Ya había dejado atrás las etapas confusas. Ahora era una buena madre de familia.

La cigarrería había crecido y Tila estaba instalada en el zaguán de una casa no muy vieja ocupada por la Procuraduría General de la Nación. A simple ojo se podía calcular que el capital inicial estaba multiplicado. Pero vino el 9 de abril, y la Procuraduría quedó arrasada como tantas otras dependencias oficiales. El huracán se fumó de una sola bocanada todas las existencias de Lucky y de Pielroja y se lo llevó

todo. Al mediodía del 12 de abril vimos en Tila la imagen del desconsuelo y la desolación. Era un lunes, un lunes muy grande. No era solo un comienzo de semana. Era un comienzo de vida.

* * *

El Gobierno autorizó préstamos para damnificados. Tila oyó hablar de una posibilidad de resurrección y se aferró a ella, pero las cosas marcharon lentamente, además de que los intermediarios exigían participación por sus gestiones. Y a la espera de que su petición se tramitara, la copera volvió al café, regresó a soportar las impertinencias del “borracho desconocido”. La clientela ya no era de caballeros. Era de gañanes que alardeaban y que exhibían sobre la mesa el revólver y las reservas de cartuchos.

Con lo poco que recibió de la cuantía nominal del préstamo, Tila pudo abrir una tiendecita de garaje en el barrio Santa Fe, y con su semblante anguloso y exótico, coronado de abigarrado turbante, le dio ambiente al negocio. En categoría y en capital (a debe) aquello era inferior a la cigarrería, pero era algo. Los muchachos habían crecido, pero felizmente no faltaba con qué pagar el internado, y el comienzo, al fin y al cabo, era prometedor.

El pasado tortuoso, la lucha y los fracasos, sumados a su soledad, perturbaron los treinta y cinco años de Tila. Y volvió a tener un amante. Se mezcló a su vida un calandrac que vivía y bebía del capital de su propia simpatía, y la buena Tila, tan sufrida y experimentada, se enamoró de él. Creyó en él. A pesar de todo, era sentimental, y las traicioncillas de su despreocupado amigo la afectaron mucho más que la conducta del primer amante. Del que la trajo a Bogotá y la dejó en la calle al tercer día.

El vagabundo no volvió a la tiendecita del barrio Santa Fe y la pobre Tila perdió el control. Se emborrachó con ron, entró en barrena, lloró aparatosamente y, sin cuidarse de poner el candado en la puerta, se largó para Girardot.

Cuando regresó de aquella pesadilla, la tiendecita estaba desocupada. Los ladrones no habían tenido que hacer esfuerzo alguno. Y Tila, ya sin la esperanza de los “préstamos para damnificados”, sin tener a quién acudir y acosada por las deudas, echó a correr calles.

* * *

La volvimos a ver en un juzgado de permanencia. Ya no era la mujer que desquició al alcalde y provocó las iras del cura de su pueblo. El abrigo desteñido ya no merecía

el consuelo de la lavandería. Aquella mañana volvimos a encontrarla, mezclada en un lío vulgarísimo. “Esta mujer —aseguraba el ocasional compañero para librarse el pago de ‘servicios’— me robó la billetera con quinientos pesos al quedarme dormido”. El hombre de ojos irritados y sombrero grasiento no podía tener quinientos pesos, pero Tila fue a parar el bochornoso trance al calabozo. Ojalá le hubieran servido de algo las buenas referencias que de ella dimos al juez de turno.

Sin las armas de la juventud, Tila había vuelto a comenzar. De cualquier manera debía conseguir lo necesario para pagar las pensiones escolares de sus hijos. Lo demás no le preocupa mayormente, se sabía sin derechos pero no declinaba los deberes. Al menos los más inmediatos, los que no se podían someter a regateos.

* * *

Tila pasó otras vacaciones, a tiempo con las de los muchachos. Para no estar con ellos, se alejó de la ciudad. No podía correr el riesgo de que, al andar con sus hijos, alguien la atajara o le diera el tratamiento de costumbre. Volvió a su pueblo. Las viejas eran las mismas, pero otro el alcalde y otro el cura. No hubo serenatas, porque tampoco había

saco de piel ni ella tenía veinticinco años. Y pudo oír la misa completa. El sermón no fue dirigido contra ella. Fue contra los vecinos que no demostraban su generosidad con la parroquia. Los anatemas no fueron contra los vistosos atavíos de la visitante de años antes, sino contra los “enemigos del Gobierno”. Y Tila, inadvertida, pudo rezar fervorosamente por la suerte de sus hijos.

Regresó a Bogotá con la impresión de que Boyacá ofrecía el ambiente apropiado para una nueva fase de su vida. Sogamoso y sus alrededores se habían modernizado. Abundaban los obreros mexicanos y franceses. Era un nuevo mundo, prometedor, propicio al desenvolvimiento fácil de un pequeño negocio.

En Sogamoso, sin recursos para la iniciación, pero resuelta a todo, encontró cómo economizar los gastos de los primeros días. A la espera de que su propia iniciativa pudiera entrar en juego, Tila aceptó la amistad de un favorito del régimen. Eran los días de la calamidad. A los presos políticos los sacaban de la cárcel con “rumbo desconocido”. El crimen acrecía los méritos.

Los corresponsales de Sogamoso, entre noticias horras de trascendencia, comunicaron a los amordazados periódicos de Bogotá que “una mujer de la vida alegre llamada Domitila...” había sido ultimada por su amante. Le había

“propinado”, como dicen los corresponsales, más de quince navajazos. Y en un solo rengloncito cargado de intención y que pasó inadvertido para los censores, algún corresponsal agregaba: “El autor del crimen quedó en libertad incondicional”.

Domitila... ¿Pero quién podía ser Domitila...? Algo nos tocó la subconsciencia, pero lo que no alcanzaba siquiera a ser un vago recuerdo bien pronto se esfumó. Y fue mucho tiempo después cuando vinimos a saberlo. Fue una madrugada en el bar de una estación de buses intermunicipales, cuando nos llegó la noticia en toda su realidad. Una cara marchita y sonriente se acercó a nuestra mesa. Apareció al tiempo con una tacita de café y con una voz amable que nos saludó con cierta familiaridad. ¿Margarita? Sí, era otra de las exmuchachas del Victoria. Y para qué decir que se aludió a la época. A dieciséis años antes.

—¿Y sus amigos...? Por ahí he visto a algunos, pero ya no me recuerdan... Aurita estaba hace poco en el Virrey Solís... Etelvina vende pólizas. Por ahí anda con una cartera...

Toda una época gratisima revivimos en aquel instante. La bohemia inofensiva y el intercambio de noticias de los reporteros, las empanadas del mediodía y los rones de la tarde, la atropellada elaboración del boletín radial para ayudar al compañero “caído”, la solidaridad fraternal ante las dificultades

de todos los días, la protección etílica a los sin trabajo, los anfitriones indeseables. Todo se agolpó en ese momento, mientras Margarita atendía a otras mesas de viajeros impacientes. Y hubo oportunidad de buscar eco a los recuerdos.

—¿Leonor...? ¿La que después fue manicurista? Si la viera... Qué lujo. Ya no conoce. Dicen que se casó, pero como lo que tiene es una “casa”... Ahora maneja carro. Y no le pasan los años...

Como si quisiera completar el “rápido informativo” con algo de crónica roja, pero sin sospechar que nos causaba una verdadera pena, Margarita agregó:

—¿Y sí supo que mataron a Tila? La mataron en Sogamoso. Por ahí he visto a los muchachos. Ya están grandes. Quién sabe qué será de ellos...

Tila... sufrió y luchó denodadamente con las armas que Dios le dio. Peleó con la adversidad y ganó unos pocos *rounds*, pero finalmente cayó abatida. Su accidentada existencia no se puede tomar como patrón para hablar de las coperas. Pero pedimos indulgencia para Tila, como la demandamos también para nosotros por haber traído a cuento este recuerdo al señalar el hecho, quizás trivial e intrascendente, de que el gremio de coperas, nacido en 1929, cumple ahora treinta años de existencia.

EL CAFÉ AUTOMÁTICO

Alberto Yepes

HUBO UN TIEMPO EN QUE LAS FAMILIAS DE Antioquia y Caldas afrontaban con mucha frecuencia un problema con los hijos: cada muchacho soñaba con volarse de la casa y al fin lo hacía. Empacaban unos cuantos vestidos y, con unos pocos pesos en el bolsillo o apenas unos centavos, emprendían viaje a pie o en un bus barato o sobre los bultos de un camión de carga hacia el pueblo o ciudad que más atrajera. Iban llenos de ilusiones y convencidos de regresar con plata al hogar. Entre tanto, los padres hacían esfuerzos por localizarlos, aunque algunos muy severos se limitaban a decir: “Ese maldito muchacho tendrá que volver cuando lo coja la noche y el hambre”. Unos regresaban y otros no. Unos corrían con suerte al hallar trabajo fácilmente, y otros no.

Y eso fue, precisamente, lo que hizo cuando era muchacho Fernando Jaramillo Botero, quien hoy tiene una posición

económica holgada, es el más conocido de los dueños de cafés en Bogotá como propietario de El Automático y mecenas de artistas, poetas y escritores.

Jaramillo nació en La Ceja, “soy pariente cercano de Chepemijo”, del matrimonio de don Raimundo Jaramillo y doña Evelia Botero. Como es natural entre antioqueños, fueron quince hermanos. El país atravesaba la crisis de 1930. Y Fernando resolvió un día echar pa’ lante. Se echó el morral a la espalda y en un camión llegó a Medellín. Allí se quedó sin plata. Entonces arrancó para Manizales a pie, con la esperanza de encontrar allí unos parientes. Dormía donde le cogiera la noche, a la vera del camino o donde le dieran posada. A veces el chofer de un camión accedía a llevarlo unos cuantos trechos. ¿Y qué comía? “Los centavos que llevaba me los gastaba en un vaso de jarabe y dos cucas (la antigua galleta negra de dos centavos)”.

Hasta que Jaramillo se vio en Manizales, cumpliendo así la tradición del paisa andariego. Consiguió trabajo en una panadería por cincuenta centavos mensuales, pero le descontaban siete por las galletas que se comía.

“Hasta que me encontré —cuenta Jaramillo— a mi pariente Ramón Restrepo que estaba montando un café. Me puso a trabajar con un sueldo de quince pesos mensuales. A los seis meses yo era el administrador con cien pesos de sueldo”.

Pensando en no depender de nadie, Jaramillo ahorró quinientos pesos. Con ese dinero renunció al puesto en la tienda de su pariente y...

—Monté la tienda frente a una trilladora. Como los trabajadores hacían turnos muy temprano, yo dormía sobre el mostrador y abría el establecimiento a las dos de la madrugada, para vender tinto a dos centavos.

Jaramillo siguió ahorrando y cuando alcanzó el tope de dos mil pesos abrió el Bar Coquer. Al mes hubo unos carnavales y se ganó diez mil, no solo con el negocio del Coquer sino jugando al dado, pues “era un as para eso de tirar las muelas de Santa Apolonia”.

—Entonces me abrí a montar negocios de café. Compraba y vendía. Eso fue de 1934 a 1936. Pero en este último año dejé ese negocio y puse una jabonería. También vendía una pasta que llamé Café Lyra, a base de café, cacao y maíz capio.

Pero en eso de jabones y otras cosas no era muy experto Jaramillo y quebró. Al fin se recuperó y le dieron al fiado el Club Alcázar, situado frente al club Manizales. Lo pagó en poco tiempo.

EL PAISA EN BOGOTÁ

Transcurrían las fiestas con que Bogotá celebraba su centenario en 1938 cuando llegó Jaramillo. Venía en plan de juerga, de divertirse, sin pensar que esa sería para él la iniciación de una nueva vida.

—Yo estaba borracho tomando trago en el Café Felixerre —recuerda Jaramillo— cuando vi que me iban a pasar una cuenta muy grande y discutí con el mesero... Entonces Fernando preguntó: “¿Cuánto vale el café o es que creen que la maleta es de hojas...?”. Y lo compró por cinco mil pesos. Dio tres mil de contado y el resto a pagar en letras.

—Pero al día siguiente vi que el inventario valdría unos cien pesos. Pero no me podía echar pa’ tras. Me embarque en el negocio y Jorge Z. Baquero me fío los primeros cien pesos pa’ surtir. Por fortuna en esos días me gané cinco mil pesos en la Lotería de Cundinamarca.

Desde ese momento Bogotá atrapó a un paisa más, a un cejuno de cepa. Aquí le pareció más productivo tener cafés que en Manizales. Al poco tiempo se hacía dueño del Mahoma en la calle 14 con carrera Octava. Y en el mismo sitio adquirió El Polo. Vendió este último café y compró el Luis xv.

El Luis xv, que dejaba buena utilidad, se lo vendió al dueño de la polvorería Barragán.

Y como un sino, cuando Jaramillo abandonaba el negocio de cafés y se dedicaba a otras actividades comerciales se le estaba acercando el espectro de la quiebra.

—Me metí a industrial con Manuel Giraldo como socio. Vendíamos cacharros de toda clase, ganchos para señora, chiclets, palillos, sillería pa' teatros y hasta fulminantes para escopeta y aún las mismas escopetas de cacería.

Eso de las escopetas fue así:

—Resulta que una vez nos invitaron a conocer los talleres del Ejército. El coronel Urrego nos mostró un arrume de chopos viejos y nos ofrecimos a comprarlos. Los convertimos en escopetas de cacería y vendíamos también los fulminantes. Pero una vez en el Congreso dijeron que en el Ejército estaban negociando con las armas y se nos dañó el negocio. A Giraldo lo metieron a la cárcel y yo me quebré otra vez, pues había metido la plata. Pero me salvé del carcelazo porque no había hecho nada malo, aunque Manuel tampoco.

Pero un paisa no se vara. De ese dicho siempre daba fe Jaramillo. Su destino era el café y volvió al negocio.

—Conseguí que me fiaran la mitad de El Gato Negro y al año lo libré.

Por esos días, los torerillos y toda clase de “maletas” invadían el café durante todas las horas del día. Ocupaban las mesas y apenas si gastaban el valor de unos cuantos tintos.

El célebre Relampaguito era el “cliente” más asiduo y una que otra vez dejaba los diez del tinto sobre la mesa cuando no había por ahí quien se lo pagara.

—Y tuve que cerrar el café para sacar a los toreros. Eso me valió un bastonazo que me pegó Minuto Grande. Cuando se alejaron un poquito, lo volví a abrir con el nombre de San Francisco.

Y era que ya los torerillos habían hecho su cuartel general en el Metropól, del cual era dueño un enfermizo de tauromaquia como es el español Pepe Nieto, *Pepillo*. Y “su menda” sí les daba vales.

UNTÁNDOSE DE INTELECTUALIDAD

En varios de sus cafés Jaramillo había hecho amistad con algunos intelectuales, entre ellos León de Greiff. Frecuentaba este a veces el café que antiguamente se llamó La Fortaleza y al que luego unos extranjeros le dieron el nombre de El Automático. Un día esos extranjeros resolvieron no venderle nada si no se quitaba la boina para entrar allí. Irritado, De Greiff le contó el caso a Jaramillo y, en compañía de otros amigos, lo convenció de que comprara el establecimiento.

—El café estaba quebrado; tenía un pasivo de veinticinco mil pesos, pero resolví comprarlo. Inicialmente era un

güeso. Era el tiempo de Violencia y caían allí muchos poetas y pintores con hambre, sin cinco en el bolsillo. Me decidí a ayudarlos como pa' sostener la caña. Muchas veces tenía que llevar surtido del San Francisco a El Automático.

En 1950 había llegado de Barranquilla el pintor Orlando Rivera, *Figurita*, y no pudo conseguir que alguna entidad le patrocinara en una exposición. Llegaba a El Automático en busca de quién le ofreciera tinto y a pedirle algo prestado a Jaramillo, quien un día le dijo: “Colgá pues esos cuadros aquí a ver qué pasa”.

—Después —agrega Fernando—, le tuve que pasar unos pesos para que se diera sus toques de marihuana, pues me decía que se desesperaba cuando le faltaba la yerba.

Sobre aquella primera exposición en El Automático escribieron los más conocidos cronistas y llegaron a afirmar que en Bogotá había ya un Montmartre. A Riverita le hicieron reportajes y sus obras se discutieron con un balance a su favor.

Ese fue el comienzo de la Galería del Arte El Automático.

Como ya aquello estaba convertido en “el centro de la actualidad”, los apasionados del ajedrez, como León de Greiff y su hijo Boris, también convencieron a Jaramillo de que creara allí un sitio para hacer campeonatos. Al poco tiempo nombraban a Fernando presidente de la Liga de Ajedrez de Cundinamarca.

—Yo acepté —dice—, aunque no sé nada de ajedrez. Si me preguntan qué es un peón o una reina, no puedo contestar.

EL FESTIVO DESCRESTE

Es domingo y estamos en la casa de Jaramillo. Rodeado de su esposa doña Lola Botero, tolimense, y de sus hijos Rubén Darío, Mario Augusto y Luisa Fernanda, de ocho años, nos muestra obras de muchos pintores que le han sido obsequiados. Mientras mira *La sed*, de Riverita, nos cuenta que a la niña le puso ese nombre no solo porque “yo me llamo Fernando sino porque me gusta la zarzuela *Luisa Fernanda*, especialmente por esa partecita que dice: *A la sombra de una sombrilla son ideales los madrigales, que hablan de amor...*”.

Y sobre su esposa, como buen paisa, cuenta:

—A esta la conocí un día en San Antonio, Tolima, a donde me invitaron a pasear. Y a los siete días nos casamos, porque yo soy así y hay que andar ligerito.

Mientras miramos otros cuadros, óleos y acuarelas arrumados en un clóset y otros colgando de la pared, nos enteramos de que Jaramillo, como buen cambalachero, unas semanas tiene unos a la vista y otros los archiva mientras vuelven a pender de un clavo. “Hay que cambiar”, afirma, “para no estar viendo lo mismo todos los días”.

Y considerado ya Jaramillo como un mecenas de los artistas que exponen gratuitamente en El Automático, cualquiera diría que es un gran conocedor del arte. A todos les dice que sus obras son muy bonitas y con gusto las mira expuestas en su café. Entonces nos atrevemos a preguntarle:

—Bueno, viejo, ¿y tú qué sabes de arte abstracto...?

Cuando comenzó a responder y ya nos disponíamos a tomar nota, francamente se nos paralizó el lápiz. Jaramillo estaba diciendo:

—Es un arte para entendidos, ejecutado solo por virtuosos capaces de despojar su estilo de todo recurso fácil, para lograr un efecto cromático o de volumen. El arte abstracto no quiere significar nada, es solo lo que hace sentir a cada uno y tiene el único propósito de flamear el horizonte del arte, como una bandera de rebelión. Es un arte de superación, que se engendra bajo el signo del silencio en una extraña conjugación de la mente y la materia. Y... no sé más...

Jaramillo lanzó una carcajada y añadió:

—Como yo sabía que me ibas a preguntar algo sobre eso, me puse a aprenderme un pedacito de lo que decía en *Hojas del Automático*. Pero ni yo sé de arte abstracto ni lo saben tampoco los que pintan esas cosas... es puro descreste.

Pues los descrestados estábamos siendo nosotros.

Pero aunque nada sepa de arte, Jaramillo está convertido hoy en el verdadero mecenas de los artistas. Las más destacadas figuras del arte plástico exponen en El Automático, aunque muchas de sus obras no gusten a Pina o a Carmen o a Edelmira, o a la Negra, las atractivas “viejas” que sirven en el café.

Jaramillo tiene, también, un Automático en La Dorada. —Allá es el café —dice— de los ganaderos y agricultores. En El Automático de La Dorada hacen transacciones de mucho dinero. Y si uno de ellos pide un vale por diez mil pesos, se lo doy con mucho gusto. No es como en el de aquí de Bogotá. No quiero decir que los intelectuales no paguen. Pagan. Pero hay que saber que tengo vales de hace doce años. Puede que la firma valga algún día mucho más que la deuda.

Fin de semana: Jaramillo se va a La Dorada a ver esos viejos carrielones sacar buyucos de billetes y...

—Me llevo algunos de estos clientes de aquí como a Pendás, para desintoxicarlo.

EL WINDSOR

Germán Arciniegas

UNA ESTUDIOSA ALEMANA, BRIGITTE KÖNIG, QUE está escribiendo sobre los cafés literarios, ha venido a entrevistarme sobre lo que fue en Bogotá El Windsor. En ese pequeño trozo de Bogotá, en el corazón de lo que fue para nosotros la ciudad, aparecieron, como borradas entre el humo que hacía casi irrespirable la atmósfera, toda la poesía, el chisme y la crónica en que se ambientaba la política y nacía la nueva poesía de la Colombia de entonces. Fue El Windsor para nosotros lo que el atrio de la Catedral para los que hacían la política en el siglo pasado, paseándose de la esquina de La Botella de Oro en la calle 10 a la de la Catedral en la 11.

Se sabían los cuentos de la vida diaria y se conocían poemas que irían a cambiar el tono de la literatura colombiana. Mientras en la Calle Real y en la 13 llovía, y siempre estaba lloviendo, en El Windsor oíamos sonetos

y sabíamos los enredos del Partido Liberal. Nos apretujábamos sentados de a seis en las mesitas que eran para cuatro, y hacía prodigios el sirviente que pasaba los vasos del espumante sifón para distribuirlo sin derramarlo. En un tiempo en que todos usábamos sombrero no habría en El Windsor dónde colgar los de la clientela. Ni se necesitaba. Para eso estaban las cabezas. Siendo limitado el espacio, casi no había separación entre las sillas que ocupaban quienes negociaban ganado y trigo de Sogamoso y los poetas que se comunicaban sonetos y baladas. Leo Le Gris, Rendón, Luis Tejada, cubrían más espacio con sus chambergos, y boyacenses y cundinamarqueses se contentaban con el espacio de los borsalinos.

Como la lluvia obligaba a buscar refugio en el café, no era fácil encontrar mesa libre. A medida que avanzaba la tarde, iban saliendo los hacendados y crecía el número de los poetas. Es conmovedor recordar cómo, en medio de esa atmósfera, vinimos a conocer arietas tan delicadas como “Las manos atormentadas / de las dulces prometidas / son dos palomas aladas / son dos palomas heridas”. O la inolvidable “Esta mujer es una urna / llena de místico perfume / como Anabel, como Ulalume. / Para mi alma taciturna / por el dolor que la consume / esta mujer es una urna / llena de místico perfume”.

Cuando Gregorio Castañeda Aragón llegó de Santa Marta, nos situamos con él en una mesita del Windsor con vista a la calle. Era tímido y conservó siempre el aire del hombre que llega de un mar que nos era a todos desconocido. León había escrito la “Balada del mar no visto” con toda la nostalgia del marino condenado a vivir en el corazón de la montaña oyendo los relatos de sus abuelos llegados del Báltico o del Mar del Norte. Castañeda Aragón llegaba de Santa Marta, traía impregnadas sus ropas del yodo y la sal que corren por la brisa. Lo oíamos como se oyen los cuentos de Simbad. Y así como conocimos el mar desde El Windsor, [así conocimos] las historias de las montañas de Santander o los misteriosos relatos de Ipiales y Pasto, traídos al café con un lenguaje en tono menor que le daba el colorido de la frontera ecuatoriana.

Yo recuerdo El Windsor no con el estrépito de las alegres comadres inglesas, sino con un melancólico regreso a la juventud. La Calle Real fue ensanchándose, perdió su nombre, se llamó la carrera Séptima, la tertulia se llevó al Automático y el café irrespirable desapareció. No quedó sino el humo y la ceniza. Los hombres fueron dejando el sombrero y la cabeza dejó de perder ese empleo que la hacía entonces tan útil para muchos hombres. Todo el primer mamotreto de las *Tergiversaciones* de Leo Le Gris lo conocimos nosotros en

El Windsor. Toda la poesía de Castañeda Aragón. Todas las crónicas de Luis Tejada. No había entonces sino *El Tiempo* y *El Espectador*. Ni Eduardo Santos ni Luis Cano conocieron el café. Esa era una provincia totalmente nuestra. Se llegaba de Medellín, de Santa Marta, de Pasto, directamente al Windsor. Y en El Windsor se tramaban todas las conspiraciones, los enredos, y del Windsor salían los libros y en El Windsor nacían y morían las ilusiones. Rendón se quitó la vida en La Gran Vía. Nunca lo hubiera hecho en El Windsor. Del Windsor a La Gran Vía había un siglo y seis cuabras de distancia. León dijo: “Señora muerte que se va llevando / todo lo bueno que en nosotros topa...”.

Lo del Windsor no se repetirá jamás. Ni tiene nada que ver con los cafés de París o de Viena. Es el café de los hombres solos que no se quitan el sombrero y recitan sonetos, consumiendo tinto o sifón, mientras en la calle rueda el tranvía de mulas, sube el Partido Liberal y, para no romper la costumbre bogotana, llueve a cántaros y se muere de frío.

EL CAFÉ DEL RHIN Y LA PALABRA CHURRO

Álvaro Castaño Castillo

EL DOMINGO PASADO, EN SU SECCIÓN “PROGRAMAS de ayer”, presentó esta emisora HJCK un programa de evocación sobre el Café Automático de la Avenida Jiménez de Bogotá, clausurado hace ya muchos años. En la audición se presentó la entrevista que Gloria Valencia de Castaño tomó hace más de veinte años a Hernando Téllez Blanco, un asistente tan asiduo a esa tertulia que era llamado “el interno del Automático”. Pero El Automático no es el único café que merezca el buen recuerdo de los bogotanos. Por aquellos mismos tiempos anteriores al 9 de abril de 1948 comenzó a vivir en el pasaje Santa Fe el inolvidable Café del Rhin. El pasaje Santa Fe era una vía peatonal, un *impasse*, como dirían los franceses, que comenzaba pocos pasos al oriente de la puerta principal del periódico *El Tiempo* y terminaba en la calle 14 al estrellarse con el muro norte del Colegio del Rosario. En el comienzo del pasaje estaban

situadas las oficinas de Avianca y frente a ellas la librería Central de don Hans Ungar. Pocos pasos hacia el sur abría sus puertas una de las heladerías Monte Blanco y finalmente se llegaba al Café del Rhin.

Si hoy existiera, todavía nos parecería muy pequeño y casi inconcebible con sus escasos diez metros de fondo y sus tres o cuatro de ancho. Sin embargo, allí transcurrieron muchas horas de nuestros más hermosos años de juventud. El Rhin era una mezcla de club y de café. Basta decir que cada contertulio tenía su propio pocillo de café, numerado. Ramón, el único mesero —¿dónde estará Ramón? Debe haber muerto—, se conocía de memoria el número que a cada cual pertenecía y sabía, también de memoria, quiénes tomábamos perico con *croissant* y quiénes café oscuro. Ramón, además, escribía en una libreta las llamadas telefónicas que nos hacían y nunca aceptaba que un cliente novato lo llamara a gritos.

Pero los habitantes de ese extraño refugio, que no era propiamente un café aunque se llamara café y que teníamos además la peculiaridad de permanecer menos tiempo en la parte interior del establecimiento que en la puerta donde nos apiñábamos no tanto para conversar como para observar a las pocas muchachas que se atrevían a circular, éramos estudiantes. La gran mayoría, de la vecina Facultad

del Rosario y algunos pocos de la Universidad Nacional. Se agregaban los jóvenes que atendían al público en el mostrador de Avianca y algunos pocos empleados de negocios vecinos como el sofisticado Almacén Bogotá, de don Álvaro Restrepo. Esta era la tripulación del Café del Rhin. Si en el cercano Café Automático estaban concentrados los intelectuales que hablaban de Baudelaire y Neruda, de Proust y Machado, en el Rhin se hablaba también de estos personajes, pero sobre todo se vivía alegremente una juventud sin discotecas y sin estímulos diferentes a unos cuantos tragos de ron con Coca-Cola.

Pero había algo más, muy importante: allí se hablaba un idioma hermético, creado y solo utilizado por el cerrado círculo de amigos. A un señor común y corriente se le decía “varón”; “vaca” a la muchacha del servicio doméstico; “chicha” a cualquier licor embriagante; “presa” a los más importantes sitios de la anatomía femenina; “occiso” a todo varón adventicio que no perteneciera a los contertulios habituales; “opus” a todo libro o carta o material escrito; “pepa”... “pepa” tenía muchas inflexiones que se acomodaban a las más diversas circunstancias; “homo” a lo que sabemos, pero en aquel tiempo solo en el Rhin se usaba este vocablo que en otras partes era reemplazado por palabras terribles; a la rodilla nunca se le dijo rodilla, sino “rótula”

o “choquezuela”; a la bola de tenis —y éramos muchos los tenistas— se le llamaba “fruta”; “gurre” a la mujer fea de solemnidad y, saltando al otro extremo, “churro” a las elegidas del Señor. Churro: aquí viene la gran conquista del Café del Rhin que le concede un capítulo de honor en la historia de nuestro léxico. Sepan las generaciones presentes y futuras que la palabra “churro”, que hoy se utiliza y se repite en todos los sitios del país, nació para Colombia en el Café del Rhin.

Casi nunca se asiste al nacimiento de una palabra. Las palabras vienen de muy atrás y no se puede precisar el momento exacto en que comenzaron a vivir en un país determinado.

La palabra “churro” es la excepción. Entre nosotros nadie la conocía. Comenzó a vivir en Colombia en el Café del Rhin. Llegó de la Argentina en una revista deportiva cuya contracarátula presentaba a una imponente mujer en paños menores que se aplicaba algún ungüento. Y en la parte de abajo del aviso un inmenso letrero decía en mayúscula: “¡Qué churro!”. Hernando Murillo, el inolvidable Hernando Murillo, llevó la revista al café y desde entonces todo comenzamos a decirle “churro” a las mujeres de alto cilindraje y la palabra comenzó a rodar y rodar, primero en Bogotá, y después en todas las regiones del país. Han

pasado más de cincuenta años y sigue rodando, y hasta se volvió bisexual porque ahora se les dice “churros” también a los varones.

PLUSCUAMPERFECTO

Antonio Caballero

ZOÓLOGOS, PALEONTÓLOGOS E, INCLUSIVE, FILÓSOFOS han discutido hasta la saciedad sobre las causas que provocaron la desaparición de los grandes dinosaurios de la faz de la tierra. No han logrado llegar a una conclusión unánime. El novelista italiano Ítalo Calvino, en sus maravillosas *Cosmicomiche*, cuenta la historia del último superviviente de la especie de los dinosaurios, que se enteró muy tarde de que todos sus congéneres se habían extinguido y solo sobrevivían como un recuerdo terrorífico en la memoria de las otras especies. Desolado, acabó tomando un tren, bajando en una estación cualquiera y perdiéndose entre la muchedumbre.

Algo parecido sucede con las tertulias de café. Nadie sabe a ciencia cierta por qué se acabaron, ni cuándo exactamente, ni cómo. Quedan todavía dinosaurios desconcertados como el de Calvino, que acuden por las tardes al Café Gijón,

en Madrid, convencidos de que van a encontrar todavía las horas grandes de la tertulia de Valle-Inclán, y a lo sumo se topan con alguien que lee periódicos un duro más caros que en cualquier otra parte. Pero los más enterados hablan de las tertulias como de algo que ocurría en el pasado, en la nostalgia: ¡Ah, qué tertulias las de entonces! Marañón, y Domingo Ortega, y Sebastián Miranda, y Díaz Cañabate...

Ya no hay tertulias de café como las de antes, entre otras razones porque ya no hay cafés como los de antes. Las tertulias pertenecen a la época del café, del mismo modo que los dinosaurios pertenecen a la época de los helechos titánicos del mesozoico, antes de que la Tierra fuera la Tierra que conocemos hoy, domeñada y destruida por el *homo sapiens*. Si no quedan dinosaurios, es porque ya no somos dinosaurios. Si no quedan tertulias, es porque a las tertulias ya no vamos.

Pero hay quienes no se resignan. Son los adalides del pretérito pluscuamperfecto: si hubiera o hubiese tertulias, a ellas hubieran o hubiesen acudido Marañón y Ortega, Díaz Cañabate y Sebastián Miranda. Los mueve lo que hoy se llama la conciencia ecológica, que de haber existido cuando todavía era tiempo no hubiera o hubiese permitido la extinción de los dinosaurios, y que, aun hoy, cuando ya es demasiado tarde, se esfuerza por mantener artificialmente

en vida otras especies en camino de desaparición: los osos panda, las focas peludas del Antártico. Hace unos pocos años los ecologistas de todo el mundo se conmovieron con el caso de una señorita, Karen Kinlan, a quien era necesario mantener de este lado de la muerte absoluta gracias a una maraña de tubos y de sondas y motores conectada a su cuerpo, que alguien acabó desenchufando. Por esos mismos días, otros ecologistas se oponían a que “el equipo médico habitual” desconectara los tubos y las sondas y los motores que prolongaban la agonía del general Franco, testigo de una época, como los dinosaurios.

Franco está ya tan muerto, y tan desconectado, como las tertulias de café de antaño. Pero hay quienes no se resignan. Unos traman golpes de Estado. Otros, según informa la prensa, han resuelto resucitar en Barcelona las tertulias, creando para ello un Centre d’Estudis, Debats y Tertúlies que sirva para, dice Jaime Sabartés, uno de los intelectuales catalanes que promueven la idea, “prolongar la tradición mediterránea que siempre ha habido en Cataluña”.

Lo propio de las tertulias de café fue siempre el no tener un local propio. Para eso existían los cafés. Así, lo propio de los osos panda... era, para empezar, no vivir en el zoológico de la Casa de Campo, a la sombra de encinas polvorientas, entre bellotas caídas y preservativos usados, sino en

las altas tierras de bambúes de la China meridional. Pero bueno: es que lo que los promotores del Centre de Tertúlies tampoco han explicado es si en su local propio instalarán, cuando lo tengan, máquinas tragaperras que vomiten cada cinco minutos la música de “Los pajaritos” para que los contertulios no se aburran, ni se duerman, ni se vayan a su casa a ver la tele.



NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Este número de Libro al Viento no habría sido posible sin el apoyo del Fondo Cultural Cafetero y sin la participación, como compilador y prologuista, de Mario Jursich, que hizo esta selección de textos sobre los cafés bogotanos del siglo XX, recuperados de muy distintas fuentes, entre libros y publicaciones periódicas: “El café”, de Luis Tejada, se publicó en la edición del 20 de junio de 1918 en *El Espectador*; “La Gran Vía...”, de Arturo Manrique, en la edición del 26 de enero de 1926 de *El Mundo al Día*; la primera parte de “Mis recuerdos del Windsor...”, de Alberto Lleras Camargo, en *Memorias* (Banco de la República, 1997) y la segunda en *El Libro de los cronistas* (Librería Antena, 1936); “¿Cómo nos hicimos comunistas?”, de Luis Vidales, en la edición del 10 de noviembre de 1945 de *Sábado*; “Barba Jacob y el café”, de Lino Gil Jaramillo, en *El hombre y su máscara* (El Gato, 1952); “La Cigarra”, de José Joaquín Jiménez, en la edición del 14 de agosto de 1945 de *El Tiempo*; “La clientela del Asturias”, de Julio Abril, en la edición del 7 de agosto de 1943 de *Sábado*; “Ellas... y el café”, de Pedro Acosta Borrero, en la edición del 24 de marzo de 1951 de la revista *Cromos*; “Los cafés”, de Eduardo Caballero Calderón, en la edición del 30 de abril de 1958 de *El Tiempo*; “La copera...”, de Felipe

González Toledo, en *Trece crónicas* (Colcultura, 1973); “El Café Automático”, de Alberto Yepes, en la edición del 5 de noviembre de 1962 en *Cromos*; “El Windsor”, de Germán Arciniegas, en la edición del 28 de marzo de 1996 de *El Tiempo*; “El Café del Rhin”, de Álvaro Castaño Castillo, en *Para la inmensa minoría. Sus mejores comentarios en la HJCK* (Taurus, 2006), y “Pluscuamperfecto”, de Antonio Caballero, en la edición del 24 de septiembre de 1989 en *Cambio16*. Asimismo, y como mínima referencia bibliográfica para la redacción de la presentación, se consultaron los siguientes libros: *El café en Colombia 1850-1970: Una historia económica social y política* de Marco Palacios (El Colegio de México, 2009); *Historia mínima de Colombia* de Jorge Orlando Melo (El Colegio de México, 2017), *Historia económica de Colombia* de José Antonio Ocampo (Fondo de Cultura Económica, 2015) y *Entre líneas. Una historia de Colombia en mapas* de Sebastián Díaz Ángel, Lucía Duque Muñoz, Santiago Muñoz Arbeláez y Anthony Picón Rodríguez (Universidad de los Andes, 2023).

Finalmente, Mario Jursich agradece la colaboración, en la consecución de los textos e imágenes, de los miembros del grupo Bogotá en un Café del Instituto Distrital de Patrimonio y Cultura: María Eugenia Martínez, Olga Pizano, Alfredo Barón, Nubia Lasso y Julieth Rodríguez.

JULIO ABRIL (1919-1989)

Trabajó en el periódico *El Siglo* y escribió ocasionalmente piezas para el quincenario *Sábado*. Figura entre los fundadores del Círculo de Periodistas de Bogotá.

PEDRO ACOSTA BORRERO (1927-2001)

Profesor universitario, colaboró con el quincenario *Sábado* y los diarios *El Liberal* y *El Tiempo*. Posteriormente, dirigió las publicaciones *Extra*, *La Gaceta*, *La Calle* y *Frente Unido*. Durante el Gobierno de Alfonso López Pumarejo, se desempeñó como secretario de Información y Prensa de la Presidencia de la República. Publicó las novelas *La noche de Cristo* y *El cadáver del Cid*.

GERMÁN ARCINIEGAS (1900-1999)

Fue un ensayista, historiador, diplomático y político colombiano. Vinculado desde joven al periodismo, creó y dirigió numerosas revistas culturales como *Universidad* y *El Correo de los Andes*. Mantuvo una columna en el periódico *El Tiempo* de Bogotá, del cual fue director editorial (1928) y luego director general (1937), hasta poco antes de su muerte. Su libro

Biografía del Caribe es uno de los clásicos de la historiografía latinoamericana en el siglo xx.

ANTONIO CABALLERO (1945-2021)

Se inició en el periodismo como caricaturista del semanario *Cambio16* en España y posteriormente fue colaborador y jefe de redacción de la revista *Alternativa* y columnista durante casi treinta años de la revista *Semana. No es por aguar la fiesta*, una selección de sus artículos periodísticos, ganó el premio Planeta de periodismo en 1999. Su novela *Sin remedio* ha sido publicada en diferentes ediciones en las editoriales Oveja Negra, Seix Barral, Bruguera y Alfaguara.

EDUARDO CABALLERO CALDERÓN (1910-1993)

Novelista, periodista, ensayista, diplomático y político colombiano. Se vinculó al periodismo en 1938 y durante años utilizó el seudónimo de *Swann*. Era hijo del general liberal Lucas Caballero; hermano del escritor y periodista Lucas Caballero Calderón, *Klim*; y padre del pintor Luis Caballero, del periodista Antonio Caballero y de la escritora Beatriz Caballero. Una de las más vívidas descripciones de la Bogotá de principios del siglo xx figura en su libro *Memorias infantiles*.

ÁLVARO CASTAÑO CASTILLO (1920-2016)

Pionero de la radio en Colombia, fundó en 1950 la emisora HICK y posteriormente dirigió en televisión el recordado programa *Naturalia*. Parte de su trabajo como periodista está recogido en libros como *Mis amigos* y *Para la inmensa minoría*.

LINO GIL JARAMILLO (1908-1976)

Nació en las cercanías de Pereira y vivió buena parte de su vida en el Valle del Cauca. Periodista de formación autodidacta, trabajó en *El Espectador* de Bogotá, en *La Prensa* de Barranquilla, en *El Siglo* de Santiago de Chile y en *El Relator* de Cali. Se le recuerda por obras como *El hombre y su máscara (anecdotario de Barba Jacob)*, *Cartones impresionistas*, *Unos y otros* y *Neruda, Pablo cid campeador*.

FELIPE GONZÁLEZ TOLEDO (1911-1991)

“Sabueso de la prensa”, “detective sin placa” fueron algunos de los calificativos que se le dieron a este pionero de la crónica judicial en Colombia. González Toledo se inició como reportero en 1930, cuando sólo tenía diecinueve años, en *La Tarde* de Barranquilla. Después fue uno de los primeros periodistas radiales del país, y de ahí llegó a *La Razón*, el vespertino de

Juan Lozano y Lozano, *El Liberal*, matutino que competía con *El Tiempo* en los años cuarenta, y *El Espectador*. Algunos de sus mejores reportajes están compilados en el libro *Trece crónicas*.

JOSÉ JOAQUÍN JIMÉNEZ, XIMÉNEZ (1911-1946)

Con apenas dieciséis años de edad, publicó sus primeros textos en el periódico *Mundo al Día*. Posteriormente, *El Tiempo* le abrió sus puertas, y ahí se inició como corrector de pruebas y redactor-relator de las sesiones de la Asamblea Departamental, llegando a ser en breve el cronista estrella de periódico. Algunos de sus escritos están recogidos en *Las famosas crónicas de Ximénez: el reportero que se hizo célebre escribiendo poemas y escondiéndolos en las ropas de los suicidas que se arrojaban al Salto de Tequendama*.

MARIO JURJICH (1964)

Nació en Valledupar (Cesar) y estudió Filosofía y Letras en la Universidad Javeriana, fundó y dirigió la revista *El Malpensante* y actualmente trabaja como albacea de la obra de Antonio Caballero. En el 2024 publicará una reedición de *Aquella bella época*, las memorias literarias del poeta Eduardo Castillo, y una biografía de la periodista bogotana Emilia Pardo Umaña.

ALBERTO LLERAS CAMARGO (1906-1990)

Gabriel García Márquez lo definió de manera espléndida: “un gran escritor que fue dos veces presidente de la república”. En su primer período (1945-1946) fue elegido por el Congreso tras la renuncia de Alfonso López Pumarejo en 1945 y, en su segundo período (1958-1962), como el primer presidente del Frente Nacional. Otto Morales Benítez hizo una selección de sus mejores artículos en *El periodista Alberto Lleras*.

ARTURO MANRIQUE (1884-1951)

Entre 1924 y 1938, en Bogotá, se publicó el diario gráfico vespertino *Mundo al día*, propiedad de Arturo Manrique (Tío Kiosko) y dirigido por él junto a Luis Carlos Páez. Circulaba diariamente, excepto los domingos, y los sábados ofrecía una edición especial tipo magacín con portada a color, la popular tira cómica “Mojicón”, sección infantil, breves escritos literarios y, durante algunos años, una partitura musical al reverso de la portada.

LUIS TEJADA CANO (1898-1924)

Periodista y político, y uno de los más destacados cronistas en la historia del periodismo colombiano. Desde 1917 hasta

su prematura muerte, escribió en medios como *El Espectador*, *El Universal*, *El Tiempo*, *La Nación*, *El Sol*, *Buen Humor* y *Cromos* sobre gran variedad de temas y eventos locales, nacionales e internacionales. De sus crónicas se han hecho, hasta la fecha, cuatro recopilaciones: *El libro de crónicas*, publicado de manera póstuma, *Gotas de tinta*, *Mesa de redacción* y *Nueva antología de Luis Tejada*.

LUIS VIDALES (1900-1990)

Poeta colombiano, es conocido fundamentalmente por su libro *Suenan timbres* (1926), pero también publicó colecciones de ensayos como *La circunstancia social en el arte y Tratado de estética*. Después de muchos años de no publicar versos, retornó a la poesía en 1978 con *La Obreríada* y *El abominable hombre del barrio Las Nieves*. Recibió el Premio Nacional de Poesía en 1982 y el Premio Lenin de la Paz en 1983.

ALBERTO YEPESES

Fue uno de los más populares periodistas de la revista *Cromos* en los años sesenta y setenta. Sus reportajes “El sainete político ha hecho a Campitos” y “El Café Automático”, publicados en su casa editorial de toda la vida, ganaron varios premios.



Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Es de color morado y en ella se publican los textos cuyos temas tengan relación con Bogotá y sus alrededores.

- | | | | |
|-----------|---|-----------|---|
| 2 | EL 9 DE ABRIL
(fragmento de <i>Vivir para contarla</i>)
<i>Gabriel García Márquez</i> | 26 | RADIOGRAFÍA DEL DIVINO NIÑO Y OTRAS CRÓNICAS SOBRE BOGOTÁ
<i>Antología de Roberto Rubiano Vargas</i> |
| 5 | BAILES, FIESTAS Y ESPECTÁCULOS
(Selección de <i>Reminiscencias de Santafé de Bogotá</i>)
<i>José María Cordovez Moure</i> | 45 | DE PASO POR BOGOTÁ
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX |
| 10 | CUENTOS DE NAVIDAD
<i>Antonio García</i> | 59 | POR LA SABANA DE BOGOTÁ Y OTRAS HISTORIAS
<i>José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez</i> |
| 12 | CUENTOS DE BOGOTÁ
<i>Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento</i> | 77 | ESCRIBIR EN BOGOTÁ
<i>Juan Gustavo Cobo Borda</i> |
| 16 | EL BESO FRÍO Y OTROS CUENTOS BOGOTANOS
<i>Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero</i> | | |

- 82** LOS OFICIOS DEL PARQUE
Crónicas
Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga
- 88** RECETARIO SANTA FERREÑO
Selección y prólogo
de Antonio García Ángel
- 92** RECUERDOS DE SANTAFÉ
Soledad Acosta de Samper
- 93** SEMBLANZAS POCO
EJEMPLARES
José María Cordovez Moure
- 97** BOGOTÁ CONTADA
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero
- 101** CRÓNICAS DE BOGOTÁ
Pedro María Ibáñez
- 109** BOGOTÁ CONTADA 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra
- 114** LA GRUTA SIMBÓLICA
Jorge Pombo, Clímaco Soto Borda, Rafael Espinosa Guzmán, Julio de Francisco, Julio Flórez, Ignacio Posse Amaya, Jorge Pombo Ayerbe, Diego Uribe, Enrique Álvarez Henao, Juan Carlos Ramírez, Federico Rivas Frade, Federico Martínez Rivas, Francisco Restrepo Gómez, Julio de Francisco, Francisco Valencia Camargo, Roberto Mac Douall
- 117** SIETE RETRATOS
Ximénez
- 118** BOGOTÁ CONTADA 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres
- 126** BOGOTÁ CONTADA 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

- 131** VERSIONES DEL BOGOTAZO
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero "Klim", Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia
- 133** BOGOTÁ CONTADA 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo
- 142** BOGOTÁ CONTADA 6
Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez
- 148** DE SOBREMESA
José Asunción Silva
- 151** LA CALLE 10
Manuel Zapata Olivella
- 154** BOGOTÁ CONTADA 7
Orlando Echeverri, Margo Glantz, Betina González, Carlos Granés, Cristina Morales, Julianne Pachico, Antonio Ungar
- 156** BOGOTÁ CONTADA 8
María Leubro, Andrea Mejía, Juliana Muñoz, Andrea Salgado, Carolina Sanín, Lina Tono, Adriana Villegas
- 159** BOGOTÁ CONTADA 9
Jairo Buitrago, Adriana Carreño, Francisco Montaña, Catalina Navas, Eduardo Otálora, Celso Román
- 170** BOGOTÁ CONTADA 10
Juan Álvarez, Rodolfo Celis, Mauricio Montenegro, Laura Ortiz Gómez, Lucía Vargas Caparroz
- 173** CUADROS DE LA VIDA PRIVADA DE ALGUNOS GRANADINOS COPIADOS AL NATURAL PARA INSTRUCCIÓN Y DIVERTIMIENTO DE LOS CURIOSOS
Josefa Acevedo de Gómez

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



CAFÉ TURCO



La casa del impúdico brebaje. Cafés bogotanos del siglo xx fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 175, y se imprimió en el mes de febrero del año 2024 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

175

“El cafetín es un universo pequeñuelo. Alrededor de las mesillas, los poetas piedracielistas cazan porciones de humo para la factura de sus poemas...”

(José Joaquín Jiménez,
citado por Mario Jursich en el prólogo)



COLECCIÓN CAPITAL

libro al
viento



INSTITUTO
DISTRIAL DE LAS ARTES
IDARTES

